

James Allen



De la pobreza al  
éxito

En ocasiones el alma siente que ha encontrado una paz y una felicidad convincente practicando alguna religión, adoptando una filosofía o persiguiendo un ideal artístico o intelectual. Pero siempre una avasallante inquietud viene a mostrar que aquella religión no es la adecuada o es insuficiente; que aquella filosofía teórica resulta un apoyo inútil; o aquel ideal que el creyente construyó durante muchos años, cae destrozado a sus pies en un instante. ¿No existe una manera de escapar de la pena y del dolor? ¿Acaso la felicidad, la prosperidad y una paz permanentes, son tan sólo sueños inalcanzables? Existe una manera —nos dice James Allen— en que el mal puede desterrarse para siempre. Existe un proceso mediante el cual la enfermedad y la pobreza, así como cualquier situación o circunstancia adversa, pueden apartarse de nuestro lado para no regresar jamás. Existe un método con el que puede asegurarse una prosperidad permanente, sin que regrese la adversidad. También existe una práctica con la que podemos alcanzar y compartir una continua e infinita paz y dicha.

James Allen

**De la pobreza al éxito**  
**Cómo disfrutar de paz y prosperidad**



Título original: *From poverty to power*

James Allen, 1901

Traducción: Margarita Díaz Mora & Martha Escalona de la Vega

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

# Prefacio

Eché una mirada al mundo y observé que estaba ensombrecido por la tristeza y devastado por las violentas llamas del sufrimiento. Busqué la causa. Escudriñé a mi alrededor, pero no pude encontrarla; investigué en los libros, pero tampoco la hallé. Después, la busqué dentro de mí y encontré tanto la causa como la autocreada naturaleza de esta causa. Volví a mirar con más profundidad, y encontré el remedio.

Encontré una Ley, la Ley del Amor; una Vida, la Vida adaptada a esa Ley; una Verdad, la Verdad de una mente conquistada y de un corazón complaciente y sereno. Y soñé con escribir un libro que ayudara a hombres y mujeres, ya fueran ricos o pobres, instruidos o incultos, materialistas o espirituales, a descubrir en su interior la fuente del éxito, de la felicidad, de la realización y de la verdad. Ese sueño permaneció a mi lado hasta que, finalmente, llegó a materializarse. Ahora lo brindo al mundo con la misión de sanar y de bendecir, y sé que no puede fracasar en su intento de llegar a los hogares y a los corazones de aquellos que lo aguardan y que están preparados para recibirlo.

James Allen

# Primera parte



## LA RUTA HACIA LA PROSPERIDAD

# 1

## La lección del mal

---

Las sombras que eclipsan nuestra vida son el dolor, la angustia y el sufrimiento. No existe en el mundo ni un solo corazón que no haya sentido el aguijón del dolor, ni una sola mente que no haya sido arrojada a las oscuras aguas de las preocupaciones, ni unos ojos que no hayan derramado las lágrimas ardientes de una angustia indescriptible.

No existe ni un solo hogar en el que no hayan entrado la enfermedad y la muerte, esos grandes destructores que separan corazones y que despliegan la pálida mortaja del dolor. Tarde o temprano, todos caemos en las poderosas y, al parecer, indestructibles redes del mal, y así es como el dolor, el desamparo y el infortunio acechan a la humanidad.

Con el fin de escapar de esta intensa tristeza, o de mitigarla de alguna manera, tanto hombres como mujeres tratan de esquivarla por medio de innumerables artimañas, con la esperanza de encontrar un estado de felicidad que no se desvanezca.

Eso es lo que sucede con los que abusan del alcohol y con las personas que viven relaciones promiscuas, en su obsesión por las emociones sensuales. O en el caso del esteta exclusivista que prefiere no saber de los problemas del mundo, rodeándose de lujos. También es el caso de aquellas personas que ansían la fama y la fortuna, sometiéndose a lo que sea con tal de lograr su objetivo, y de los que buscan consuelo en la representación de ritos religiosos.

Y, como un suave murmullo, la tan buscada felicidad parece llegarnos a todos y, por algún tiempo, el alma es arrullada en una dulce seguridad y en un olvido de la existencia del mal embriagador. Pero, un día, se presenta una enfermedad o una gran pena, una provocación o un infortunio que, de pronto, irrumpen en el alma desprotegida y la estructura de la imaginaria felicidad se rompe en mil pedazos.

De modo que sobre cada particular alegría pende la espada de Damocles del dolor, preparada para caer en cualquier momento y destrozar el alma de aquel que no cuente con la protección del conocimiento.

Los niños desean convertirse en mayores y los adultos suspiran por la felicidad

perdida de la infancia. El pobre sufre debido a las cadenas que le impone la pobreza, y el rico vive con el miedo constante de ser pobre o recorre el mundo en busca de la sombra fugaz que él llama felicidad.

En ocasiones, el alma siente que ha encontrado una paz y una felicidad convincente al practicar una determinada religión, adoptar una filosofía o perseguir un ideal artístico o intelectual. Pero, siempre, una avasallante inquietud termina por demostrar que aquella religión no es la adecuada o es insuficiente, que aquella filosofía teórica resulta un apoyo inútil, o que aquel ideal que el creyente construyó durante muchos años ha caído destrozado a sus pies en un instante.

Entonces, ¿no existe una manera de escapar de la pena y del dolor? ¿No existen medios para desbaratar las ataduras del mal? ¿Acaso la felicidad, la prosperidad y la paz permanentes son tan sólo sueños inalcanzables?

Existe una manera —y lo digo con alegría— para que el mal pueda desterrarse para siempre. Existe un proceso mediante el cual la enfermedad y la pobreza, así como cualquier situación o circunstancia adversa, pueden apartarse de nuestro lado para no regresar jamás. Existe un método con el que se puede asegurar una prosperidad permanente, sin ningún temor a que regrese la adversidad. También existe una práctica con la que podemos alcanzar y compartir una paz y una dicha continuas e infinitas.

El inicio del proceso que nos conduce a esta gloriosa realización es adquirir una correcta comprensión de la verdadera naturaleza del mal.

Negar o ignorar el mal no es suficiente; éste debe ser comprendido. Tampoco basta con pedir a Dios que el mal se aleje; debemos descubrir por qué está aquí y qué lección nos tiene reservada.

No obtendrás ningún beneficio preocupándote, enfureciéndote o luchando contra las cadenas que te mantienen atado. Lo que en realidad debes comprender es por qué y cómo estas cadenas te están esclavizando. Por lo tanto, amigo lector, debes salir de ti mismo y empezar a examinarte y a comprenderte.

En la escuela de la experiencia, debes dejar de ser el niño desobediente y empezar a aprender, con humildad y paciencia, las lecciones asignadas para tu desarrollo espiritual y tu perfección última. Porque cuando se comprende y se asimila el mal de una manera correcta, éste deja de ser un poder o un principio ilimitado en el universo; se convierte en una etapa pasajera de la experiencia humana y, por lo tanto, en un maestro para aquellos que están dispuestos a aprender.

El mal no es una entidad abstracta que se encuentra fuera de ti: se trata de una experiencia de tu propio corazón. Y, al ir examinándolo y rectificándolo con paciencia, llegarás a descubrir poco a poco el origen y la naturaleza del mal, el cual llegará inevitablemente a su completa erradicación.

Todo mal puede corregirse o remediarse; no se trata de algo permanente. Se encuentra enraizado en la ignorancia: en la ignorancia de la verdadera naturaleza y relación de las cosas. De modo que mientras permanezcamos inmersos en ese estado de ignorancia, seguiremos anclados en el mal.

No existe ni un solo mal en el universo que no sea el resultado de la ignorancia y, si estamos preparados y dispuestos a aprender su lección, no hay ni un solo mal que no nos conduzca a una sabiduría superior, para después desvanecerse para siempre. Sin embargo, los hombres permanecen sujetos al mal y, si éste no desaparece, se debe a que no están dispuestos o preparados para aprender la lección que viene del mal mismo.

Conocí a un niño que todas las noches, cuando su madre lo llevaba a la cama, lloraba para que lo dejaran jugar con una vela. Una noche, la madre se distrajo un momento y el niño tomó la vela. Sucedió lo inevitable: el niño se quemó. De ahí en adelante, el pequeño ya no volvió a jugar con la vela.

Con esa simple acción, el pequeño aprendió a la perfección lo que significa la obediencia y entendió que el fuego quema. Este incidente es un perfecto ejemplo de la naturaleza, significado y resultado final de todos los pecados y las malas acciones.

Del mismo modo que el niño sufrió la verdadera naturaleza del fuego a causa de su propia ignorancia, los mayores sufren, a causa de su propia ignorancia, la verdadera naturaleza de las cosas que tanto anhelan y luchan por obtener. Y esas mismas cosas son las que los dañan cuando ya las han obtenido. La única diferencia en este último caso es que la ignorancia y la maldad están más profundamente enraizadas y ocultas.

El símbolo del Mal siempre ha sido la oscuridad, y el del Bien, la luz. Dentro de estos símbolos se encuentra la interpretación perfecta, es decir, la realidad. Porque, del mismo modo que la luz siempre inunda el universo y la oscuridad es una simple mancha, una sombra proyectada por un pequeño cuerpo que intercepta unos cuantos rayos de luz infinita, la Luz del Bien Supremo es el poder positivo y dador de vida que inunda el universo, mientras que el mal no es más que una insignificante sombra proyectada por el ego que intercepta e impide la entrada de los rayos luminosos.

Cuando la noche cubre el mundo con su impenetrable manto negro, por muy densa que sea la oscuridad, sólo cubre un pequeño espacio de la mitad de nuestro diminuto planeta. Mientras tanto, el resto del universo brilla con luz vital y todas las almas saben que se despertarán con la luz de una nueva mañana.

Por consiguiente, debes entender que cuando la oscura noche del sufrimiento, del dolor o del infortunio golpea tu alma y te hace caminar con pasos inseguros sumido en el desaliento es porque, simplemente, está interceptando tus propios deseos entre tu ser y la luz ilimitada de la dicha y la plenitud. Y esa sombra oscura que te cubre no la proyecta nadie más que tú mismo.

Y así como la oscuridad exterior es únicamente una sombra negativa, una irrealdad que surge de la nada, que no se dirige a lugar alguno y no tiene un hogar permanente, la oscuridad interior también es una sombra negativa que atraviesa la evolucionada alma que ha nacido de la luz.

Pero es muy probable que alguien pregunte: «¿Por qué hay que pasar a través de la oscuridad del mal?». Porque, por ignorancia, tú has elegido hacerlo y porque sólo así podrás, tal vez, comprender tanto el bien como el mal. De la misma manera,

podrás apreciar más la luz, después de haber pasado por la oscuridad.

Como el mal es el resultado directo de la ignorancia, cuando se aprenden y se asimilan bien las lecciones del mal, la ignorancia desaparece y la sabiduría toma su lugar. Pero, al igual que un niño desobediente se niega a aprender sus lecciones en la escuela, también es posible negarse a aprender las lecciones de la experiencia, para permanecer así en una oscuridad continua y sufrir siempre castigos recurrentes bajo la apariencia de enfermedades, decepciones y sufrimiento.

Por lo tanto, la persona que desea sacudirse el mal que le rodea debe estar preparada y dispuesta a aprender, y ha de someterse a un proceso de disciplina, sin el cual no puede alcanzarse ni una sola semilla de sabiduría, paz o felicidad permanentes.

Una persona puede encerrarse en un cuarto oscuro y negar la existencia de la luz, pero la luz se encuentra en todas partes y la oscuridad sólo existe en su pequeña habitación.

Puedes negar la entrada a la luz de la Verdad o puedes empezar a derribar los muros del prejuicio, del egoísmo y de las equivocaciones que has cimentado a tu alrededor, para dejar que llegue a tu vida la gloriosa y omnipresente Luz.

Debes tratar de comprender, a través de un serio examen de conciencia, y no adoptando una simple teoría, que el mal es sólo una etapa pasajera, una sombra que nosotros mismos creamos. Tienes que entender que todos tus sufrimientos, dolores e infortunios te han sucedido por medio del proceso de una ley directa y absolutamente perfecta. No puedes olvidar que los debes vivir porque los mereces y los necesitas; y que, soportándolos primero y comprendiéndolos después, te harás más fuerte, más sabio y más noble.

Cuando realmente hayas comprendido este concepto en toda su dimensión, estarás preparado para moldear tus propias circunstancias, podrás transmutar todo el mal en bien y tejer con mano maestra los hilos de tu destino.

¡Cuánto queda de la noche, señor  
Centinela! ¿Qué es lo que alcanza a  
distinguir su mirada? ¿El brillo tenue del  
alba en la cima de la montaña? ¿El heraldo  
de oro de la luz de los destellos que se  
levanta sobre lo alto de las colinas?

¿Ha llegado la luz para ahuyentar la  
penumbra y, con ella, todos los demonios  
de la noche? Sobre sus ojos, señor  
Centinela, ¿ya caen sus penetrantes rayos  
de luz? ¿Puede escuchar el sonido del  
juicio final del error?

Llega la mañana, amante de la luz; ya se advierte la dorada faz de la montaña, a media luz percibo el camino donde, aún ahora, las huellas brillantes condenan a la noche.

Las tinieblas se extinguirán, y todo aquello que ama la oscuridad y todo eso que la luz desprecia desaparecerá para siempre con las sombras: ¡alégrese, Centinela! Porque el heraldo ya empezó a cantar.

## 2

### **El mundo, un reflejo de los estados mentales**

---

Tu mundo será lo que tú seas. Todo lo que existe en el universo se decide en tu propia experiencia interior. Lo que existe en el exterior tiene poca importancia, ya que todo es un reflejo de tu propio estado de conciencia.

Lo que en realidad importa es lo que existe en tu interior, ya que todo el exterior se verá reflejado y coloreado conforme a tu interior.

Todo lo que sabes se encuentra en tu propia experiencia; todos los conocimientos que vayas adquiriendo deberán atravesar la puerta de la experiencia para convertirse en parte de ti.

Tus pensamientos, deseos y aspiraciones forman tu propio mundo. En tu interior se hallan toda la alegría, la dicha y la belleza, así como toda la fealdad, la tristeza y el dolor que existen en el universo.

Por medio de tus pensamientos creas o destruyes tu vida, tu mundo y tu universo. De la misma manera, tu vida exterior y tus circunstancias podrán tomar la forma de lo que construyas en tu interior con el poder del pensamiento.

Todo lo que abrigues en lo más íntimo de tu corazón tarde o temprano tomará forma por sí mismo en tu vida exterior, de acuerdo con la inevitable ley de la atracción.

El alma que es impura, sórdida y egoísta atrae con gran precisión la desdicha y la catástrofe. El alma que es pura, desinteresada y noble atrae con igual precisión la felicidad y la prosperidad.

Todas las almas atraen hacia sí aquello que se merecen, y nada que no les pertenezca puede llegarles. Entender este hecho es reconocer la universalidad de la Ley Divina.

La calidad y el poder de la vida interior de cualquier ser humano dan origen a los acontecimientos, tanto positivos como negativos. Cada una de las almas es, en sí misma, una combinación compleja de experiencias y pensamientos acumulados; el cuerpo sólo es el simple vehículo en el que se manifiestan.

Por lo tanto, eres lo que piensas. Y el mundo que te rodea, tanto el mundo animado como el inanimado, se verá tal como lo vistan tus pensamientos.

«Todo lo que somos es el resultado de lo que hemos pensado; todo está fundado en nuestros pensamientos y está hecho de nuestros pensamientos». Así lo expresó Buda. Y, por consiguiente, si un hombre es feliz, esto se debe a que tiene pensamientos felices, y si es desdichado es porque insiste en tener pensamientos que lo desaniman y lo deprimen.

La causa del miedo o la valentía, la ignorancia o la inteligencia, la intranquilidad o la serenidad de cualquier persona radica en sus propias circunstancias y nunca fuera de ellas. Ahora me parece estar oyendo un coro de voces que exclama: «¿En realidad quiere decir que las circunstancias externas no afectan a nuestra mente?». No intento decir eso; lo que quiero decir, y sé que es una verdad infalible, es que las circunstancias únicamente te pueden afectar en la medida en que tú permitas que lo hagan.

Si sientes que las circunstancias manejan tu vida, esto se debe a que no tienes un correcto entendimiento de la naturaleza, del uso y del poder del pensamiento.

Crees (y de la palabra «credibilidad» dependen todas tus tristezas y alegrías) que las situaciones externas tienen poder para construir o destruir tu vida. Si piensas de esta manera, estás dando a entender que te rindes ante ellas. También estás reconociendo que las situaciones externas representan el papel de tu amo incondicional y tú el de su esclavo. Al someterte a ellas, les otorgas un poder que no tienen y, en realidad, no estás sucumbiendo ante las meras circunstancias externas, sino ante la tristeza o la alegría, ante el temor o la esperanza, ante la fuerza o la debilidad que tu esfera de pensamiento ha lanzado a tu alrededor.

Conocí a dos hombres que, a temprana edad, perdieron todos sus ahorros de años de esfuerzo. Uno de ellos se encontraba profundamente preocupado, y cedió el paso a la angustia, la desesperación y el desaliento.

El otro joven, cuando leía el periódico de la mañana, se encontró con la noticia de que el banco en el que había depositado su dinero estaba en quiebra. A pesar de que lo había perdido todo, y no había posibilidad de recuperar los ahorros, dijo con serenidad: «He perdido todo mi dinero; ni las penas, ni las preocupaciones, ni las lamentaciones me lo devolverán. Sin embargo, podré recuperarlo si trabajo con empeño».

Empezó a trabajar con mucho entusiasmo y recuperó su situación económica en poco tiempo. El otro seguía quejándose de la pérdida de su dinero y, al no dejar de preocuparse por su «mala suerte», siguió siendo presa e instrumento de las circunstancias adversas, o más bien de sus propios pensamientos de debilidad y de esclavitud.

La pérdida del dinero fue una maldición para este joven, quien revistió el suceso con pensamientos negativos y tristes. Sin embargo, para el otro fue una bendición, porque le llevó a tener pensamientos de fuerza, de esperanza y de energía renovada.

Si las circunstancias tuvieran el poder de beneficiar o de perjudicar, nos beneficiarían o nos perjudicarían a todos por igual; pero el hecho de que una misma circunstancia sea positiva para unas personas y negativa para otras demuestra que lo

bueno o lo malo no está en la circunstancia, sino en la persona que la está viviendo.

Cuando comiences a entender esta idea, también empezarás a tener el control de tus pensamientos, a sistematizar, a disciplinar tu mente y a reconstruir el templo interior de tu alma. Así podrás eliminar todo lo inútil y superfluo, y poner en tu ser sólo pensamientos de alegría y serenidad, de fuerza y de vida, de compasión y de amor, de belleza y de inmortalidad. Cuando lledes a cabo este proceso, te convertirás en un ser alegre y sereno, fuerte y saludable, compasivo y amoroso. Llegará a tu vida la belleza de la inmortalidad.

De igual modo que revestimos los eventos con la tela de nuestros propios pensamientos, también revestimos todas las cosas que vemos en el mundo que nos rodea. Y, de la misma manera, entendemos que donde algunos ven la armonía y la belleza, otros ven una repugnante fealdad.

En cierta ocasión, un entusiasmado naturalista se encontraba recorriendo unos senderos campestres para realizar una investigación. Durante uno de sus paseos, el hombre descubrió un estanque de agua salobre cerca de un corral.

Mientras llenaba una pequeña botella de agua con el propósito de examinarla bajo el microscopio, se entretuvo hablando con el humilde hijo de un campesino que no dejaba de observarlo. Le habló de las innumerables y misteriosas maravillas del estanque y después le dijo: «Sí, amigo mío, este estanque contiene centenares o millones de universos. Si tuviéramos la capacidad o los instrumentos necesarios, podríamos alcanzarlos». Y el ignorante joven le contestó con un tono enfático: «Sé que el agua está llena de renacuajos, pero es fácil atraparlos».

Mientras el naturalista, a través de sus conocimientos, veía el misterio que se encontraba detrás de la belleza, la armonía y la gloria, la mente ignorante del joven sólo alcanzaba a ver un sucio charco de barro.

La flor silvestre que el caminante despreocupado pisotea irreflexivamente, se convierte en un mensajero angelical de lo invisible para la mirada espiritual del poeta.

Para muchos, el océano no es más que una gran extensión de agua en la que los barcos navegan y, algunas veces, naufragan. Pero para el alma del músico, es un elemento viviente del que recibe, a través de sus sentidos, divinas armonías en todos sus matices.

Donde la mente ordinaria percibe el caos y la confusión, la mente del filósofo distingue la secuencia más perfecta de causa y efecto. Y donde el materialista no ve más que una muerte definitiva, el místico manifiesta que existe una vida eterna y palpitante en el más allá.

De la misma forma que, con nuestros pensamientos, revestimos las circunstancias y las cosas que nos rodean, también revestimos el alma de los demás.

El desconfiado cree que todos los demás también son desconfiados. El mentiroso está seguro de no ser tan tonto como para creer que pueda existir una persona que siempre diga la verdad. El envidioso ve la envidia en cada ser. El avaro piensa que todos quieren robarle su dinero. El individuo que sólo piensa en acumular riquezas,

duerme con un revólver bajo la almohada, convencido de que el mundo está lleno de sujetos ávidos de despojarlo de sus bienes. Y el promiscuo que se abandona a los placeres, considera al santo un hipócrita.

Por otro lado, aquellos que viven con pensamientos amorosos despiertan el amor y la comprensión de los demás. El que es confiado y honesto no sospecha de los otros. El que es bueno y generoso se alegra de la buena suerte que alguien pueda tener, pues no conoce el significado de la envidia. Y aquel que ha comprendido la Divinidad que existe en su interior, la reconoce en todos los seres, incluso en las bestias.

Hombres y mujeres han comprobado que, a través de la ley de causa y efecto, sus pensamientos atraen aquello que buscan y, de esta forma, entran en contacto con personas parecidas a ellos.

El conocido proverbio inglés «Los pájaros del mismo plumaje se juntan en bandada» tiene una importancia más profunda de la que, por lo general, se le atribuye, porque en el mundo del pensamiento, como en el mundo de la materia, cada uno se aferra a su propia especie.

¿Deseas bondad? Sé amable. ¿Pides verdad? Sé sincero. Lo que das de ti mismo, lo encuentras; tu mundo es tu propio reflejo.

Si eres de los que rezan y esperan un mundo feliz más allá de la tumba, hay un mensaje que te puede llenar de alegría: puedes alcanzar un mundo feliz aquí y ahora. Este mundo feliz llena el universo entero y se encuentra en tu interior. Lo único que tienes que hacer es descubrirlo, reconocerlo y hacerlo tuyo.

Alguien que conocía las leyes interiores del Ser afirmó: «Cuando los hombres os digan “helo aquí” o “helo allí”, no los sigáis, pues el Reino de Dios está en vuestro interior».

Lo que tienes que hacer es creerlo, debes creerlo con la mente sin una sola sombra de duda y luego meditarlo hasta llegar a comprenderlo.

Empezarás a purificarte y a construir tu mundo interior y, en cuanto lo hagas, pasarás de revelación en revelación, de realización en realización, y descubrirás la ineficacia absoluta de las cosas exteriores, cuando las compares con el poder mágico de un alma gobernada por sí misma.

Si deseas rectificar el mundo que te rodea,  
y desterrar todos sus males y aflicciones; si  
deseas que florezcan sus lugares salvajes, y  
que broten las rosas en sus áridos  
desiertos, entonces, rectifícate a ti mismo.

Si deseas transformar el mundo que te rodea, y sacarlo de su largo cautiverio en el pecado; si deseas restaurar todos los corazones rotos, y acabar con el mal para dejar entrar el consuelo, entonces, transfórmate a ti mismo. Si deseas curar al mundo de su larga enfermedad, para terminar con sus penas y sus dolores; si deseas llevar la alegría que todo lo cura, y dar al afligido el descanso otra vez, entonces, cúrate a ti mismo. Si deseas despertar al mundo que te rodea de su sueño de muerte y sus oscuros conflictos; si deseas traerlo al amor y a la paz, a la luz y al resplandor de la vida inmortal, entonces, despiértate a ti mismo.

### 3

## **Cómo escapar de las circunstancias indeseables**

---

Una vez hayamos visto y comprendido que el mal es una sombra proyectada por nuestros propios obstáculos que impide el paso a la Bondad Eterna y que el mundo es un espejo donde nos vemos reflejados, nos elevaremos con pasos firmes y cómodos hacia el nivel de percepción donde se observa y se comprende la Visión de la Ley.

Con esta comprensión nos llega el conocimiento de que todas las cosas están incluidas en una incesante reacción de causa y efecto, y que nada puede estar exento de la ley.

La ley impera desde el pensamiento, la palabra o el acto más trivial del hombre hasta las agrupaciones de los cuerpos celestes. Ni siquiera por un momento puede existir una situación arbitraria, ya que dicha condición sería una negación y una aniquilación de la ley. De tal manera que todos los acontecimientos de la vida están enlazados en una secuencia ordenada y armoniosa, y tanto el secreto como la causa de cualquier acontecimiento se encuentran dentro de uno mismo. La ley de «el hombre cosechará aquello que siembra» está inscrita con letras luminosas sobre la puerta de la Eternidad, y nadie puede negarla, nadie puede engañarla, nadie puede escapar a ella.

Aquel que ponga la mano en el fuego con toda seguridad se quemará, y ni las maldiciones ni las oraciones podrán servir hasta el momento en que la saque.

Y esta misma ley gobierna el reino de la mente. El odio, la cólera, los celos, la envidia, la lujuria y la codicia son los fuegos que queman, y cualquiera que los toque sufrirá los tormentos de su combustión.

A todas estas condiciones de la mente se las ha llamado con gran acierto «maldad», ya que cuando el alma intenta corromper por ignorancia esta ley, nos vemos abocados al caos y a la confusión interior. Y tarde o temprano, estas condiciones se reflejan en las circunstancias externas en forma de enfermedades, fracasos y desgracias, junto con la pena, el dolor y la desesperación.

El amor, la comprensión, la buena voluntad y la pureza representan un aire fresco

de paz en el alma de aquellos que las poseen. Y al estar en armonía con esta Ley Eterna, todos estos buenos sentimientos toman forma de salud y de paz, y sólo pueden conducir al éxito y a la buena fortuna.

Una profunda comprensión de esta Gran Ley que rige el universo, nos hará llegar a ese estado de la mente conocido como obediencia.

Si aceptamos la idea de que la justicia, la armonía y el amor son lo más importante en el universo, también podremos entender que todas las condiciones adversas y dolorosas son el resultado de nuestra propia desobediencia a esta Ley.

Estos conocimientos nos conducen a la fuerza y al poder, y sólo con ellos podremos construir una vida positiva encaminada al éxito y a la felicidad duradera.

Cuando adoptes una actitud paciente ante cualquier circunstancia y aceptes todas las condiciones como factores necesarios para tu formación, estarás por encima de cualquier circunstancia adversa y podrás vencerla con la seguridad de que no regresará. Porque gracias al poder que acatar dicha ley otorga, desaparecerán por completo todas las circunstancias adversas que se te presentan.

Todo aquel que respete y esté en armonía con la ley, sin duda alguna se identificará con ella; cualquier cosa que conquiste la conquistará para siempre y cualquier cosa que construya jamás podrá ser destruida.

La causa de todo poder, así como la de toda debilidad, se encuentra en nuestro interior; y, de esa forma, en él se encuentra el secreto de toda nuestra felicidad, así como el de toda nuestra desgracia.

No existe más progreso que el de nuestro interior, y tampoco existe peldaño seguro hacia la prosperidad o hacia la paz más que el avance ordenado en el conocimiento.

Si eres de las personas que se lamentan porque se sienten encadenadas a las circunstancias, porque se les han negado nuevas oportunidades para ampliar más sus perspectivas y sus condiciones de vida, tal vez, sin darte cuenta, desde tu interior estás maldiciendo al destino que te mantiene atado de pies y manos.

Es para ti para quien escribo. Es a ti a quien me dirijo. Escúchame y deja que mis palabras lleguen hasta tu corazón, porque lo que voy a decirte es la verdad:

Puedes lograr que mejoren las condiciones de tu vida externa, si te decides a mejorar tu vida interior con una actitud firme.

Sé que este camino puede parecer estéril en su comienzo (y eso es lo que siempre sucede con la Verdad; sólo el error y el engaño pueden parecernos atractivos y fascinantes al principio). Pero si te decides a emprender este camino, si logras disciplinar tu mente con perseverancia, si consigues erradicar tus debilidades y permites que la fuerza de tu alma y de tus poderes espirituales evolucionen plenamente, te quedarás asombrado de los cambios mágicos en tu vida exterior que esta actitud puede provocar.

Si continúas por este camino, te verás rodeado de excelentes oportunidades. De tu interior, surgirán el poder y el juicio para que puedas utilizarlos de una manera correcta. Te llegarán de pronto amigos genuinos, atraerás almas comprensivas como

un imán atrae una aguja y encontrarás toda la ayuda que requieras.

Es posible que, en este momento, te sientas como un ser que va arrastrando las pesadas cadenas de la pobreza, que se encuentra desamparado y solo. Tal vez tengas un gran deseo de que tu carga sea aligerada porque ya no soportas el peso que continúa agobiándote, y te parece que estás envuelto en una oscuridad cada vez mayor.

Puede ser que, en este momento, te laments de tu suerte y maldigas el día en que naciste. O que atribuyas la culpa de tu mala suerte a tus padres, a tu jefe o a las situaciones injustas que, de una manera inmerecida, te han dejado en la pobreza y con dificultades; es probable que te preguntes por qué algunas personas viven rodeadas de lujos y sin problemas.

Detén tus quejas y tus preocupaciones. Nada de lo que estás culpando es la causa de tu pobreza. La causa se encuentra en tu interior, y donde existe la causa, existe la solución.

El mero hecho de que siempre hayas estado lamentándote es una muestra de que mereces esa suerte; es una muestra fehaciente de que careces de fe, la cual es la base de todo esfuerzo y progreso.

En un universo de ley, no hay espacio para aquellos que siempre se están quejando y cuyas preocupaciones representan un suicidio del alma. El estado de ánimo en el que te encuentras, refuerza las cadenas que te atan y determina la oscuridad que te rodea. Desde tu interior, cambia lo que esperas de tu vida, y tu vida exterior cambiará.

Fortalece tu fe y tus conocimientos; considérate digno de un buen entorno y de mejores oportunidades y, ante todo, asegúrate de esforzarte todo lo que puedas.

No te engañes a ti mismo pensando que puedes conseguir mejores oportunidades si dejas pasar las más pequeñas, ya que, si lo haces, el provecho que obtendrías sería momentáneo y tendrías que volver otra vez al aprendizaje de la lección que te llevaría a las mismas pequeñas oportunidades que despreciaste.

Como un niño que tiene que ir a la escuela para dominar una lección antes de pasar a la siguiente, así deberás aprender a utilizar lo que ya posees, antes de que puedas conseguir aquello que tanto deseas.

La parábola de los talentos es una bella historia que nos enseña esta verdad. Nos ofrece una clara demostración de que si descuidamos, degradamos o empleamos mal aquello que poseemos, por muy pequeño o insignificante que sea, aun eso tan pequeño nos será arrebatado porque, con nuestra conducta, estamos demostrando que no nos lo merecemos.

Es posible que ahora te encuentres en una pequeña vivienda, poco salubre y con escasos servicios, rodeado de influencias malsanas.

Por poner un ejemplo: si tu gran deseo es mudarte a una residencia más grande y más confortable, lo primero que debes hacer es disponerte a lograr que tu pequeña vivienda, en la medida de lo posible, tenga el aspecto de un paraíso. Mantenla limpia como un espejo y ponla tan bella como tus medios económicos te lo permitan.

Aunque tu comida sea sencilla, cocínala con gusto y arregla tu mesa de la manera más agradable que puedas.

Si no puedes permitirte el lujo de poner una alfombra, cubre el suelo de tus habitaciones con risas y bienvenidas. Con un martillo de paciencia, fijalas con los clavos de las palabras amables. Esta alfombra no desteñirá con el sol y nunca se desgastará por el uso.

Si adornas de esta manera tu entorno, elevarás tu estado de ánimo hasta que llegue el momento adecuado en el que puedas mudarte a una casa más grande, situada en un ambiente más saludable. Una casa que ha estado esperando todo este tiempo, en el que te preparabas para recibirla, a que tú la habites.

Es factible que desees disponer de más tiempo para pensar en tus asuntos y que consideres que tus horas de trabajo son muy pesadas porque te absorben demasiado. Si te encuentras con este problema, procura aprovechar al máximo el poco tiempo libre que tienes.

Es inútil desear más tiempo, si malgastas con estos pensamientos el poco que posees. Lo único que lograrás con esa actitud es volverte más perezoso e indiferente.

Además, la pobreza y la falta de tiempo para el ocio no son tan malas como imaginas. Si dificultan tu progreso, es porque las has revestido de tus propias debilidades, y el mal que ves en ellas en realidad se encuentra en tu interior. Haz un esfuerzo por entender, de manera definitiva, que crearás tu propio destino en la medida en que formes y domines tu mente. Y que a través del poder transformador de la autodisciplina, comprenderás cada vez más que estos supuestos males pueden convertirse en bendiciones.

De ese modo, utilizarás la pobreza para cultivar la paciencia, la esperanza y el valor; y emplearás tu falta de tiempo para desarrollar más rapidez de acción y poder de decisión. Estas transformaciones te servirán para aprovechar y disfrutar todos los momentos gratos que se presenten en tu vida.

De la misma forma que en la tierra más estéril crecen las flores más bonitas, en el triste y sombrío piso de la pobreza brotan y florecen las flores más selectas de la humanidad.

Donde hay dificultades que enfrentar y situaciones difíciles que vencer, la virtud florece y manifiesta su gloria.

Puede ser que, en este momento de tu vida, tengas que soportar un empleo bajo el mando de una persona injusta que te trata con mucha dureza. Considera que la hostilidad de los demás también es necesaria para tu propio entrenamiento. Responde al trato insensible de tu jefe con amabilidad y perdón.

Practica de manera constante la paciencia y el autocontrol. Trata de sacar algo bueno de las desventajas y utilízalas para obtener una mayor fuerza mental y espiritual. Con este ejemplo silencioso, tu jefe se sentirá avergonzado de su conducta y, al mismo tiempo, alcanzará un nivel de realización espiritual que lo capacitará para crear un entorno nuevo y agradable cuando se le presente la oportunidad.

No te quejes de ser un esclavo; por el contrario, enáltécete y adopta una conducta

noble por encima de la esclavitud. Antes de lamentarte de ser el esclavo de alguien, asegúrate de no ser el esclavo de ti mismo.

Mira en tu interior, observa con cuidado y no tengas piedad de ti. Sin duda, encontrarás pensamientos y deseos esclavizantes. Es posible que también encuentres hábitos de esclavitud en tu conducta y en tu vida cotidiana.

Abandona la esclavitud; deja de ser tu propio esclavo y nadie podrá convertirse en tu amo. Conforme vayas venciendo esa actitud, vencerás todas las condiciones adversas, y cualquier dificultad que se te presente caerá en tu lugar.

No te dejes oprimir por el rico. Haz una reflexión: «¿No serías tú también un opresor si estuvieras en su lugar?».

Recuerda que existe una Ley Eterna absolutamente justa, según la cual aquel que hoy es un opresor, será oprimido mañana; y que no existe manera de escapar a esta ley.

Tal vez en tu pasado (o en alguna existencia anterior) fuiste rico y opresor, y ahora sólo estás pagando la deuda que tienes con la Ley Suprema. Por lo tanto, pon en práctica tu fortaleza y tu fe.

Siempre ten presente en tu mente que existe la Justicia Eterna y la Eterna Bondad. Procura dar menos importancia a todo lo que pueda ser personal y transitorio, para poder alcanzar lo impersonal y permanente.

Elimina de tu mente esa falsa idea de que otras personas te perjudican y te reprimen, y trata de comprender, a través de un análisis más profundo de tu vida interior y de las leyes que la gobiernan, que lo único que puede perjudicarte se encuentra dentro de ti mismo. No hay ninguna práctica que sea más degradante, ofensiva y destructora del alma que la autocompasión.

Deja de tener compasión por ti mismo. Mientras esta plaga se alimente de tu corazón, nunca podrás evolucionar para llegar a tener una vida más plena.

Pon fin a la reprobación de la conducta de los demás, y empieza por reprobarte tu propia conducta. Condena tus actos, deseos y pensamientos que sean deshonestos o dañinos, que no puedan compararse con la inmaculada pureza o no puedan soportar la luz de la bondad que está libre del mal.

Si así lo haces, podrás edificar tu hogar en la roca de lo Eterno, y todo lo que requieras para tu felicidad te llegará a su debido tiempo.

La pobreza o cualquier situación indeseable es un reflejo de las condiciones egoístas y negativas que hay en tu interior. Así que para poder superar la pobreza, necesitas erradicar todo lo que sea egoísta y negativo de tu ser.

El camino de la verdadera riqueza es el del enriquecimiento del alma a través de la adquisición de la virtud. Fuera de la verdadera virtud del alma, no existe la prosperidad ni el poder, sino únicamente sus pequeñas apariencias. Soy consciente de que existen personas que ganan dinero y que no han adquirido ningún tipo de virtud, y que tampoco tienen deseos de hacerlo. Pero el dinero que han conseguido no representa la verdadera riqueza y sus posesiones son transitorias y febriles.

Éste es el testimonio de David: «Sentía una terrible envidia cuando veía la

prosperidad del malvado. [...] Nos miraban por encima del hombro; tenían mucho más de lo que cualquier persona pudiera desear. [...] En realidad había intentado en vano purificar mi corazón y lavar mis manos en la inocencia. [...] Darme cuenta de esto fue muy doloroso para mí, hasta que fui al santuario de Dios y, entonces, comprendí su finalidad».

La prosperidad del malvado fue una gran prueba para David en el momento en que llegó al santuario de Dios y, a partir de ese momento, *comprendió su finalidad*.

Tú también puedes llegar a ese santuario. Se encuentra en tu interior. Se halla en ese estado de conciencia al que accederás en cuanto hayas superado todo lo sórdido, personal y efímero, y cuando lleves a cabo los principios universales y eternos.

Éste es el estado de conciencia de Dios; éste es el santuario más elevado. En el mismo instante en que, a través de una larga lucha y con la autodisciplina, logres atravesar la puerta de este Templo Sagrado, empezarás a percibir claramente la finalidad y el fruto de todo el pensamiento y esfuerzo humano, tanto bueno como malo.

Entonces, tu fe se fortalecerá más y entenderás por qué aquel que ha acumulado la riqueza externa de una manera deshonesta regresará otra vez a la pobreza y a la degradación.

El hombre rico que carece de virtud en realidad es pobre. Y con toda seguridad, aun con toda su riqueza, su vida se dirigirá hacia la pobreza y la desgracia, de la misma manera que las aguas del río se dirigen hacia el océano. Y, aunque muera rico, deberá regresar de nuevo para recoger el fruto amargo de su inmoralidad.

Y no importa la cantidad de veces que este hombre se enriquezca, siempre deberá regresar a la pobreza hasta que, a través de una larga experiencia y sufrimiento, logre superar su pobreza interior.

Sin embargo, aquel que es pobre en el exterior, pero rico en virtud, en realidad es una persona rica y, a pesar de su pobreza, emprenderá con paso firme su camino a la prosperidad, y una gran dicha y alegría estarán esperando su llegada. Si realmente deseas alcanzar una verdadera y permanente prosperidad, lo primero que debes hacer es convertirte en una persona virtuosa.

Por lo tanto, no sería aconsejable dirigir nuestra atención a la prosperidad como único objetivo y meta en nuestra vida. Si continuamos con esta clase de pensamientos, el resultado final será una derrota definitiva.

Mejor dirige tu atención hacia tu propio perfeccionamiento: que el objetivo de tu vida sea actuar de forma útil y desinteresada, y alcanzar con tus manos llenas de fe la suprema e inalterable Bondad.

Si tu verdadero motivo para desear la riqueza es poder hacer el bien y ayudar a los demás, y no tu propio beneficio, tu deseo de alcanzar la riqueza se cumplirá porque actuarás de una forma íntegra y desinteresada. Incluso con toda tu riqueza, preferirás que te consideren un simple auxiliar y no un superior.

Sin embargo, tienes que analizar bien cuál es tu motivo, porque, en la mayoría de los casos, desear dinero para poder ayudar a los demás, suele estar motivado, en el

fondo, por el deseo de notoriedad o de ser considerado un filántropo o benefactor.

Si no haces nada bueno con lo poco que posees, cuanto más dinero tengas, más egoísta te volverás. Y todo el bien que pretendas hacer con tu fortuna, si es que intentas hacer alguno, será, en el mejor de los casos, para obtener tu propia adulación.

Pero si, verdaderamente, tu principal deseo es hacer el bien, no tienes que esperar a tener dinero para poder llevar a cabo tus planes. Puedes hacerlo ahora, puedes empezar en este preciso momento, en la situación económica en la que te encuentras. Si en verdad eres tan desinteresado como crees, puedes demostrarlo ahora, sacrificándote por los demás.

Sin importar lo pobre que seas, siempre habrá lugar para el sacrificio. ¿Acaso la viuda pobre del pasaje de San Lucas no ofrendó todo lo que tenía? Y Jesús dijo: «En verdad os digo, que esta viuda pobre echó más que todos».

El corazón que en verdad desea hacer el bien no espera a que le llegue el dinero para hacerlo; por el contrario, se dirige al altar del sacrificio y, al dejar ahí los indignos elementos de su ego, respira el aliento de sus bendiciones, ya que podrá ofrecer un trato igual a vecinos y extraños, amigos y enemigos.

Así como el efecto se relaciona con la causa, la prosperidad y el poder están relacionados con la bondad interior. Y, del mismo modo, la pobreza y la debilidad también se relacionan con la maldad.

El dinero no representa la verdadera riqueza; tampoco la posición social, ni el poder. Pensar que sólo representa eso, es como pisar arenas movedizas.

La verdadera riqueza la consigues en situaciones en las que actúas con virtud y, cuando utilizas esa virtud, estás empleando el verdadero poder. Rectifica tu corazón y rectificarás tu vida. La lujuria, el odio, la cólera, la vanidad, el orgullo, la codicia, la autoindulgencia, el egoísmo y la obstinación, son sinónimos de pobreza y debilidad. Mientras que el amor, la pureza, la bondad, la paciencia, la compasión, la generosidad, el desinterés y la abnegación, son sinónimos de riqueza y poder.

En el momento en que venzas todos estos elementos de pobreza y debilidad, un irresistible poder de victoria surgirá en tu interior. Quien logre alcanzar la virtud más elevada tendrá el mundo entero a sus pies.

Pero el rico, al igual que el pobre, sufre situaciones indeseables y suele ser, con frecuencia, más desdichado que el pobre. Y es así como podemos darnos cuenta de que la felicidad no depende ni de la ayuda externa ni de los bienes materiales, sino de la vida interior.

Quizás en este momento eres el dueño de una empresa y tienes graves problemas con tu personal. Además, cuando tienes la suerte de conseguir empleados buenos y fieles, al poco tiempo te abandonan. Por consiguiente, comienzas a perder, o ya has perdido por completo, la fe en la naturaleza humana.

Tratas de encontrar una solución a tus problemas, ofreciendo mejores salarios a tus trabajadores y permitiéndoles ciertas libertades pero, aún así, los problemas continúan. Déjame darte un consejo.

La causa de todos tus problemas no está en tus empleados, sino en ti. Si miras en tu interior, con un humilde y sincero deseo de descubrir y corregir tu error, tarde o temprano encontrarás el origen de todo tu infortunio.

Puede ser que la raíz de todo lo que te sucede esté relacionada con algún deseo egoísta de tu parte, con la desconfianza o con un trato hiriente que pueda dañar a todas las personas que te rodean. Al mismo tiempo, este proceder también te puede afectar a ti, incluso aunque no lo manifiestes con tu actitud o con palabras.

Recapacita y trata a tus empleados con bondad; considera el gran servicio que tu personal te ofrece. Tal vez, si tú estuvieras en su lugar, no te gustaría desempeñar el trabajo que ellos hacen.

Suele ser extraña y hermosa la humildad del alma por la cual un empleado se olvida por completo de sí mismo, en beneficio de su superior. Pero mucho más extraña y hermosa es la nobleza del alma de aquel que se olvida de su propia felicidad y busca el bienestar de aquellas personas que están a su cargo y que dependen de él para su sustento. La felicidad de un hombre así se verá multiplicada y no tendrá que quejarse de sus empleados.

Un conocido director de empresa, con numeroso personal a su cargo, y que nunca tuvo que despedir ni a un solo empleado, dijo: «Con mis empleados siempre he tenido relaciones que me han hecho muy feliz. Si alguien me pregunta cómo lo hago, sólo puedo decir que, desde un principio, mi único objetivo ha sido hacer por ellos lo que me gustaría que hicieran por mí». Éste es el secreto para lograr circunstancias deseables y para superar todo lo que sea indeseable.

¿Te quejas de que estás solo, de que nadie te quiere y de «no tener ni un solo amigo en el mundo»? Pues bien, voy a rezar para que, por tu propia felicidad, no culpes a nadie de ello, sino a ti mismo.

Muéstrate afectuoso con los demás y pronto te verás rodeado de muchos amigos. Mantén una actitud íntegra y amable, y serás amado por todos.

Aunque te encuentres en condiciones desfavorables, podrás superarlas si desarrollas y utilizas, desde tu interior, el poder transformador de la autopurificación y la autoconquista.

Tanto si te ves agobiado por la pobreza (y recuerda que me refiero a la pobreza que es fuente de miseria, y no a la pobreza voluntaria que es la gloria de las almas emancipadas), como si la riqueza te destruye o las muchas desgracias, penas y disgustos te están llevando a un pozo oscuro, podrás superar esas situaciones si vences los elementos egoístas que las alimentan.

No importa que debido a esta Ley infalible existan pensamientos o actos del pasado que haya que resolver y reparar porque, de acuerdo con esta misma Ley, en cada momento de nuestra vida ponemos en movimiento nuevos pensamientos y actos, y tenemos el poder de hacer que éstos sean buenos o malos.

Esta idea no significa que si un hombre (cosechando lo que ha sembrado) pierde todo su dinero o su posición, pierda también su fortaleza o su rectitud, ya que precisamente en esa fortaleza y rectitud encontrará su riqueza, su poder y su

felicidad. Aquel que se aferra a su ego termina por convertirse en su peor enemigo y siempre estará rodeado de enemigos.

El que renuncia a su ego termina por convertirse en su propio salvador y siempre se verá rodeado de amigos, como si estuviera protegido por un cinturón de seguridad. Ante el divino resplandor de un corazón puro, desaparece toda oscuridad y las nubes se desvanecen. Quien ha vencido al ego, también conquista el universo.

Ahora bien, sal de tu pobreza. Escapa de tu dolor, de tus problemas, de tus lamentaciones, de tus quejas, de tus angustias, de tu soledad y resurge de ti mismo.

Desecha la vieja ropa andrajosa de tu egoísmo y viste el nuevo atuendo del Amor Universal. Cuando lo hagas, percibirás el paraíso en tu interior, y este paraíso se verá reflejado en tu vida exterior.

Quien va a paso firme por el camino de la autoconquista, quien recorre, apoyado en el báculo de la fe, el sendero del autosacrificio, con toda seguridad llegará a la prosperidad más elevada y cosechará una abundante y permanente felicidad.

A todos aquellos que buscan el bien supremo, todo les servirá para sus ideales más sabios. Nada pueden considerar como maldad, sólo la sabiduría les da las alas para combatir todas esas formas que rumian el mal.

El oscuro dolor oculta una gran estrella que espera brillar con su luz radiante. El infierno está esperando en el cielo y, al terminar la oscuridad de la noche, la gloria dorada se distingue a lo lejos.

Las derrotas son los peldaños que subimos con el deseo de alcanzar objetivos más nobles. La pérdida siempre lleva consigo una ganancia y la dicha nos ayuda a subir los seguros peldaños que nos llevarán a las colinas del tiempo.

El dolor nos lleva por sendas de grandes bendiciones, hacia ideas, palabras y acciones divinas. Y a través de sus nubes oscuras y sus rayos brillantes, nos llenamos de fortaleza al recorrer la larga travesía que va formando el engranaje de la vida.

El infortunio sólo hace que el camino se  
nuble, pero al final se llegará al paraíso  
donde su sol iluminará los grandes  
triumfos que, después de haberlos  
reclamado tanto tiempo, estarán a la espera  
de nuestra victoria.

Nuestras dudas y temores son el paño  
mortuario que nubla el valle de nuestras  
esperanzas. Nuestro espíritu se enfrenta a  
las sombras que van recogiendo la amarga  
cosecha de incesantes lágrimas y lamentos.

El dolor, las miserias y las amarguras, las  
heridas que nos dejan las cadenas rotas,  
todos éstos son pasos que nos ayudan para  
poder encontrar el camino de nuestra fe  
inquebrantable.

El amor compasivo y vigilante corre a  
encontrarse impaciente con el viajero de la  
Tierra del Destino. Toda la gloria y todo el  
bien esperan la llegada de su paso  
obediente.

## 4

# **El silencioso poder del pensamiento: cómo controlar y dirigir nuestras fuerzas**

---

Las fuerzas más poderosas del universo son las fuerzas silenciosas. De acuerdo con la intensidad de su poder, una fuerza puede ser benéfica cuando está bien dirigida, y destructiva cuando se le da un uso equivocado.

Este concepto es muy conocido en lo referente a las fuerzas mecánicas, tales como el vapor, la electricidad, etc., pero muy pocos han aprendido a aplicar este conocimiento al reino de la mente, donde las fuerzas del pensamiento (las más poderosas de todas) se generan de manera continua y se dirigen como corrientes de salvación o de destrucción.

Cuando el hombre llega a este nivel de evolución, ha tomado posesión de estas fuerzas, y la tendencia de su vigente progreso es el completo sometimiento. Toda la sabiduría que pueda tener en este mundo material se encuentra en el control absoluto de sí mismo. El precepto «Ama a tus enemigos» es una exhortación para tomar posesión, aquí y ahora, de esta sublime sabiduría, mediante la dominación y la transmutación de esas fuerzas mentales de las que el ser humano sigue siendo esclavo, y por cuya causa ha quedado tan indefenso como una brizna de hierba a la deriva de las corrientes del egoísmo.

Los profetas hebreos, con su perfecto conocimiento de la Ley Suprema, siempre relacionaban los acontecimientos externos con los pensamientos internos, y asociaban los éxitos o fracasos de carácter nacional con los pensamientos y deseos que dominaban a la nación en esa determinada época.

El conocimiento del poder causal del pensamiento era la base de todas sus profecías, así como también era la base de su verdadera sabiduría y poder. Los acontecimientos nacionales son el simple resultado de las fuerzas psíquicas de la nación.

Las guerras, las epidemias y las hambrunas representan el encuentro y el enfrentamiento de fuerzas del pensamiento mal dirigidas. Éstos son los puntos culminantes en los que la destrucción entra en acción como agente de la Ley.

Sería absurdo atribuir las guerras a la influencia de un solo hombre, o a la

influencia de un grupo de hombres. Se trata del horror máximo del egoísmo nacional. Son las fuerzas del pensamiento, conquistadoras y silenciosas, las que hacen posible la manifestación de todas las cosas.

El universo se ha quedado sin pensamiento. En una reciente investigación, se ha descubierto que la materia sólo es pensamiento dirigido. Todos los logros del ser humano fueron primero forjados en el pensamiento y después se llevaron a la práctica.

Cualquier autor, inventor o arquitecto crea primero su trabajo en el pensamiento y, cuando ya lo tiene perfeccionado a nivel mental en todos sus aspectos, como un conjunto integral y armónico, comienza a materializarlo, llevándolo al plano material o de los sentidos.

Cuando las fuerzas del pensamiento se dirigen en armonía con la Ley Suprema, son constructivas y protectoras, pero si se corrompen, se vuelven desintegradoras y autodestructivas.

Cuando todos tus pensamientos se ajustan a una perfecta e inquebrantable fe en la omnipotencia y en la supremacía del Bien, estás cooperando con ese Bien para poder descubrir en tu interior tanto la solución como la destrucción de todo lo malo. *Creed y viviréis*. Aquí está el verdadero significado de la salvación —y tanto la salvación como la negación del mal se hallan al entrar y advertir la luz viviente del Bien Eterno—.

Donde haya miedo, preocupación, ansiedad, dudas, problemas, disgustos o decepciones, siempre habrá ignorancia y falta de fe. Todas estas condiciones de la mente son resultado directo del egoísmo y están basadas en una creencia inherente al poder y la supremacía del mal. Por lo tanto, constituyen un ateísmo práctico; y vivir y permanecer sujetos a esas condiciones negativas y destructoras del alma es el único y verdadero ateísmo.

El ser humano necesita liberarse de las condiciones que lo convierten en un esclavo desvalido y obediente. Mientras esto no se haga, nadie podrá jactarse de su salvación.

Si tenemos miedo o nos preocupamos de nuestra situación, estamos cometiendo el mismo pecado que si maldecimos. ¿Cómo podemos tener miedo o preocupaciones si creemos de manera intrínseca en la Eterna Justicia, en la Omnipotente Bondad y en el Amor sin límites? El temor, la preocupación y la duda son sinónimos de negación y falta de fe.

Todas las debilidades y los fracasos se derivan de estos estados mentales, porque representan la anulación y la desintegración de las fuerzas del pensamiento positivo que, de otra forma, se dirigirían con fuerza hacia su objetivo y provocarían resultados benéficos.

Superar estas condiciones negativas nos conduce a una vida de poder, nos lleva a dejar de ser esclavos y a convertirnos en nuestros propios amos. Sólo existe un medio a través del cual podemos superar todas esas condiciones: un constante y persistente desarrollo del conocimiento interior.

No basta con negar mentalmente el mal, ya que éste debe entenderse y superarse a través de la práctica diaria. Tampoco resulta adecuado afirmar el bien en el pensamiento, ya que debemos practicarlo y comprenderlo a través del esfuerzo cotidiano.

La práctica inteligente del autocontrol te conduce al conocimiento de tus fuerzas de pensamiento y, más tarde, a obtener ese poder mediante el cual podrás emplearlas y dirigir las de una manera correcta.

En la medida en que domines tu ego, en que controles tus fuerzas mentales, en lugar de ser controlado por ellas, podrás dominar las situaciones y las circunstancias externas.

Muéstrame a una persona que destruya todo lo que toque, que no pueda mantener el éxito, incluso cuando lo recibe en bandeja, y te mostraré a alguien que vive dominado por esas condiciones mentales que representan la negación del poder.

Revolcarse continuamente en el lodazal de la duda, dejarse atraer con frecuencia por las arenas movedizas del miedo o permitir que los vientos de la ansiedad te sacudan sin cesar, equivale a ser un esclavo y a vivir la vida de un esclavo, aunque el éxito y el prestigio llamen a tu puerta esperando que los dejes entrar.

Alguien así, sin fe y sin autocontrol, es incapaz de manejar sus asuntos de manera correcta y se convierte en un esclavo de las circunstancias. En realidad, es un esclavo de sí mismo. Esta clase de personas aprenden a través del dolor y, a la larga, pasan de la debilidad a la fortaleza debido a la presión de las amargas experiencias. La fe y el sentido de propósito constituyen la fuerza motriz de la vida.

No hay nada que una fe inquebrantable y una firme determinación no puedan lograr. Las fuerzas del pensamiento van creciendo a través del ejercicio cotidiano de la fe silenciosa y, por medio del fortalecimiento diario de un propósito silencioso, esas fuerzas se dirigen hacia la realización.

Cualquiera que sea tu posición en la vida, antes de que puedas lograr cualquier tipo de éxito, beneficio o poder, debes aprender a cultivar la calma y la serenidad para enfocar tus fuerzas del pensamiento. A lo mejor eres un hombre de negocios que se tiene que enfrentar a graves dificultades o a un posible desastre. El temor y la ansiedad van en aumento y no sabes qué hacer para encontrar una solución a tus problemas.

Persistir en semejante estado mental sería fatal porque, cuando surge la ansiedad, desaparece el buen juicio. Lo que debes hacer en este momento de tu vida es aprovechar una o dos horas de tranquilidad por la mañana o por la noche para marcharte a un lugar solitario, o encerrarte en alguna habitación de tu hogar donde nadie ni nada te moleste. Cuando estés sentado en una posición cómoda, trata de apartar por completo de tu mente aquello que provoca tu ansiedad. Deja que las bendiciones y los pensamientos agradables y tranquilizadores lleguen a tu vida. Poco a poco, sentirás una gran fuerza y una gran serenidad que se irán apoderando de tu mente; y así tu ansiedad desaparecerá por completo.

En el momento en que percibas que tu mente vuelve otra vez al plano inferior de

las preocupaciones, hazla regresar al plano de paz y fortaleza.

Y cuando llegue el día en que hayas logrado entrar en este estado mental, podrás concentrar toda tu mente en la solución de tu problema. Y lo que, en tus momentos de ansiedad, te parecía tan complicado e irremediable, te resultará más claro y sencillo. Podrás darte cuenta, con la claridad de visión y el perfecto juicio que sólo pertenecen a las mentes tranquilas y serenas, de cuál es la ruta que hay que seguir para obtener los resultados que deseas.

Puede ser que tengas que intentarlo día tras día, antes de que consigas calmar tu mente por completo, pero, si perseveras, ten la seguridad de que lo lograrás. No olvides que debes tomar la ruta que se te presenta en ese momento de tranquilidad.

Sin duda, cuando vuelvas a involucrarte en los asuntos cotidianos, las preocupaciones volverán a asaltarte y a dominarte, y podrás pensar que tomar esa ruta fue una decisión absurda y equivocada, pero no tienes que prestar atención a esos pensamientos.

Debes dejarte guiar exclusivamente por la visión de la serenidad y no por las sombras de la ansiedad. Piensa que, en esos momentos de serenidad, puede llegarte la iluminación y el juicio correcto.

Con estas prácticas de disciplina mental, las fuerzas del pensamiento que se encuentran dispersas se reunirán, y, como la luz de un reflector, se enfocarán sobre cada problema para encontrar la solución.

No existe ningún problema, por grande que sea, que no pueda solucionarse con la tranquila y poderosa concentración del pensamiento. Y no existe una sola meta objetiva que no pueda alcanzarse por medio de un razonamiento inteligente y una buena dirección de las fuerzas del alma.

Hasta que no hayas entrado de una manera profunda y minuciosa en tu propia naturaleza interior y no hayas vencido en ella a los muchos enemigos que te acechan, no podrás tener una noción de lo que representa el poder sutil del pensamiento. No podrás entender la relación indiscutible que existe entre este poder del pensamiento y el apego a las cosas materiales. Tampoco podrás comprender tu mágico potencial si no te encuentras bien equilibrado y dirigido hacia el reajuste y la transformación de tus condiciones de vida.

Tus pensamientos son fuerzas que envías al exterior y, de acuerdo con su naturaleza e intensidad, salen a buscar alojamiento en las mentes que sean receptivas y actúan, tanto para bien como para mal. Existe una continua reciprocidad entre las mentes y un intercambio incesante de fuerzas del pensamiento.

De ese modo, los pensamientos egoístas y perturbadores son fuerzas malignas y destructivas que, como mensajeros del mal, son enviadas para estimular y aumentar la maldad en otras mentes, y que, a su vez, regresan a ti con más poder.

En cambio, los pensamientos tranquilos, puros y altruistas son mensajeros angelicales enviados al mundo con alas llenas de liberación, salud y bendiciones para verter un bálsamo de alegría en las aguas turbulentas de la ansiedad y las penas, y así contrarrestar las fuerzas del mal y restaurar la herencia de la inmortalidad en

los corazones rotos.

Intenta tener buenos pensamientos y éstos se manifestarán en tu vida exterior en forma de situaciones favorables. Toma el control de las fuerzas de tu alma y podrás conformar tu vida exterior como desees.

La diferencia entre un salvador y un pecador es que el primero tiene un perfecto control de las fuerzas que hay en su interior, y el segundo, por el contrario, es dominado y controlado por ellas.

El poder y la paz permanentes, sólo pueden alcanzarse por medio del autocontrol, el autodomínio y la autopurificación. Quedarse a merced del estado de ánimo, significa aceptar la impotencia, la desdicha y la poca capacidad de darse a los demás.

Si desees tejer los hilos dorados de la felicidad y de la prosperidad en tu vida, debes emprender la tarea de dominar tanto tus afectos como tus aversiones, tus amores y tus odios obsesivos, tus arrebatos de enojo, de desconfianza, de celos, así como todos los cambios de humor que te mantienen atado y desvalido.

Mientras permitas que tus cambios de humor te esclavicen, tendrás la necesidad de depender de los demás y de las cosas materiales.

Si caminas con paso firme y seguro, para lograr los objetivos que te propongas deberás aprender a superar y a controlar todas las vibraciones emocionales que te perturban y obstaculizan.

Necesitas adquirir el hábito diario de dejar tu mente en reposo; como se diría en términos coloquiales: «guardar un completo silencio». Es un método seguro para reemplazar un pensamiento de preocupación por uno de paz, o un pensamiento de debilidad por uno de fuerza.

Si no logras cumplir con éxito esta tarea, será muy difícil que puedas dirigir tus fuerzas mentales hacia los problemas y objetivos de tu vida con una medida apreciable de éxito. Éste es un proceso que sirve para dirigir esas fuerzas que han quedado dispersas hacia un canal poderoso.

Así como un terreno pantanoso puede convertirse en un campo de maíz dorado o en un jardín lleno de árboles frutales si las aguas dispersas se encauzan en una corriente bien dirigida, la persona que aprende a dirigir y a dominar las corrientes del pensamiento en su interior, logra salvar su alma, su corazón y su vida fructifican y alcanza la felicidad.

A medida que logres dominar tus impulsos y pensamientos, empezarás a sentir que crece un nuevo y silencioso poder en tu interior y un gran sentimiento de calma y fuerza te acompañará para siempre.

Empezarás a descubrir tus poderes que estaban ocultos y a darte cuenta de que, aunque antes tus esfuerzos eran débiles e ineficaces, ahora puedes trabajar con esa serena confianza que exige el éxito.

Y junto con este nuevo poder y fuerza, se despertará en ti esa iluminación interior conocida como «intuición», y dejarás de caminar en la oscuridad y la duda, para avanzar con paso firme hacia la luz y la certidumbre.

Cuando experimentes ese progreso en la visión del alma, tu capacidad de juicio y tu agudeza aumentarán de una manera inestimable. En tu interior, se desarrollará esa visión profética que te ayudará a intuir los acontecimientos futuros y a pronosticar, con gran exactitud, el resultado de tus esfuerzos.

Y en la misma medida en que tu vida interior se vaya transformando, tu vida exterior también cambiará. Y conforme empieces a modificar tu actitud mental hacia los demás, ellos también comenzarán a cambiar su conducta y su comportamiento hacia ti.

Conforme vayas venciendo las fuerzas del pensamiento debilitantes y destructivas, entrarás en contacto con las corrientes positivas, fortalecedoras y constructivas, generadas por mentes fuertes, puras y nobles. Entonces, tu felicidad se intensificará en gran medida y empezarás a disfrutar de la alegría, la fuerza y el poder que nacen del autodomínio.

Y esta alegría, fuerza y poder irradiarán de manera continua desde tu interior y, sin esfuerzo alguno por tu parte, es decir, aunque no seas consciente de ello, las personas poderosas se sentirán atraídas hacia ti. Te llegarán oportunidades y, de acuerdo con el mundo del pensamiento que transformaste, los eventos exteriores se resolverán por sí mismos.

«Los enemigos del hombre están en su propia casa», y aquel que desee ser útil, fuerte y feliz debe dejar de ser un receptáculo pasivo para las formas de pensamiento negativas, miserables e impuras. De la misma forma que el patrón da órdenes a sus sirvientes y hace pasar a sus invitados, tienes que aprender a dar órdenes para que tus deseos sean cumplidos y decir, con autoridad, qué pensamientos quieres admitir en la mansión de tu alma.

Incluso un éxito parcial en el autodomínio intensifica en gran medida el poder de quien lo experimenta. Y aquella persona que tenga éxito en la consecución de este logro divino, podrá tener una sabiduría inimaginable y una gran fuerza y paz interiores. Quien llega a dominar su alma comprende que todas las fuerzas del universo lo ayudan y protegen sus pasos.

Podrás escalar hasta el cielo más alto y  
bajar hasta el infierno más profundo. Vivir  
sueños constantes de belleza, y morar en  
los pensamientos más oscuros.

Lo que piensas es el cielo que te cubre, y el  
infierno está aquí mismo, bajo tus pies. La  
dicha sólo puede existir en tu pensamiento,  
y sólo en tu pensamiento encontrarás la  
tristeza.

La Gloria sólo existe si vivimos nuestros

sueños; sin el pensamiento, no existirían los mundos. Y el drama que vivimos desde hace siglos sólo puede fluir del eterno pensamiento. La dignidad, la vergüenza y el desconsuelo, el dolor, la tristeza, el odio y el amor, son el disfraz del fuerte latir del pensamiento que siempre ha dirigido nuestro destino. Cuando se juntan los colores del arco iris, se forma la ausencia del color. Así es como los cambios del universo pueden crear el único y eterno sueño.

Y todo sueño se encuentra en tu interior, y el soñador ha sufrido la gran espera para que la luz de la mañana lo despierte a un pensamiento fortalecido y viviente.

Para que convierta lo real en lo ideal. Para que convierta los sueños del infierno en el cielo más alto y más sagrado, donde mora lo puro y lo perfecto.

El mal es el pensamiento que lo piensa, el bien es el pensamiento que lo crea. De igual manera, del pensamiento nacen la luz y la oscuridad, el pecado y la pureza.

Vive en el pensamiento hacia lo más grande y lo más grande podrás observar. Fija tu mente en los ideales más altos, y en la cumbre más alta morarás.

## 5

### **El secreto de la salud, el éxito y el poder**

---

Todos recordamos cuando de pequeños nos contaban cuentos de hadas que escuchábamos con gran deleite. Y aun al escuchar varias veces el mismo cuento, seguíamos disfrutándolo. Con qué anhelo nos manteníamos al tanto del incierto destino de sus protagonistas que, en los momentos más cruciales de sus vidas, siempre salían victoriosos de las malévolas maquinaciones de la bruja, del gigante cruel o del rey malvado.

Y nuestros pequeños corazones nunca temían por el destino del héroe o de la heroína, ni ponían en duda que, al final, triunfarían a pesar de todos sus enemigos, porque sabíamos que las hadas eran infalibles y que nunca abandonarían a aquellos que se habían consagrado a la bondad y a la verdad.

Sentíamos una indescriptible alegría al escuchar que la Reina de las hadas llegaba en el momento crítico con toda su magia. Ella dispersaba toda oscuridad y solucionaba todos los problemas al conceder los deseos e ilusiones de los protagonistas para que así «fueran felices para siempre».

Con el transcurso de los años, nos fuimos relacionando cada vez más con las llamadas «realidades» de la vida. Nuestro asombroso mundo de hadas se desvaneció y sus maravillosos habitantes fueron relegados, como algo imaginario e irreal, a los archivos de la memoria.

Y ahora pensamos que somos inteligentes y maduros por haber abandonado para siempre la tierra de esos sueños infantiles. Pero si volviéramos a experimentar de nuevo esa época de nuestra infancia y aquel maravilloso mundo de sabiduría, regresaríamos a los sueños que una vez nos inspiraron y descubriríamos que son, después de todo, realidades.

Las hadas, tan pequeñas y casi siempre invisibles, poseedoras de un irresistible y mágico poder, nos conceden con derrochadora abundancia el bien, la salud, la riqueza y la felicidad, junto con todos los dones de la naturaleza. Vuelven a hacerse realidad y se immortalizan en el reino del alma de aquel que, al crecer en sabiduría, ha tomado conocimiento del poder del pensamiento y de las leyes que gobiernan el mundo interior del ser.

Para este tipo de personas, las hadas viven de nuevo como mensajeras del pensamiento y como seres con poder de pensamiento que trabajan en armonía con la Bondad. Y aquellos que, día a día, se esfuerzan por armonizar sus emociones con el corazón del Bien Supremo, pueden hacer realidad el sueño de la salud, riqueza y felicidad verdaderas.

No existe protección que se pueda comparar con la bondad, y al decir «bondad» no me refiero a una mera conformidad exterior con las reglas de moralidad, sino a los pensamientos puros, a las nobles aspiraciones, al amor desinteresado y al total desprendimiento de la vanidad.

Para que en nuestra mente habiten de manera continua los buenos pensamientos, tenemos que internarnos en una atmósfera psíquica de cordialidad y de poder para que ésta deje su huella en todas las cosas y en todas las personas con las que tengamos contacto.

Al igual que el sol naciente hace huir a las débiles sombras, las fuerzas impotentes del mal huyen con los penetrantes rayos del pensamiento positivo que brillan en los corazones que se han fortalecido gracias a la pureza y a la fe.

Donde hay una gran fe y una pureza incorruptible, siempre hay salud, éxito y poder. Por tanto, la enfermedad, el fracaso y el desastre no pueden tener lugar, porque no tienen de qué alimentarse.

Incluso las enfermedades físicas se manifiestan de acuerdo a los estados mentales. En la actualidad, el mundo científico ha empezado a reconocer esta gran verdad que se demuestra cada día más.

Hoy en día, está desapareciendo esa antigua y materialista creencia de que un hombre es lo que su cuerpo hace de él, y ha sido sustituida por la creencia inspiradora de que el hombre es superior a su cuerpo y que su cuerpo refleja lo que él hace mediante el poder del pensamiento.

La idea de que la dispepsia es una enfermedad que provoca un estado de irritabilidad en las personas, ha sido sustituida por una nueva creencia que dice todo lo contrario. El estado de irritabilidad es lo que provoca la dispepsia; y, en un futuro próximo, el conocimiento de que toda dolencia tiene su origen en la mente será del dominio público.

No existe ningún mal en el universo, sino que el mal tiene su raíz y su origen en la mente y en el pecado. En realidad, la enfermedad, el dolor y la aflicción no pertenecen al orden universal, ni tampoco son esenciales en la naturaleza de las cosas, pero sí son el resultado directo de nuestra ignorancia sobre la correcta relación de las cosas.

En la India existía una escuela de filósofos, los cuales, de acuerdo con su tradición, llevaban una vida de absoluta pureza y sencillez. Por regla general, alcanzaban la edad de ciento cincuenta años, debido a su estilo de vida, y si llegaban a sufrir alguna enfermedad, era considerada por ellos mismos como una desgracia imperdonable, ya que era señal de que se había infringido la ley.

Cuanto más pronto comprendamos y reconozcamos que las enfermedades no son

la visita arbitraria de un Dios ofendido, ni tampoco la señal de un destino fatal como resultado de nuestros errores, más rápido emprenderemos el camino hacia la salud.

Las personas atraen enfermedades porque sus mentes y sus cuerpos se muestran receptivos a ellas. Son seres que huyen de quienes tienen pensamientos fuertes, puros y positivos, que generan una corriente dadora de vida.

Si tienes predisposición a los sentimientos de enojo, las preocupaciones, los celos, la codicia o a cualquier otro estado inarmónico de la mente, y deseas tener una perfecta salud física, sin duda esperas que ocurra lo imposible, porque te has dedicado a sembrar en tu mente las semillas de la enfermedad.

El hombre sabio huye con esmero de estas condiciones mentales, porque sabe que son más peligrosas que un mal drenaje o una herida infectada.

Si deseas que desaparezcan todos tus dolores y todas tus enfermedades y disfrutar de una perfecta armonía física, trata de poner tu mente en orden y tus pensamientos en armonía. Intenta que lleguen a tu mente pensamientos jubilosos y amorosos que permitan que el elixir de la buena voluntad corra por tus venas, y de esa forma no necesitarás ninguna medicina. Aléjate de los celos, las sospechas, las preocupaciones, los odios y egoísmos, y di adiós a tu dispepsia, a tus trastornos biliares, a tu nerviosismo y al dolor en tus articulaciones.

Si persistes en aferrarte a estos hábitos creados por tu mente que te debilitan y desmoralizan, no te quejes cuando tu cuerpo se vea invadido por la enfermedad. La siguiente historia ilustra la estrecha relación que existe entre los hábitos mentales y las enfermedades físicas.

Un hombre se encontraba afligido por una dolorosa enfermedad. Consultó a un médico tras otro, pero ninguno daba con la solución a su padecimiento. Después, empezó a visitar todas las ciudades famosas por sus aguas curativas, para bañarse en ellas. Sin embargo, su enfermedad y sus dolores eran más persistentes que antes.

Una noche, soñó que una presencia se acercaba y le decía: «Hermano, ¿has probado todos los medios de curación?». Y él respondió: «Ya lo he intentado todo». «No es así» —dijo la presencia—. «Ven conmigo y te mostraré un baño sanador al que no has prestado atención».

La presencia llevó al hombre a una piscina de agua clara y le dijo: «Sumérgete en esta agua y de seguro te recuperarás». Y luego desapareció.

Se sumergió en el agua y, al salir, su enfermedad se había desvanecido. En ese mismo momento, vio escrito sobre el agua de la piscina la palabra «RENUNCIA». Al despertar, el significado del sueño pasó por su mente y, al mirar en su interior, descubrió que toda su vida había estado llena de culpa y resentimiento. Comprendió que había sido víctima de una indulgencia pecaminosa y, en ese instante, juró que renunciaría a ella para siempre.

A partir de entonces, cumplió su promesa y su aflicción comenzó a desaparecer. En muy poco tiempo, recuperó por completo su salud. Muchas personas se quejan de que están deprimidas debido a un exceso de trabajo pero, en la mayoría de los casos, la depresión suele ser el resultado de un absurdo desgaste de energía.

Si deseas mantenerte sano, debes aprender a trabajar sin fricciones. Si te sientes ansioso, nervioso o preocupado por pequeños e innecesarios detalles, podrías caer en una depresión.

El trabajo, tanto físico como mental, es beneficioso y saludable. Quien es capaz de trabajar con una firme y serena persistencia, se ve libre de toda ansiedad y preocupación y, con la mente despejada de todo, menos de su trabajo, logra mantener una buena salud. De este modo, logrará mucho más que aquella persona que siempre está con prisas y ansiosa, la cual no tardará en enfermar.

La salud y el verdadero éxito siempre van de la mano, porque están entrelazados y no pueden separarse en el reino del pensamiento. Y así como la armonía mental proporciona una excelente salud, también nos conduce hacia una secuencia armoniosa para que nuestros proyectos se hagan realidad.

Ordena tus pensamientos y ordenarás tu vida. Vierte el bálsamo de la tranquilidad sobre las aguas turbulentas de las pasiones y los prejuicios y, aunque te sientas amenazado por las tempestades de la desgracia, éstas jamás conseguirán hundir el barco de tu alma en el océano de la vida.

Y si este barco es capitaneado por una auténtica fe, tendrás una expedición doblemente segura y podrás hacer frente a muchos peligros que, de otra manera, te dañarían.

Gracias al poder de la fe, siempre se puede lograr un trabajo constante y perdurable. Fe en lo Supremo, fe en la Ley, fe para obtener el trabajo que deseas y el poder para llevarlo a cabo. Aquí tienes el material para construir los sólidos cimientos de las metas que te has trazado, sin riesgo de que se puedan caer.

Debes seguir tu camino, sin dejarte vencer por las circunstancias adversas, y cumplir con los incentivos más altos de tu interior. Has de ser siempre sincero con tu divino yo, confiar en tu Luz interior, en tu Voz interior y perseguir tu objetivo con un corazón tranquilo y entusiasmado, con la certidumbre de que el futuro te recompensará por todos tus esfuerzos y buenos pensamientos. Así entenderás que las leyes del universo nunca fallan y que tus deseos se cumplen con exactitud matemática. Ésta es la fe y también es vivir de la fe.

Con el poder de la fe, las aguas turbias de la incertidumbre se separan, todas las montañas de las dificultades se desmoronan y el alma del creyente sale ilesa por completo.

¡Esfuézate, lector! Adquiere, sobre todo, la preciada posesión de esta fe serena, porque es el talismán de la felicidad, del éxito, de la paz, del poder y de todo lo que hace que la vida sea agradable y superior al sufrimiento.

Construye tu vida consagrándote a esta fe sobre la roca de lo Eterno y con materiales de lo Eterno, y su estructura jamás será derribada, porque será más importante que toda la acumulación de lujos materiales y dinero que, al final, se convertirán en polvo.

En esos días en los que te sumerjas en las profundidades del dolor o levantes el vuelo hacia la cima de la alegría, conserva siempre tu fe, recuerda que es tu refugio,

y mantén los pies con firmeza sobre su base inmortal e inamovible.

Si logras concentrarte en tu fe, sentirás que posees una fuerza espiritual tan grande que hará añicos las fuerzas del mal lanzadas contra ti, como si fueran de cristal. Conseguirás alcanzar tal éxito que ni tus propios adversarios, que van tras los beneficios mundanos, soñarían alcanzar. «Si tuvierais fe y no dudarais, no sólo haríais lo de la higuera, sino que si dijerais a este monte: “Quítate de ahí, y échate al mar”, así se haría».

Son estos hombres y mujeres de hoy en día, protegidos por santuarios de carne y hueso, quienes han alcanzado esta fe y la viven día a día. Al haber superado la prueba suprema, han tomado posesión de su gloria y de su paz.

Ellos han pronunciado la voz de mando, y las montañas de la tristeza y la decepción, del cansancio mental y del dolor físico han pasado de largo y han sido lanzadas al mar del olvido.

Si deseas ser poseedor de esta fe, no tendrás que preocuparte por tus éxitos, ni siquiera por tus fracasos, ya que los éxitos vendrán solos.

No tendrás que sentirte ansioso por los resultados, porque desempeñarás tu trabajo con paz y alegría. Entenderás que tanto los buenos pensamientos como los esfuerzos adecuados, sin duda alguna, te darán excelentes resultados.

Conozco a una mujer con una vida llena de oportunidades y satisfacciones a quien, hace poco, uno de sus amigos dijo: «¡Qué afortunada eres! Sólo tienes que desear algo, para que siempre se convierta en realidad».

Y, de hecho, sus deseos siempre se han materializado. En realidad, toda la felicidad que surge en la vida de esta mujer es el resultado directo de un estado de felicidad interior que ha cultivado y perfeccionado en muchos aspectos de su vida.

Los simples deseos no conducen más que a la decepción; hacerlos realidad y vivirlos, es lo que de verdad cuenta.

El tonto desea y se queja. El sabio trabaja y espera. Y esta mujer había trabajado mucho, había trabajado en su mundo interno y externo, pero sobre todo desde su interior, en su corazón y en su alma. Había construido un hermoso templo de luz que brillaba siempre a su alrededor con glorioso resplandor. Para crearlo, utilizó las invencibles manos del espíritu y los preciosos cimientos de la fe, la esperanza, la alegría, la devoción y el amor.

Este glorioso resplandor lo emitían sus ojos, brillaba en su semblante, vibraba en su voz, y todo el que entraba en contacto con ella se sentía fascinado por su presencia.

Y así como ella lo logró, tú también puedes lograrlo. Con tus éxitos, con tus fracasos, con tu poder de control y con toda esa vida que llevas. Porque tus tendencias de pensamiento dominantes, son factores determinantes en tu destino.

Envía pensamientos limpios, de amor y felicidad, y las bendiciones te llegarán a manos llenas. Así podrás cubrir tu mesa con el mantel de la paz.

Envía pensamientos de odio, impuros e infelices, y te lloverán maldiciones. Y el miedo, al igual que la inquietud, esperará bajo tu almohada. Tú eres el dueño

incondicional de tu destino, sea cual fuere, y a cada momento estás enviando fuerzas que pueden construir o arruinar tu vida.

Deja que tu corazón crezca lleno de amor y altruismo, y conseguirás grandes facultades y éxitos perdurables, aunque ganes poco dinero.

Abandona los estrechos límites del interés personal y, aunque te conviertas en millonario, tu poder y tu éxito serán considerados algo insignificante. Cultiva ese espíritu puro y desinteresado, combínalo con la pureza y la fe, con la lealtad a un objetivo, y así evolucionarás, rodeado de todos estos elementos, no sólo hacia una salud plena y un éxito duradero, sino también hacia la grandeza y el poder.

Si tu situación actual te resulta desfavorable y no te encuentras satisfecho con tu trabajo, cumple con tus obligaciones de manera responsable. Deja que tu mente descansa en la idea de que pronto te llegará un empleo mejor, con mayores oportunidades. Mantén una perspectiva mental activa hacia las posibilidades laborales que puedan surgir en un futuro y así, cuando llegue el momento adecuado, te encontrarás mentalmente preparado para esa tarea, con la inteligencia y perspectiva que nace de la disciplina mental.

Cualquiera que sea tu ocupación, concéntrate en ella y emplea toda tu energía. La impecable culminación de las pequeñas tareas, te llevará sin duda a realizar tareas más grandes. Piensa que estás escalando a paso lento, pero firme, y que nunca te caerás. Aquí radica el secreto del verdadero poder.

Aprende, por medio de la práctica constante, la manera de administrar tus recursos para poder concentrarlos, en cualquier momento, en un determinado objetivo. El insensato malgasta toda su energía mental y espiritual en frivolidades, en charlas tontas o en argumentos egoístas, por no mencionar los excesos y los vicios.

Si deseas adquirir el poder superior, debes cultivar la calma y la serenidad y ser capaz de valerte por ti mismo. Todo poder está relacionado con la inmovilidad. La montaña, la gran roca y el roble, son poderosos por su grandeza, solidez y estabilidad desafiantes. Mientras que la arena, la pequeña rama y el junco siempre estarán relacionados con la debilidad, con sus frágiles movimientos, su poca resistencia y su mínima utilidad en cuanto se los separa de su entorno.

Quienes tienen este poder superior, permanecen inamovibles y serenos mientras otros se hallan dominados por alguna emoción o pasión. Y sólo están capacitados para ordenar y tener control sobre los demás quienes han conseguido con éxito el control de sí mismos.

Las personas irritables, temerosas, insensatas y frívolas siempre tendrán que buscar la compañía de alguien, ya que, de lo contrario, se derrumbarían por falta de apoyo. Sin embargo, las personas tranquilas, intrépidas y sensatas siempre podrán permitirse la soledad del bosque, del desierto o de la montaña. Con ello, su poder se acrecentará todavía más y harán frente a las vorágines y a las corrientes psíquicas que oprimen a la humanidad con mayor éxito.

La pasión no es poder; es el abuso y la dispersión del poder. La pasión es como una tormenta violenta que golpea de forma feroz la inquebrantable roca, mientras que

el poder es la propia roca que permanece silenciosa y firme.

Un ejemplo de manifestación de un gran poder fue cuando Martín Lutero, cansado de la insistencia de sus amigos que trataban de persuadirlo para que no acudiese a Works, ya que temían por su seguridad, les respondió: «Iría allí aunque hubiese tantos demonios como tejas en los tejados».

Otra demostración de gran poder tuvo lugar después de que Benjamín Disraeli fracasara en su primer discurso parlamentario y atrajera las burlas de la Cámara. En ese momento exclamó: «Ahora voy a tomar asiento, pero llegará el día en que me van a escuchar».

Un joven a quien conocí, tras sufrir continuas desgracias e infortunios, tuvo que soportar los comentarios irónicos de sus amigos acerca de que desistiera de sus esfuerzos. Les contestó: «No tardará en llegar el día en que se sorprenderán de mi buena suerte y mi éxito». Con su respuesta demostró que tenía el don de ese silencioso e irresistible poder que le ha ayudado a superar las dificultades y a coronar su vida con éxito.

Si no posees este poder, puedes alcanzarlo a través de la práctica, ya que el principio del poder equivale al principio de la sabiduría. Debes comenzar por superar esas trivialidades inútiles de las que, hasta ahora, has sido una víctima complaciente.

Las risas bulliciosas e incontroladas, las calumnias, los comentarios frívolos y las bromas de mal gusto que se hacen sólo por diversión deben evitarse, ya que implican una valiosa pérdida de energía.

San Pablo jamás demostró una visión tan maravillosa de las leyes ocultas del progreso humano como el día en que advirtió a los Efesios: «Los gestos y palabras en broma nunca serán provechosos». Las personas que por hábito actúan así destruyen todo poder y toda vida espiritual.

Cuando logres mantenerte indiferente ante tales disipaciones mentales, empezarás a entender lo que significa el verdadero poder. Comenzarás también a vencer los poderosos deseos y apetitos que mantienen a tu alma esclavizada y que bloquean tu camino al poder. En ese momento, verás claro tu progreso.

Ante todo, persigue un objetivo legítimo y útil, y dedícate, en cuerpo y alma, a llevarlo a cabo. No dejes que nada te aparte de tu camino y recuerda que el hombre que intenta hacer muchas cosas a la vez es inestable en todos los aspectos.

Sé impaciente a la hora de aprender, pero ve despacio a la hora de pedir. Obtén un profundo conocimiento de tu trabajo y conviértelo en algo tuyo por completo. Y mientras actúes así, siguiendo siempre tu Guía interior, la voz infalible, podrás ir de victoria en victoria y, poco a poco, conseguirás llegar a lugares de descanso más enaltecidos. Tus grandes perspectivas te revelarán, de forma progresiva, la belleza y el propósito esencial de la vida.

Si te purificas, tendrás salud; si buscas protección a través de la fe, tendrás éxito; si te sabes dominar, tendrás poder. Así prosperarás en todo lo que hagas, porque al dejar de ser una unidad desarticulada y autoesclavizada, estarás en armonía con la

Gran Ley y ya no trabajarás en contra, sino a favor de la Vida Universal y la Eterna Bondad.

Y la salud que ahora tienes permanecerá contigo. Cualquier éxito que logres, estará más allá de todo el cómputo humano y nunca desaparecerá. Cualquier facultad y poder que ejerzas, aumentará cada vez más con el paso de los años, porque formarás parte de ese Principio inflexible que sostiene al universo.

Éste es el secreto de la salud: un corazón puro y una mente bien ordenada. Éste es el secreto del éxito: una fe resuelta y un propósito bien definido. Éste es el secreto del verdadero poder: dominar con voluntad perseverante el negro corcel de los deseos.

Todos los caminos me están esperando, de luz y oscuridad, de ciudades y desiertos, caminos anchos y estrechos, de cumbres y valles, buenos y malos, a paso lento o apresurado, puedo recorrerlos de la forma que decida ahora, y al caminar, distinguir lo bueno de lo malo.

Si con honestidad llego a los caminos altos y sagrados que mis pies errantes esperan andar, si permanezco ahí, con bondad en mi corazón; y otra vez emprendo mi andar por bosques de espinas y me mantengo a salvo de quien se mofa y me desdeña, sabré al final que mis pasos llegarán a floridas praderas.

Si sigo erguido donde me esperan la salud, el poder y el éxito; si en cada hora fugaz, me aferro al amor y a la paciencia y moro en la honradez, y de la integridad nunca me alejo, podré ver, al final del camino, la tierra de la inmortalidad.

Podré buscar y encontrar; podré lograr, sin tener que exigir, y al perder, podré recuperar. La ley no cumple conmigo, yo debo cumplir con la ley, si deseo poner fin a mis aflicciones, si deseo restaurar mi alma a la Luz y a la Vida, y no llorar más.

Que no sea mío el reclamo arrogante y egoísta a todas las cosas buenas; que sea mío el humilde intento de buscar y encontrar, de saber y comprender que, al buscar la sabiduría, puedo retomar todos los pasos santos. Nada es mío para reclamar u ordenar, todo es mío para saber y entender.

## 6

### **El secreto de la abundante felicidad**

---

La sed de felicidad es grande, al igual que es grande la falta de ésta. La mayoría de los pobres anhelan riquezas porque creen que éstas les ofrecerán una suprema y duradera felicidad.

La mayoría de los ricos, después de haber satisfecho cada uno de sus deseos y caprichos, sufren de aburrimiento y saciedad, y se encuentran, incluso, más lejos de la felicidad que los pobres.

Si reflexionamos sobre este hecho, podremos comprender la importante verdad de que la felicidad no proviene de las meras posesiones externas, del mismo modo que la miseria tampoco proviene de la falta de éstas. Si así fuera, el pobre siempre se sentiría triste y el rico siempre estaría feliz. Con frecuencia, sucede todo lo contrario.

Algunas de las personas más infelices que he conocido han vivido rodeadas de lujos y riquezas, mientras que algunas de las más felices y brillantes que me he encontrado apenas tenían para cubrir sus necesidades más elementales.

Muchos de los hombres que se han dedicado a acumular riquezas han confesado después que la satisfacción egoísta que seguía a su éxito les robaba la satisfacción en la vida. Reconocían que nunca fueron tan felices como cuando eran pobres.

Te podrás preguntar: ¿qué es la felicidad y cómo puede adquirirse? ¿Se trata de un engaño, de una invención? ¿Acaso sólo el sufrimiento es permanente? Si observamos y reflexionamos a conciencia, descubriremos que todos, excepto los que han elegido el camino de la sabiduría, piensan que la felicidad sólo puede obtenerse a través de la satisfacción de los deseos.

Esta creencia, enraizada en la tierra de la ignorancia y regada siempre con afanes egoístas, es la causante de toda la miseria del mundo.

Y no limito la palabra «deseo» a los básicos apetitos animales; la extiendo al reino psíquico más elevado, donde los deseos más poderosos, sutiles e insidiosos mantienen esclavizadas a personas intelectuales y refinadas, privándolas de toda esa belleza, armonía y pureza de alma cuya máxima expresión es la felicidad.

La mayoría de la gente admitirá que el egoísmo es la causa de toda la tristeza que

existe en el mundo, pero se engañan al creer que se trata del egoísmo de los demás y no del suyo propio.

Cuando estés dispuesto a admitir que toda tu infelicidad es el resultado de tu propio egoísmo, estarás muy cerca de las puertas del Paraíso. Pero mientras sigas convencido de que es el egoísmo de los demás el que te roba la felicidad, seguirás siendo prisionero del purgatorio que tú mismo has creado.

La felicidad es el estado interior de la perfecta satisfacción de la alegría y la paz, en el que se elimina todo deseo. La felicidad que resulta del capricho satisfecho es breve e ilusoria y siempre viene acompañada de una creciente necesidad de seguir satisfaciendo otros anhelos.

El deseo es tan insaciable como el océano; y sus clamores van en aumento conforme se atienden sus demandas.

El deseo reclama cada vez más de sus ingenuos seguidores hasta que, al final, la angustia física o mental los aniquila y son lanzados al fuego purificador del sufrimiento. El deseo es territorio del infierno y todos los tormentos se encuentran allí.

La realización del cielo implica la renuncia a los deseos, y allí es donde todos los placeres esperan al peregrino.

Envié a mi alma a que cruzara lo invisible  
para descifrar alguna carta del más allá.  
Pronto mi alma regresó a mí para decirme:  
«Mira, yo misma soy el Cielo y el  
Infierno».

El cielo y el infierno son estados interiores. Si te hundes en el ego y en todas sus gratificaciones, caerás en el infierno; si te elevas por encima del ego a ese estado de conciencia que es la negación absoluta y el olvido del yo, entrarás en el paraíso.

El ego es ciego, sin juicio, sin conocimiento verdadero, y siempre nos conduce al sufrimiento. La percepción correcta, el juicio imparcial y el verdadero conocimiento pertenecen sólo al estado divino. En la medida en que comprendas esta divina conciencia, podrás conocer la verdadera felicidad.

Mientras sigas empeñado en la búsqueda egoísta de tu propia felicidad, ésta se te escapará y únicamente podrás sembrar las semillas de la tristeza.

En la medida en que te olvides de ti mismo para entregarte al servicio de los demás, te llegará la felicidad y podrás recoger una cosecha de gran dicha.

Es en amar, no en ser amado, como el  
corazón es bendecido; es en dar y no en  
recibir, donde encontramos nuestro ideal.  
Todo cuanto anhelemos o necesitemos, eso

mismo debemos dar; así alimentaremos  
nuestra alma para que podamos  
refugiarnos en la paz.

Si te aferras al ego, te aferras a la tristeza. Si renuncias al ego, encontrarás la paz. Vivir con egoísmo no sólo significa perder la felicidad, sino también perder lo que suponemos que es la fuente de toda felicidad.

Observa cómo un glotón está siempre buscando nuevos manjares con los que estimular su insaciable apetito. Y, al sentirse repleto, congestionado y enfermo, apenas puede ingerir esos manjares con verdadero placer.

Mientras que el que ha dominado su apetito y no busca ni piensa en placeres gustativos encuentra deleite hasta en la comida más frugal. La felicidad con cara de ángel que las personas, a través de los ojos del ego, imaginan percibir en los deseos satisfechos, se convierte en el esqueleto de la miseria una vez se ha conseguido. En realidad: «Quien quiera salvar su vida la perderá... mas quien pierda su vida la salvará».

La felicidad permanente llegará en el instante en que dejes de aferrarte a ella de una manera egoísta y estés dispuesto a renunciar a las cosas materiales. Llegará, cuando no te importe perder, sin reservas, aquellas posesiones temporales que tanto has deseado y que, lo quieras o no, algún día te serán arrebatadas. Entonces descubrirás que aquello que parecía una dolorosa pérdida resulta ser un gran beneficio.

No hay mayor engaño o fuente inagotable de miseria que renunciar con el propósito de ganar. El verdadero Camino de la Vida es estar dispuesto a ceder y a sufrir pérdidas.

¿Cómo es posible encontrar la verdadera felicidad si nos centramos en aquellas cosas que, por su propia naturaleza, están destinadas a desaparecer? La felicidad verdadera y perdurable únicamente puede encontrarse si nos concentramos en lo que es permanente.

Por esta razón, deja de desear y de aferrarte con obsesión a las cosas efímeras, y entrarás en la conciencia de lo Eterno. Y cuando te eleves por encima del ego y te conviertas, cada vez más, en el espíritu de la pureza, del autosacrificio y del Amor Universal para centrarte en esa conciencia, sentirás esa felicidad inmutable que jamás te podrá ser arrebatada.

El corazón que, a través de su amor a los demás, ha conseguido olvidarse por completo de sí mismo, no sólo entra en posesión de la más sublime felicidad sino que, además, consigue la inmortalidad, porque ha comprendido lo Divino.

Vuelve la vista atrás y descubrirás que los momentos de mayor felicidad fueron aquellos en los que pronunciaste alguna palabra de compasión o realizaste algún acto de amor desinteresado. En el ámbito espiritual, la felicidad y la armonía son sinónimos.

La armonía es una fase de la Gran Ley, cuya expresión espiritual es el amor.

Todo egoísmo significa discordia, y mostrarte egoísta significa que no estás en armonía con el orden Divino.

Una vez que podamos comprender este poderoso amor, que es la renuncia al egoísmo, podremos estar en armonía con la música divina, con la canción universal y con esa inefable melodía, la cual es la verdadera felicidad que se convertirá en nuestra.

Los hombres y las mujeres siempre están a la búsqueda de la felicidad y no logran encontrarla. Jamás la hallarán hasta que no reconozcan que la auténtica felicidad ya se encuentra en su interior y a su alrededor, llenando el universo, y que, con su egoísta búsqueda, no hacen más que apartarse de ella.

Perseguí la Felicidad con ansia de hacerla  
mía, por hiedrosas vides y altos robledos,  
pero la Felicidad siempre escapó de mí.  
Corrí tras ella por cuevas y cañadas, por  
campos y praderas, por valles y torrentes,  
hasta escalar las imponentes cumbres  
donde el águila grita. Crucé con paso  
apresurado tierras y mares; pero la  
Felicidad me esquivó una y otra vez.

Desfallecido y agotado, desistí de  
perseguirla y me detuve a descansar en una  
playa desierta. Un pobre hombre me pidió  
de comer y otro me pidió limosna, puse el  
pan y la moneda en sus manos necesitadas.  
Otro llegó buscando mi amistad y otro más  
suplicando consuelo. Compartí con cada  
menesteroso aquello que tenía, lo mejor de  
mí. Fue entonces cuando, en forma divina,  
se me apareció la dulce felicidad y  
suavemente susurró a mi oído: «Soy tuya».

Estas hermosas líneas de Burleigh expresan el secreto de la abundante felicidad. Sacrifica lo que es personal y transitorio, y de inmediato conseguirás lo impersonal y permanente.

Renuncia a este estrecho y limitado egoísmo que intenta someter todo a sus pequeños y mezquinos intereses, y te encontrarás en compañía de los ángeles, en el corazón y la esencia del Amor universal.

Olvídate de ti mismo y entrégate al servicio de los demás, ya que la divina felicidad te liberará de todo dolor y sufrimiento.

«El primer paso lo di con un buen pensamiento, el segundo con una buena

palabra, y el tercero con una buena acción y, así, fue como entré en el Paraíso». Tú también puedes entrar en el Paraíso si sigues esta simple trayectoria. No está en el más allá, se encuentra aquí mismo. Pero sólo lo puede alcanzar aquella persona que se desprenda del egoísmo. Únicamente lo puede conocer aquel que es puro de corazón.

Si todavía no has experimentado esta ilimitada felicidad, puedes empezar ahora; con el anhelo de alcanzarla, debes conservar el maravilloso ideal del amor desinteresado.

La aspiración genuina o la oración son justo lo contrario del deseo. Es decir, se trata del alma que regresa a su fuente Divina, donde puede encontrar la satisfacción permanente. Mediante las aspiraciones, las fuerzas destructivas del deseo se transmutan en una divina y poderosa energía.

Aspirar es esforzarse en destruir los obstáculos del deseo; es el hijo pródigo que, a través del sufrimiento y la sabiduría, regresa de nuevo a la casa de su padre.

Conforme te vayas apartando del despreciable egoísmo, romperás, una por una, las cadenas que te mantienen esclavizado. Poco a poco adquirirás una mejor comprensión de lo que supone la alegría de dar en comparación con la pena de recibir. Entrega tu esencia; entrega tu intelecto; entrega el amor y la luz que se encuentran en tu interior.

En ese momento, comprenderás que «es mucho más bendito aquel que da que el que recibe». Pero aquello que se da se debe dar con el corazón, sin deseos de recompensa. El regalo del amor puro siempre es recibido con una gran dicha. Si, después de haber ayudado a alguien, te sientes herido porque no te lo agradecen, o no te han elogiado ese gesto, o tu nombre no ha salido en los periódicos, deberías reflexionar y entender que todo lo hiciste por vanidad y no por amor; que lo único que pretendías era recibir algo a cambio, de manera que en realidad no querías dar, sino recibir.

Deshazte por el bienestar de los demás; olvídate de tus propios intereses; éste es el secreto de la felicidad abundante.

Algunas veces tendrás que estar en guardia para protegerte contra el egoísmo y aprender, con la práctica constante, las lecciones divinas del sacrificio interior. Así, llegarás a las grandes alturas de la felicidad y permanecerás en las soleadas cimas de la alegría universal, vestido con el brillante atuendo de la inmortalidad.

¿Sigues en la búsqueda de una felicidad perdurable?

¿Esperas que llegue la felicidad a tu vida, pero sólo llegan días de dolor?

¿Anhelas beber el agua de los arroyos del Amor, de la Vida y de la Paz?

Entonces, deja que todos esos deseos oscuros se marchen y pon fin a tu egoísmo.

¿Te sientes cansado de recorrer los caminos del dolor, atormentado por las penas y dolorido por el daño que te han ocasionado?

¿Estás merodeando por largos caminos que lastiman cada vez más tus cansados pies?

¿Anhelas llegar al lugar de descanso donde cesen tus lágrimas y penas?

Entonces, sacrifica tu corazón egoísta y encuentra tu Corazón de Paz.

## La manifestación de la prosperidad

---

Sólo con un corazón en el que abunden la integridad, la honestidad, la generosidad y el amor, se puede alcanzar la verdadera prosperidad. El corazón que no posee estas cualidades no puede saber de prosperidad porque ésta, al igual que la felicidad, no es una posesión exterior, sino un logro interior.

Las personas codiciosas pueden convertirse en millonarias, pero siempre serán pobres, infelices y mezquinas; y, mientras exista alguien más rico que ellas, siempre se verán a sí mismas como pobres. En cambio, aquel que es honrado, justo y bondadoso podrá alcanzar la auténtica y plena prosperidad, incluso aunque sus posesiones materiales sean escasas.

Pobre es aquel que siempre se siente insatisfecho, y rico es aquel que está contento con lo que tiene. Y todavía es más rico el generoso que comparte lo que posee.

Cuando llegamos a observar que el universo está lleno de cosas buenas, tanto materiales como espirituales, y lo comparamos con la ambición ciega de las personas que desean acumular dinero o posesiones, esto quiere decir que ya hemos comprendido lo sombrío e inútil que puede ser el egoísmo y que somos conscientes de lo destructivo que puede llegar a ser.

La naturaleza nos provee de todo sin reserva alguna y no desaprovecha nada. Sin embargo, el hombre que intenta apoderarse de todo acaba perdiéndolo.

Si deseas alcanzar la verdadera prosperidad, no debes seguir creyendo, como hacen algunas personas, que si actúas con honestidad te irá mal. No permitas que la palabra «competencia» haga tambalear tu fe en la supremacía de la rectitud.

No me preocupa lo que la gente pueda decir en cuanto a las «Leyes de la Competitividad». ¿Acaso no conozco la Inmutable Ley que un día hará que desaparezcan estas leyes de competencia que, incluso ahora, se están desvaneciendo en el corazón y en la vida del que es honesto?

Y al conocer esta ley puedo contemplar con serenidad cualquier falta de honradez porque sé que, a la gente que actúa así, le espera una segura destrucción. En cualquier circunstancia, haz lo que consideres correcto y confía en la ley; confía

en el Poder Divino que es inminente en el universo, que te protegerá y jamás te abandonará.

Por medio de la fe, todas tus pérdidas se convertirán en ganancias y todas las maldiciones por las que pudieras sentirte amenazado se transformarán en bendiciones. Nunca permitas que la integridad, la generosidad y el amor se alejen, porque estas virtudes se apoyan en la energía que te elevará hacia un estado de verdadera prosperidad.

No creas a quien te diga que primero siempre hay que intentar ser el «número uno» y después pensar en los demás. En realidad, lo que esta frase quiere decir es que no debes pensar en absoluto en los demás, sino en tus propios intereses.

Las personas que piensan de esta manera algún día se verán solas y sentirán que todo el mundo las ha abandonado. Y cuando se lamenten de su soledad y de su angustia, no habrá nadie para escucharlas y ayudarlas. Pensar en uno mismo antes que en los demás significa obstaculizar, entorpecer e impedir todo impulso noble y divino.

Deja que tu alma evolucione y permite que tu corazón se entregue a los demás para poder sentirte abrigado por el amor y la generosidad. Tu felicidad será grande y duradera, y toda la prosperidad que deseas llegará a ti. Aquellos que ya han seguido el camino de la rectitud no se preocupan por ninguna forma de competitividad porque se sienten seguros de sí mismos.

Ésta no es ninguna declaración vacía; en la actualidad existen personas que, por medio del poder de la integridad y la fe, se han negado a formar parte de cualquier tipo de competencia. Y cuando surgen ocasiones en las que tienen que entrar en un mundo competitivo, no se desvían de sus propios métodos, los cuales, por lo regular, les facilitan la prosperidad y los ayudan a derrotar a todas aquellas personas que intentan vencerlos.

Cuando nos adueñamos de todas estas virtudes que son parte de la bondad, es como si estuviéramos protegidos contra todo el poder de la maldad y como si estuviéramos amparados por partida doble ante esos momentos en los que la vida nos pone a prueba. Si logramos desarrollar estas virtudes, podremos obtener el éxito seguro y una prosperidad que durará para siempre.

La invisible túnica blanca del Corazón la he manchado con el pecado y el dolor. Y serán inútiles todos mis arrepentimientos y oraciones, para dejarla limpia de nuevo.

Mientras siga por el camino de la ignorancia, las manchas del error nunca se limpiarán, advirtiéndome el retorcido camino del ego donde se ocultan las penas y desilusiones.

Sólo los caminos del conocimiento y de la sabiduría podrán limpiar y purificar mi túnica invisible en las cristalinas aguas del amor, y así podrá descender la eterna y serena Paz.

El pecado y el remordimiento son el camino al dolor, el conocimiento y la sabiduría son el camino a la Paz; y muy cerca se encuentra el camino de la práctica en el que podré encontrar dónde comienza la dicha y dónde podré silenciar mis penas y dolores.

El ego partirá y la Verdad tomará su lugar. Lo Inmutable, lo Indivisible morará en mí, y limpiará y purificará para siempre la invisible túnica blanca del Corazón.

## Segunda parte



## EL CAMINO DE LA PAZ

# 1

## El poder de la meditación

---

La meditación espiritual es la ruta hacia la Divinidad. Constituye la escalera mística que conduce de la tierra al cielo, del error a la Verdad, del dolor a la paz. Todos los santos la han escalado. Tarde o temprano, todos los pecadores deberán llegar a ella; y cada uno de los fatigados peregrinos que dan la espalda al mundo y a sí mismos y que, con decisión, se dirigen a la Casa del Padre, deberán pisar sus dorados peldaños. Sin su ayuda, no podrás llegar a un estado de divinidad, a la semejanza con la divinidad, a la paz de la divinidad, y, por consiguiente, las radiantes glorias y las incorruptibles alegrías de la Verdad permanecerán ocultas para ti.

La meditación es la morada oculta dentro del pensamiento en la que damos la vuelta a una idea o a un asunto para poder llegar a comprenderlo en su totalidad. No sólo llegarás a entender cualquier tipo de pensamiento en el que medites con frecuencia, sino que cada vez te acercarás más a su semejanza, ya que ésta se incorporará a tu propio ser; de hecho, se convertirá en parte de tu propio ser. Por lo tanto, si siempre estás pensando en algo egoísta y deshonesto, a la larga te convertirás en alguien deshonesto y egoísta; si piensas en aquello que es puro y desinteresado, con toda seguridad te convertirás en alguien íntegro y generoso.

Dime qué hay detrás de lo que piensas con más frecuencia e intensidad, a dónde se dirige tu alma de manera natural durante tus horas de silencio, y yo te diré a qué lugar de dolor o de paz te encaminas, y si te encuentras rumbo a la semejanza con lo divino o con lo bestial.

Existe una tendencia inevitable a convertirse, en un sentido literal, en la encarnación de las características que, de manera constante, damos a nuestros pensamientos. Por esa razón, haz que el objeto de tu meditación sea algo inspirador y no indigno, para que cada vez que pienses en ello seas enaltecido. Haz que sea puro y esté exento de elementos egoístas, para que tu corazón se purifique, se acerque a la Verdad y deje de ser profanado y arrastrado hacia el error sin esperanza.

El término «meditación», en el sentido espiritual que empleo en este momento, es el secreto de toda evolución hacia la vida espiritual y el conocimiento. Todos los sabios, profetas y salvadores llegaron a ser lo que fueron gracias al poder de la

meditación. Buda meditó en la Verdad hasta que pudo decir: «Yo soy la Verdad». Jesús meditó en la inmanencia Divina hasta que pudo declarar: «Yo y mi Padre somos Uno».

La meditación centrada en la realidad divina es el núcleo y la esencia de la oración. Constituye la búsqueda silenciosa que hace el alma de lo Eterno. Una mera oración peticionaria, sin meditación, es como un cuerpo sin alma, y carece de capacidad para elevar la mente y el corazón por encima del pecado y la aflicción. Si rezas todos los días para encontrar la sabiduría, la paz, una pureza más elevada y una plena comprensión de la Verdad, y todo por lo que rezas se encuentra aún lejos, tu proceder sólo significa que estás orando por algo mientras vives de otra manera en pensamiento y acción. Si no abandonas esa actitud y sacas de tu mente aquello a lo que ésta se aferra con egoísmo, no llegarás a obtener las incorruptibles realidades por las que rezas. Si ya no pides a Dios que te conceda lo inmerecido o que te otorgue ese amor y esa compasión que tú rehúsas dar a los demás, y empiezas a pensar y a actuar en el espíritu de la Verdad, día a día irás convirtiéndote en esas realidades, hasta que llegues a ser una de ellas.

Quien quiera obtener cualquier ventaja mundana debe estar dispuesto a trabajar con tesón por ella, así que sería un tonto quien, cruzado de brazos, esperara que le llegara sólo con pedirla. No pienses que puedes obtener posesiones celestiales sin hacer un esfuerzo. Sólo cuando empieces a trabajar con ahínco en el Reino de la Verdad se te permitirá compartir el Pan de la Vida y, al actuar así, a través de un esfuerzo paciente y resignado, no te serán negados los bienes espirituales que has solicitado.

Si en realidad buscas la Verdad y no sólo la gratificación; si amas la Verdad por encima de todos los placeres y recompensas mundanas, por encima de la felicidad misma, estarás dispuesto a hacer el esfuerzo necesario para encontrarla.

Si deseas liberarte del pecado y del sufrimiento; si aspiras a conocer la inmaculada pureza por la que oras y suspiras; si quieres obtener sabiduría y conocimiento y poseer una paz profunda y perdurable, toma ahora la ruta de la meditación y permite que el objetivo supremo de tu meditación sea la Verdad.

Desde el principio, debe diferenciarse la meditación de la *ensoñación ociosa*. No existe nada soñador ni poco práctico en la meditación. Se trata de *un inflexible proceso de pensamiento de búsqueda que hace que sólo permanezca la pura verdad desnuda*. Por consiguiente, al meditar, ya no acumularás prejuicios sino que, olvidándote de tu yo, solamente recordarás que estás a la búsqueda de la Verdad. Y, así, se irán desvaneciendo uno por uno los errores de los que te has rodeado en el pasado, y esperarás con paciencia la revelación de la Verdad, la cual llegará cuando tus errores hayan sido suficientemente eliminados. En la silenciosa humildad de tu corazón te darás cuenta de que:

Existe un centro íntimo en todos nosotros,  
donde mora en plenitud la verdad; y

alrededor, se alza la sucia carne, muro  
sobre muro. A esta perfecta y clara  
percepción, que es la verdad, la ciega una  
incomprensible y perversa red lasciva  
que ocasiona todos los errores; y el saber  
consiste más bien en abrir una salida por la  
que pueda escapar el aprisionado  
esplendor, en lugar de buscar la entrada  
para una luz que se supone debería estar en  
el exterior.

Selecciona un momento del día para meditar y haz que ese espacio sea sagrado para este propósito. El mejor momento es por la mañana muy temprano, que es cuando el espíritu de reposo se encuentra por encima de todo lo demás. Todas las condiciones naturales actuarán entonces a tu favor; las pasiones estarán sometidas después del largo ayuno corporal de la noche. Las emociones y preocupaciones del día anterior se habrán desvanecido y la mente, vigorosa y sin embargo descansada, será receptiva a la enseñanza espiritual. De hecho, uno de los primeros esfuerzos que se te pedirá hacer será sacudirte el letargo y la indulgencia y, si te niegas, no podrás avanzar, ya que las exigencias del espíritu son imperativas.

Estar despierto en el ámbito espiritual significa también estar despierto en el ámbito mental y físico. El perezoso y el autoindulgente no pueden conocer la Verdad. Aquel que tiene salud y fuerza y desperdicia las tranquilas y preciosas horas de la silenciosa mañana en una somnolienta indulgencia, es incapaz de escalar a las alturas celestiales.

El hombre que ha despertado a su conciencia para poder recibir grandes oportunidades y que empieza a sacudirse las tinieblas de ignorancia en las que está sumergido el mundo, es aquel que se levanta antes de que las estrellas terminen su vigilia y que, al pelear contra la oscuridad dentro de su alma, se esfuerza por percibir la luz de la Verdad con una sagrada aspiración, mientras el mundo dormido sigue soñando.

Las cimas que los grandes hombres han  
conquistado no fueron alcanzadas de  
repente; mientras los demás estaban  
adormilados, ellos se pasaban las noches  
trabajando con tenacidad.

Todo santo, hombre sagrado o maestro de la Verdad que haya existido se ha levantado temprano por la mañana. Jesús por lo general lo hacía y subía a las solitarias montañas para dedicarse a la sagrada comunión. Buda siempre se

levantaba una hora antes del amanecer para dedicarse a la meditación, y exigía a todos sus discípulos que hicieran lo mismo.

Si tienes que empezar tus labores cotidianas a una hora temprana y, por lo tanto, no puedes entregarte a una meditación sistemática a primera hora de la mañana, trata de hacerlo por la noche. Si tampoco puedes, debido a la duración y laboriosidad de tu trabajo, no debes desesperarte, ya que puedes elevar tus pensamientos en sagrada meditación durante los intervalos de tus ocupaciones o durante los pocos minutos de ocio que ahora desaprovechas sin ningún propósito. Si tu trabajo es de los que con la práctica se automatiza, puedes meditar mientras lo realizas. Jacob Boehme, el eminente filósofo y santo cristiano, adquirió su vasto conocimiento de principios divinos mientras trabajaba largas jornadas como zapatero. En cada vida existe tiempo para pensar, y ni al hombre más ocupado y trabajador le han sido negadas la aspiración y la meditación.

La meditación espiritual y la autodisciplina son inseparables; por ese motivo, empezarás a meditar sobre ti mismo para tratar de comprenderte ya que, recuerda, el principal objetivo que tendrás en mente será la total eliminación de todos tus errores para que puedas darte cuenta de la Verdad. Empezarás a cuestionar tus motivos, pensamientos y acciones, comparándolos con tu ideal y esforzándote por observarlos con una mirada tranquila e imparcial. De esta manera, poco a poco, ganarás más de ese equilibrio mental y espiritual, sin el cual los hombres no son más que indefensos palillos que están a la deriva en el océano de la vida. Si te inclinas hacia el odio o la ira, deberás meditar sobre la bondad y el perdón, para que llegues a comprender lo cruel e insensata que resulta tu conducta. Como consecuencia, empezarás a tener pensamientos de amor, de bondad y de generoso perdón. Y mientras reemplazas lo dañino con lo enaltecido, poco a poco llegará a tu corazón el conocimiento de la divina Ley del Amor, junto con la comprensión de su importancia en todas las complejidades de la conducta y de la vida misma. Y cuando apliques este conocimiento a cada uno de tus pensamientos, palabras y acciones, te irás convirtiendo en una persona más buena, más amorosa y más divina. Y así sucederá con cada error, con cada deseo egoísta, con cada debilidad humana que podrá superarse con el poder de la meditación. Y mientras cada pecado, cada error sea expulsado, el alma del peregrino se verá iluminada con más plenitud y claridad por la Luz de la Verdad.

Si meditas, llegarás a fortalecerte de forma creciente contra tu único enemigo *real*, tu yo egoísta y temporal; y, día tras día, permanecerás con firmeza en el divino e infinito yo que no puede separarse de la Verdad. El resultado directo de tus meditaciones será una fuerza espiritual serena que se convertirá en tu lugar de permanencia y descanso en la lucha de la vida. El asombroso poder del pensamiento sagrado es extraordinario, y la fortaleza y el conocimiento que se obtienen de la meditación silenciosa enriquecen el alma con un recuerdo salvador que resulta de gran utilidad en los momentos de lucha, sufrimiento o tentación.

Conforme tu sabiduría vaya creciendo con el poder de la meditación, irás

renunciando a tus veleidosos e inconstantes deseos egoístas que son producto de la aflicción y del dolor. Entonces, con creciente confianza y resolución, asumirás tu postura y, con principios inmutables, podrás disfrutar del divino descanso.

La meditación lleva a la adquisición del conocimiento de los principios eternos, y el poder que se obtiene de ella es la habilidad de apoyarse y confiar en esos principios para llegar a ser uno con lo Eterno. Por lo tanto, el objetivo de la meditación es el conocimiento directo de la Verdad y de Dios, así como el beneficio de una paz profunda y divina.

Haz que tus meditaciones se fundamenten en el terreno ético que ahora ocupas. Recuerda que debes *convertirte* en Verdad a través de una firme perseverancia. Si eres un cristiano ortodoxo, medita sin cesar en la pureza inmaculada y en la divina excelencia del personaje de Jesús. Aplica cada uno de sus preceptos a tu vida interior y a tu conducta externa y trata de acercarte más y más a su perfección. No seas como esas personas religiosas que se niegan a meditar en la Ley de la Verdad y a poner en práctica los preceptos que les estipuló su Maestro, contentándose con la adoración formal, con el aferramiento a sus credos particulares, y de esa forma continúan en la espiral perpetua del pecado y del sufrimiento. Con el poder de la meditación, intenta vencer tu apego a los bienes parciales o a los credos de grupo, a las formalidades obsoletas y a la ignorancia indolente. Y al transitar por el elevado camino de la sabiduría, con la mente fija en la Verdad inmaculada, te darás cuenta de que no existe lugar donde deje de distinguirse la Verdad.

Quien medita con seriedad percibe primero una verdad lejana, tal como la ha percibido hasta ese momento, y después, con la práctica cotidiana, se acercará a ella poco a poco. Sólo el hacedor de la Palabra de la Verdad podrá conocer la doctrina de la Verdad ya que, aunque ésta se aprecia por medio del pensamiento puro, sólo puede materializarse con la práctica.

El divino Gautama, el Buda, dijo: «El que se entrega a la vanidad y no a la meditación, olvidando el verdadero propósito de la vida y aferrándose a los placeres, con el tiempo llegará a envidiar a aquel que ha practicado la meditación», e instruyó a sus discípulos en las siguientes «cinco grandes meditaciones»:

**La primera meditación** es la meditación sobre el amor, mediante la cual tu corazón se adapta para que anheles la prosperidad y el bienestar de todos los seres, incluyendo la felicidad de tus enemigos.

**La segunda meditación** es la meditación sobre la compasión, en la que concentras tus pensamientos en todos los seres que se encuentran afligidos y, en tu imaginación, representas con intensidad tus penas y ansiedades para despertar en tu alma una profunda compasión por ellos.

**La tercera meditación** es la meditación sobre la alegría, en la que concentras tus pensamientos en la prosperidad de los demás y te regocijas con su felicidad.

**La cuarta meditación** es la meditación sobre la impureza, en la que consideras las consecuencias malignas de la corrupción, los efectos del pecado y de las

enfermedades, así como lo trivial que resulta a menudo el placer momentáneo y lo fatales que son sus consecuencias.

**La quinta meditación** es la meditación sobre la serenidad, en donde te elevas por encima del amor y del odio, de la tiranía y de la opresión, de la riqueza y de las carencias, para contemplar tu propio destino con serenidad imparcial y tranquilidad perfecta.

Los discípulos de Buda llegaron al conocimiento de la Verdad al practicar estas meditaciones. Pero el tipo de meditación que practiques no tiene tanta importancia, siempre que tu objetivo sea la Verdad, siempre que tengas hambre y sed de justicia, representadas por un corazón santo y una vida intachable. Por lo tanto, deja que tu corazón crezca en tus meditaciones y se expanda con un amor cada vez más abundante hasta que te hayas liberado de todo odio, pasión y condena para que tú también puedas envolver a todo el universo en una benévola ternura. Así como la flor abre sus pétalos para recibir la luz matinal, abre tu alma hasta que llegues a la gloriosa luz de la Verdad. Elévate con las alas de la aspiración; cree sin temor alguno en las más elevadas posibilidades. Cree que es posible vivir una vida de humildad absoluta, una vida de pureza intachable, una vida de santidad perfecta. Cree en la posibilidad de alcanzar la verdad más elevada. Quien es capaz de creer, puede escalar con rapidez las colinas celestiales, mientras los incrédulos siguen, dolorosamente, caminando a tientas en la oscuridad de los valles asolados por la densa niebla.

Tus experiencias espirituales serán tan plácidas y hermosas que estarán llenas de fe, de aspiración y de meditación. Y las revelaciones que cautivarán tu visión interior serán gloriosas. Tu dicha será grande y tu paz será intensa al percibir a Dios, al Amor divino, a la Justicia divina, a la divina Pureza o a la Ley Perfecta del Bien. Todo lo anterior se extinguirá, y todo renacerá. Se rasgará el velo del universo material, tan denso e impenetrable para los ojos del error, como delgado y transparente para los ojos de la Verdad, y se revelará el universo espiritual. Así el tiempo se detendrá y vivirás sólo en la Eternidad. El cambio y la mortalidad ya no te provocarán ansiedad o sufrimiento, ya que te establecerás en lo inmutable para vivir en el corazón de la inmortalidad.

#### LA ESTRELLA DE LA SABIDURÍA

La estrella del nacimiento de Visnú, de Krishna, de Buda y de Jesús habló a los sabios que miraban al cielo, esperando contemplar su resplandor en las sombras de la oscuridad, en la penumbra sin estrellas de la medianoche. Esplendoroso heraldo de la llegada del reino de los justos;

narrador de la mística historia del humilde nacimiento del Divino Enviado en el establo de las pasiones, en el pesebre de la mente-alma; trovador silencioso del secreto de la profunda y santa compasión por el corazón sepultado en el dolor, por el alma cansada de esperar. Estrella de infinito resplandor, una vez más engalanas las tinieblas; una vez más saludas a los sabios que vigilan en la oscuridad de las doctrinas, cansados de la interminable batalla con los afilados aceros del error; cansados de los ídolos inútiles y exánimes, de los extintos paradigmas de las religiones, que han desfilado mientras esperaban tu resplandor. Al fin has terminado con su desesperación; has iluminado su camino, has traído de nuevo las antiguas verdades a los corazones de todos los que te buscan. A las almas de todos los que te aman les hablas de la alegría, del regocijo y de la paz que surge del dolor. Benditos sean los que pueden contemplarte, cansados peregrinos de la noche. Benditos aquellos que sienten el palpitar, que en su pecho advierten el latido de un profundo amor que agita en su interior el gran poder de tu resplandor. Aprendamos realmente tu lección; aprendámosla con humildad y atención; aprendámosla con sabiduría, con mansedumbre y regocijo, antigua estrella del divino Visnú, luz de Krishna, de Buda y de Jesús.

## 2

### Los dos amos: el ego y la verdad

---

En el campo de batalla del alma humana, dos amos siempre luchan por la supremacía, por el reino y el dominio del corazón: el ego, también conocido como el «Príncipe de este mundo» y la Verdad, también llamada el Padre Dios. El ego es ese agitador cuyas armas son la pasión, la soberbia, la avaricia, la vanidad y la obstinación, que son implementos de la oscuridad. La Verdad es pacificadora, sumisa y humilde; sus armas son la bondad, la paciencia, la pureza, el sacrificio, la humildad y el amor, que son instrumentos de la Luz.

En cada alma transcurre la batalla y como no se puede reclutar a un soldado en dos ejércitos contrarios al mismo tiempo, cada corazón tiene que incorporarse a las filas del ego o a las filas de la Verdad. No existe término medio. «Existe el ego y existe la Verdad; donde está el ego, no reside la Verdad, y donde se encuentra la Verdad, el ego no puede entrar». Así habló Buda, el maestro de la Verdad. Y Jesús, el Cristo manifestado, declaró: «Ningún siervo puede servir a dos amos, porque, o bien aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero».

La Verdad es tan simple, tan absolutamente exacta y extraordinaria, que no admite complejidad, desviación ni restricción alguna. El ego es ingenioso y retorcido, y, como está regido por el deseo sutil y traidor, admite interminables desviaciones y alteraciones. Los falsos adoradores del ego imaginan en vano que pueden satisfacer cualquier deseo mundano y, al mismo tiempo, poseer la Verdad. Pero los amantes de la Verdad sacrifican su ego para llegar a la Verdad y, sin cesar, se protegen del egoísmo y de lo mundano.

¿Buscas conocer y comprender la Verdad? Si tu respuesta es afirmativa, debes estar preparado para el sacrificio y la renuncia, ya que la Verdad en toda su gloria únicamente puede percibirse y conocerse cuando ha desaparecido el último vestigio del ego.

El Cristo eterno declaró que aquel que fuera Su discípulo debía «negarse a sí mismo cada día». ¿Estás dispuesto a negarte a ti mismo, a renunciar a tus excesos, a tus prejuicios y a tus opiniones? Si es así, podrás entrar en la estrecha senda de la

Verdad y encontrar esa paz que se le ha negado al mundo. El estado perfecto de la Verdad es la negación absoluta, la suprema extinción del ego, y todas las religiones y filosofías no son más que apoyos en esta sublime conquista.

El ego es la negación de la Verdad. La Verdad es la negación del ego. Si permites que tu ego muera, renacerás en la Verdad. Si te aferras a él, la Verdad permanecerá oculta.

Mientras vivas apegado al ego, tu camino se verá amenazado por las dificultades y tu vida se verá afectada por frecuentes dolores, sufrimientos y decepciones. En la Verdad, no existen las dificultades y, al llegar a Ella, te sentirás liberado de todo sufrimiento y decepción.

La Verdad en sí misma no está oculta ni es oscura. Se revela siempre y es en todo transparente. Pero el ego, ciego y caprichoso, no puede percibirla. Así como sólo el ciego no puede ver la luz del día, la luz de la Verdad sólo está oculta para quienes están deslumbrados por el ego.

La Verdad es la única realidad en el universo, la armonía interior, la justicia perfecta, el Amor eterno. No depende de hombre alguno, pero todos los hombres dependen de ella. La belleza de la Verdad no puede percibirse mientras miremos a través de los ojos del ego. Si eres vanidoso, matizarás todo con tus propias petulancias. Si eres lujurioso, tu corazón y tu mente también estarán nublados por las llamas y el humo de la pasión; todo se verá distorsionado a través de estas debilidades. Si eres orgulloso y te aferras a tus opiniones, no podrás apreciar en todo el universo más que la magnitud y la importancia de tus propios puntos de vista.

Existe una cualidad que establece la diferencia entre el hombre de la Verdad y el hombre del ego, y esa cualidad es la *humildad*. Sin duda alguna, la verdadera humildad no consiste únicamente en despojarse de la vanidad, la terquedad y el egocentrismo, sino en restar valor a nuestras opiniones.

Aquel que vive inmerso en el ego piensa que sus propios puntos de vista son la Verdad, y que las opiniones de los demás están equivocadas. Pero el humilde amante de la Verdad, que ha aprendido a distinguir entre ésta y la opinión, contempla a todas las personas con una mirada de caridad. No busca anteponer sus criterios a los de nadie, sino que sacrifica aquellas ideas que más le agradan, para poder manifestar el espíritu de la Verdad, ya que, en su propia naturaleza, la Verdad es inefable y sólo puede vivirse. Aquel que tiene más caridad, obtiene más Verdad.

Los hombres se involucran en apasionadas controversias e imaginan con necesidad que defienden la Verdad, cuando en realidad sólo están defendiendo sus propios mezquinos intereses y sus efímeras opiniones. Quien es adepto al ego, toma las armas en contra de los demás. Quien busca la Verdad toma las armas en contra de sí mismo. La Verdad, al ser inmutable y eterna, no depende de tu opinión ni de la mía. Podemos entrar en ella o podemos permanecer fuera; pero tanto nuestra defensa como nuestro ataque son superfluos y se proyectan sobre nosotros mismos.

Los individuos que están esclavizados por el ego, que son apasionados, orgullosos y condenatorios, creen que su particular credo, o religión, es la Verdad y

que todas las demás religiones están equivocadas; entonces, se dedican al proselitismo con un fervor apasionado. Sólo existe una religión, la religión de la Verdad. Sólo existe un error, el error del ego. La Verdad no es una creencia formal; es un corazón desinteresado, santo y con altos objetivos, y quien tiene la Verdad está en paz con todos y a todos protege con pensamientos de amor.

Si examinas en silencio tu mente, tu corazón y tu conducta, podrás saber fácilmente si eres hijo de la Verdad o un adorador del ego. ¿Abrigas pensamientos de sospecha, enemistad, envidia, lujuria y soberbia, o luchas sin cansancio contra estos pensamientos? Si te sucede lo primero, estás encadenado al ego, sin importar qué religión profeses. Si tu caso es el segundo, eres un candidato a la Verdad aunque, en apariencia, no profeses religión alguna. ¿Eres una persona apasionada, obstinada, autoindulgente y egocéntrica que persigue sus propios fines, o quizás alguien amable, apacible, desinteresado, despojado de toda forma de autoindulgencia y siempre listo a renunciar a lo suyo? Si tu caso es el primero, el ego es tu amo; si es el segundo, la Verdad es el propósito de tu afecto. ¿Persigues la riqueza? ¿Luchas con pasión por lo que es tuyo? ¿Ambicionas poder y liderazgo? ¿Te gusta la ostentación y el autoelogio? O bien ¿has renunciado a las riquezas? ¿Has abandonado toda lucha? ¿No te importa ocupar el último lugar y pasar inadvertido? ¿Y has dejado de hablar de ti mismo y de tratarte con orgullo autocomplaciente? Si eres de los primeros, aunque pienses que adoras a Dios, el dios de tu corazón es el ego. Si eres de los segundos, aunque rechaces la palabra «adoración», contigo habita el Altísimo.

Los signos por los que se reconoce al amante de la Verdad son inequívocos. Así los describe Krishna en esta traducción del *Bhagavad Gita*:

La valentía; la sinceridad de alma, la determinación de adquirir siempre conocimiento espiritual; la mano abierta, el control de todos los apetitos; la piedad, el amor por el estudio en solitario; la humildad, la rectitud, el cuidarse de dañar a cualquier ser viviente, la veracidad, el despojarse de la ira; una mente que abandone con esmero lo que otros valoran; la ecuanimidad, y la caridad que no busque en los demás los defectos; la compasión por todo el que sufre; un corazón satisfecho, que no esté agitado por el deseo; una apariencia dulce, modesta y significativa, donde se mezcle la nobleza con la paciencia, la fortaleza y la pureza; un espíritu que no sea vengativo, y que nunca se valore demasiado, tales serán los signos,

¡oh Príncipe Hindú!, de aquel cuyos pies  
recorren el camino justo que conduce al  
nacimiento divino.

Cuando los hombres establecen estándares artificiales para juzgarse entre sí a través de su propia teología, con el fin de poner a prueba la Verdad, se pierden en los torcidos caminos del error del ego, olvidándose del «nacimiento divino», del estado de santidad y de la Verdad. Se dividen unos contra otros, con una enemistad y hostilidad permanentes que tienen como resultado el dolor y el sufrimiento.

Lector, ¿buscas convertir el nacimiento en Verdad? Únicamente existe una manera: *permite que muera el ego*. Libérate de todos esos excesos, apetitos, deseos, opiniones, concepciones limitadas y prejuicios, a los que te has aferrado hasta ahora con tanta obstinación. El día en que ya no permitas que te esclavicen, la Verdad será tuya. Deja de pensar que tu religión es superior a todas las demás y, con humildad, dedícate a aprender la suprema lección de la caridad. Deja de aferrarte a la idea de que el Salvador que adoras es el único Salvador y que aquel a quien tu hermano adora, con igual sinceridad y afán, es un impostor. Esta noción sólo provoca conflictos y dolor. Más bien, busca con diligencia el camino de la santidad y así te darás cuenta de que cada hombre santo es un salvador de la humanidad.

Renunciar al ego no solamente supone la renuncia a los elementos externos. Consiste en despojarse del pecado interior, del error interior. No por dejar de usar indumentaria frívola, ni por privarse de riquezas, ni por abstenerse de ciertos alimentos, ni por dejar de decir groserías, ni sólo por hacer este tipo de cosas podrás encontrar la Verdad. Si renuncias a la vanidad, si aniquilas el deseo de riqueza, si evitas la autoindulgencia, si te despojas de todo el odio, conflicto, reprobación y egoísmo y te conviertes en alguien bondadoso y puro de corazón, podrás encontrar la Verdad. Si sólo llevas a cabo lo primero y no lo segundo, tu comportamiento será farisaico e hipócrita, aunque lo segundo incluya lo primero. Puedes renunciar al mundo exterior y aislarte en una cueva o en las profundidades de un bosque, pero llevarás contigo todo tu egoísmo y, a no ser que renuncies a éste, en verdad será terrible tu miseria y profunda tu vana ilusión. Puedes permanecer ahí donde estás, llevando a cabo todas tus tareas y, aun así, renunciar al mundo que es el enemigo interior. Si estás en el mundo y, sin embargo, no perteneces a él, encontrarás la perfección más elevada, la paz más bendita, lo cual equivale a conseguir la mayor victoria. La renuncia al ego es el camino de la Verdad; por lo tanto:

Entrad en el sendero; no existe peor dolor  
que el odio, peor sufrimiento que la pasión,  
ni peor engaño que el de los sentidos;  
entrad en el sendero; pues lejos llega aquél  
que con los pies aplasta sus pecados.

Al vencer al ego, comenzarás a ver las cosas en sus justas dimensiones. Quien se deja influenciar por alguna pasión, prejuicio, preferencia o menosprecio, todo lo adapta a esa predisposición en particular y sólo advierte sus propias ilusiones vanas. Quien está libre por completo de toda pasión, prejuicio, preferencia y parcialidad se conoce a sí mismo tal como es, aprecia a los demás tal como son, y percibe todas las cosas en su proporción exacta y de un modo correcto. El hombre que vive en paz no tiene nada que atacar, nada que defender, nada que ocultar y ningún interés que preservar. Ha comprendido la profunda simplicidad de la Verdad, ya que, este imparcial, sereno y bendito estado de la mente y el corazón, es el estado de la Verdad. Quien lo descubre habita con los ángeles y se sienta a los pies del Todopoderoso. Quien lo descubre conoce la Gran Ley, conoce el origen del dolor y el secreto del sufrimiento. Y al conocer cuál es el camino de la emancipación en la Verdad, no aceptará participar en luchas ni condenará a los demás. Porque sabe que el mundo es ciego y egoísta, que no puede percibir la inmutable Luz de la Verdad rodeado por las nubes de sus propias ilusiones y envuelto en la oscuridad del ego y del error, y que es incapaz de comprender la profunda simplicidad del corazón que ya ha aniquilado al ego o está en vías de hacerlo. También sabe que cuando las épocas de sufrimiento hayan acumulado montañas de dolor, el alma del mundo, confundida y agobiada, volará a su refugio final, y que, el día en que los ciclos se cierren, todos los hijos pródigos regresarán al redil de la Verdad. Y empezarán a desbordar buena voluntad hacia todo lo que los rodea y a tratar a los demás con esa tierna compasión que un padre otorga a sus hijos, por muy caprichosos que éstos sean.

Las personas no pueden comprender la Verdad, porque se aferran al ego, porque creen y aman al ego con el convencimiento de que es la única realidad, sin darse cuenta de que es la única falsa ilusión.

Una vez que dejes de creer en el ego y de amarlo, renunciarás a él y volarás a la Verdad para encontrar la realidad eterna.

Cuando los hombres se intoxican con los vinos del lujo, el placer y la vanidad, la sed por la vida aumenta y se hace más profunda en el interior, y, entonces, se engañan a sí mismos con sueños de inmortalidad carnal. Pero si levantan la cosecha que sembraron y únicamente obtienen dolor y sufrimiento, entonces, humillados y abrumados, renuncian al ego y a todos sus vicios y se presentan, con el corazón abatido, ante la única inmortalidad, la que destruye todas las vanas ilusiones, la inmortalidad espiritual en la Verdad.

Los hombres pasan del mal al bien, del ego a la Verdad, a través de la oscura puerta del dolor, ya que el dolor y el ego son inseparables. Sólo en la paz y en la dicha de la Verdad se puede vencer al dolor. Si estás sufriendo por la decepción de que se han frustrado tus deseados proyectos o porque alguien no ha satisfecho tus expectativas, es porque sigues aferrado al ego. Si sientes remordimiento por tu conducta, es porque has permitido el paso al ego. Si estás enojado por la mala actitud que han tenido los demás hacia ti, es porque has estado alimentando al ego. Si

te sientes lastimado por algo que te han hecho o que han dicho de tu persona, es porque recorres el atormentado camino del ego. Todo el sufrimiento proviene del ego. Todo el sufrimiento termina en la Verdad. En el instante en que hayas entrado en la Verdad y alcances a comprenderla, ya no sufrirás decepciones, remordimientos ni aflicciones, y el dolor te abandonará.

El ego es la única prisión que al alma puede encadenar; la Verdad es el único ángel que la podrá liberar; así que, cuando venga por ti, levántate y síguela entre la niebla; te llevará al fin hasta la luz, aunque en el camino tengas que atravesar las tinieblas.

El mundo ha fabricado su propio infortunio. El dolor purifica, hace al alma más profunda, y la intensidad del dolor se convierte en el prelude de la Verdad.

¿Has sufrido mucho? ¿Has sentido una tristeza extrema? ¿Has reflexionado con seriedad sobre el problema de la vida? Si éste es tu caso, estás preparado para comenzar la guerra contra el ego y para convertirte en un discípulo de la Verdad.

El intelectual que no ve la necesidad de renunciar al ego elabora teorías interminables sobre el universo y las llama Verdad. Pero si tú mantienes una línea de conducta basada en la práctica de la rectitud y la honestidad, conocerás la inmutable Verdad en la cual no cabe ninguna teoría. Cultiva tu corazón y riégalo siempre con amor desinteresado, con una compasión profunda y sincera, y trata de alejarlo de todos los pensamientos y sentimientos que no estén en consonancia con el Amor. Devuelve el bien a cambio del mal, el amor a cambio del odio, la amabilidad a cambio del maltrato, y permanece en silencio cuando te ataquen. Así transmutarás todos tus deseos egoístas en el oro diáfano del Amor para que el ego desaparezca en la Verdad. Así podrás caminar impecablemente entre los hombres, uncido con el cómodo yugo de la modestia y cubierto con el divino ropaje de la humildad.

¡Ven, cansado hermano! Que tu lucha y tu esfuerzo te lleven al corazón del Amo de la Verdad. Al atravesar el árido desierto del ego, ¿por qué has de sufrir sed por las aguas vivas de la Verdad, cuando aquí, en el camino de tus preguntas y tropiezos, fluye la alegre corriente de la Vida, se extiende el fresco oasis del Amor? Ven, regresa y descansa; conoce el final y el comienzo, al profeta y lo que ha previsto, lo buscado y al buscador. Tu Amo no se encuentra en las

inaccesibles montañas, ni mora en el espejismo que flota en la distancia, no podrás descubrir sus fuentes milagrosas en los senderos de arena que llevan a la desesperanza. En el oscuro desierto del ego, cansado, deja de buscar las huellas perfumadas de tu Soberano. Y, si el dulce sonido de Su voz no puedes escuchar, haz oídos sordos a todas esas voces que cantan en vano. Renuncia a todo lo que tienes; huye de lugares que se extinguen; deja todo lo que has amado y, desnudo y descalzo, póstrate en el santuario del Todopoderoso. Ahí se encuentra el Altísimo, el Santísimo, el Inmutable. En su interior, en el corazón del Silencio habita; deja la tristeza y el pecado, deja tu afligido andar; ven a bañarte en Su dicha, mientras Él, en un susurro, describe a tu alma todo lo que ha buscado para que deje de vagar. Entonces, cansado hermano, abandona tu lucha y tus esfuerzos; encuentra paz en el corazón del Amo de la Verdad. Deja de atravesar el oscuro desierto del ego; ven, bebe las bellas aguas de la Verdad.

### 3

## La adquisición del poder espiritual

---

El mundo está lleno de hombres y mujeres que exigen placer, emoción y novedad; que buscan llegar siempre a la risa o a las lágrimas; que no piden fortaleza, estabilidad y poder; que cortejan a la debilidad y se dedican con empeño a desplegar su poder.

Son pocos los hombres y mujeres que hoy en día tienen un poder y control verdadero, ya que también son pocos los que están preparados para hacer el sacrificio necesario para adquirir el poder. Y aún son menos los que están listos para forjarse un carácter.

La persona débil e impotente siempre se siente dominada por impulsos y pensamientos indecisos; pero si controla y dirige esas fuerzas de una manera correcta, se convertirá en un ser fuerte y poderoso. Los hombres con fuertes pasiones animales tienen mucho de esa ferocidad que posee la bestia, pero su actitud no significa que tengan el poder. Los elementos del poder están ahí, pero el poder real sólo comienza cuando, con la inteligencia superior, se domina esta ferocidad. Sólo las personas despiertas a estados cada vez más elevados de inteligencia y de conciencia pueden adquirir ese poder.

La diferencia entre un individuo débil y un individuo de poder no estriba en la fuerza de voluntad personal (ya que una persona obstinada por lo general es débil y torpe), sino en el enfoque de la conciencia que representa sus estados de conocimiento.

A los buscadores del placer, a los amantes de las emociones, a los que persiguen novedades y a los que son víctimas de emociones impulsivas e histéricas, les falta ese conocimiento de los principios que traen consigo el equilibrio, la estabilidad y el control.

Un hombre empieza a desarrollar poder una vez que ha logrado controlar sus impulsos e inclinaciones egoístas y ha recurrido a la conciencia más elevada y tranquila que se encuentra en su interior para comenzar a estabilizarse a sí mismo con la ayuda de los principios. La comprensión consciente de los principios inmutables se convierte al instante en la fuente y el secreto del poder más elevado.

La luz de un principio eterno germina en el alma cuando, después de mucho buscar, sufrir y sacrificarse, sobreviene una divina calma y una maravillosa alegría alborozada al corazón.

Quien ha comprendido este principio deja de vagar y permanece ecuánime y dueño de sí mismo. Deja de ser «esclavo de la pasión», y se convierte en el maestro de obras del Templo del Destino.

El hombre regido por el ego, y no por un principio, cambia de parecer el mismo día que sus comodidades egoístas se ven amenazadas. Como está muy inmerso en la defensa y protección de sus propios intereses, considera legal cualquier medio del que pueda valerse para lograr su fin. No hace más que planear la manera de protegerse de sus enemigos y, como es demasiado egocéntrico, no puede percibir que él mismo es su propio enemigo. La tarea de alguien así siempre se desmorona, ya que está alejada de la Verdad y el poder. Todo esfuerzo basado en el ego se extingue y únicamente perdura la labor que está cimentada sobre un principio indestructible.

Quien se mantiene en sus principios es un individuo tranquilo, intrépido y seguro de sí mismo, sea cual sea la circunstancia. Cuando llega la hora en que tiene que decidir entre la Verdad y sus comodidades personales, renuncia a éstas y permanece firme. Incluso aunque su vida se viera en peligro por defender estos principios, nadie podría hacerlo cambiar de idea o disuadirlo. El hombre que está dominado por el ego piensa que la pérdida de sus riquezas, sus comodidades o su vida son las mayores calamidades que le pueden ocurrir. En cambio, el hombre de principios considera que los incidentes que podrían llevarlo a una pérdida similar son poco menos que insignificantes, porque piensa que no se pueden comparar con las importantes pérdidas del carácter o de la Verdad. El único hecho que él puede considerar una desgracia es la renuncia a la Verdad.

Los momentos de crisis determinan quiénes son los súbditos de la oscuridad y quiénes son los hijos de la Luz. En estas etapas de desastre amenazador, de ruinas y de persecución, se separan las ovejas de las cabras y salen a la luz los seres de poder ante la reverente mirada de las eras futuras.

Es fácil persuadir a un hombre para que crea en los principios de la Paz, la Hermandad y el Amor Universal y se adhiera a ellos, con la condición de que se le permita seguir disfrutando de sus recursos. Pero si sus placeres se ven amenazados o si se imagina que sus bienes están en peligro, comienza a vociferar para exhortar a la guerra. Con esta actitud, demuestra que cree en ella y la respalda; no le interesan ni la Paz, ni la Hermandad, ni el Amor, sino la lucha, el egoísmo y el odio.

Un ser de poder es aquel que no abandona sus principios aunque se sienta amenazado con la pérdida de toda posesión terrenal, de su reputación y de su vida. Es un hombre cuya palabra y labor perduran; es un hombre a quien el más allá honra, reverencia y adora. Jesús soportó las peores torturas y penurias, pero no abandonó ese principio de Amor Divino en el que se basaba y en el que había depositado toda su confianza. Hoy en día, el mundo se postra en absorta adoración ante sus pies, que una vez fueron clavados.

No existe más manera de adquirir el poder espiritual que a través de la iluminación y de la inspiración, las cuales son las bases para la realización de los principios espirituales; y esos principios sólo pueden comprenderse mediante la práctica y la aplicación constantes.

Toma el principio del Amor Divino y, en silencio y con dedicación, medita sobre él con el objetivo de llegar a comprenderlo en profundidad. Lleva contigo tu lámpara de introspección para clasificar cada uno de tus pensamientos y deseos secretos, todos tus hábitos, tus acciones, tus palabras y tus relaciones con los demás. Si perseveras en este recorrido, podrás sentir el estímulo de un renovado esfuerzo, el Amor Divino se revelará ante ti, cada vez más, de una manera perfecta y distinguirás tus propios defectos en vívido contraste. Y cuando hayas echado una ojeada a lo incomparable de ese principio indestructible, nunca más te apoyarás en tu debilidad, en tu egoísmo o en tu imperfección, sino que perseguirás ese Amor hasta que hayas eliminado cada uno de los elementos discordantes y consigas la armonía perfecta con ese principio. Ese estado de armonía interior es el poder espiritual. Toma también otros principios espirituales como la Pureza y la Compasión, y haz lo mismo. La Verdad exige tanto que no podrás hacer ninguna concesión, no podrás encontrar un lugar de descanso hasta que la vestimenta más profunda de tu alma haya quedado sin mancha alguna y tu corazón sea incapaz de cualquier impulso violento, condenatorio o despiadado.

Sólo en la medida en que comprendas, confíes y pongas en práctica estos principios, podrás adquirir el poder espiritual. Ese poder se manifestará en ti y a través de ti con crecientes actitudes de autocontrol, paciencia y ecuanimidad.

Para tener sangre fría es necesario un extremado autocontrol; la sublime paciencia es el sello distintivo del conocimiento divino. Y mantener una serenidad inquebrantable en medio de todas las obligaciones y distracciones de la vida, identifica al hombre de poder. «Es fácil vivir en el mundo según las opiniones del mundo; es fácil, en soledad, vivir según nuestras propias opiniones; pero un gran ser humano es aquel que, en medio de la multitud, mantiene con perfecta dulzura la independencia de su soledad».

Algunos místicos afirman que la perfección en el autocontrol es la fuente de ese poder por el cual ocurren los (así llamados) milagros. Y, en realidad, aquel que ha alcanzado ese control perfecto de todas sus fuerzas interiores es capaz de encauzarlas y dirigir las con mano maestra para que ninguna emoción, por insignificante que sea, pueda desequilibrarlo ni siquiera por un momento.

Creer en poder y en fortaleza significa intensificar el autocontrol, la paciencia y la ecuanimidad; y sólo podrás acrecentarlos si te centras a conciencia en un principio. Cuando éramos muy pequeños, aprendimos a caminar sin ayuda después de muchos intentos y de numerosas caídas; de la misma manera, debemos entrar en el camino del poder tratando de sostenernos solos. Despréndete de la tiranía de la costumbre, de la tradición, del convencionalismo y de las opiniones de los demás, hasta que logres caminar solo y erguido entre los hombres. Confía en tu propio

juicio, sé fiel a tu conciencia, sigue la Luz que se encuentra en tu interior; todas las luces externas son fuegos fatuos. Habrá quienes te digan que eres tonto, que tu juicio es incorrecto, que tu conciencia está equivocada y que la Luz que se encuentra en tu interior es oscuridad, pero no les prestes atención. Si lo que dicen es verdad, como buscador de sabiduría que eres, cuanto más pronto lo descubras, mejor, y únicamente puedes descubrirlo si pones a prueba tus poderes. Por lo tanto, prosigue con valentía tu recorrido. Tu conciencia es tuya, y seguirla te hace un hombre; seguir la conciencia de otro te convierte en un esclavo. Tendrás muchas caídas, sufrirás muchas heridas, tendrás que soportar muchos golpes durante un tiempo, pero mantente en la fe, con la firme creencia de que más adelante te espera una victoria segura e innegable. Busca un principio que sea tan sólido como una roca y, cuando lo hayas encontrado, aférrate a él. Planta tus pies en este principio y mantente en él con seguridad hasta que, por fin, llegue el día en que nadie pueda moverlo y logres desafiar la furia de las olas y las tormentas del egoísmo.

Porque el egoísmo, en todas sus formas, implica disipación, debilidad y muerte. La generosidad es conservación, poder y vida en el aspecto espiritual. Aprende a desarrollar tu vida espiritual y mantente sobre principios sólidos; así te convertirás en alguien tan hermoso y tan inmutable como esos principios, probarás la dulzura de su esencia inmortal y llegarás a comprender la naturaleza eterna e indestructible de Dios en tu interior.

Ningún rayo siniestro puede alcanzar al  
hombre honrado que se mantiene erguido  
entre las tormentas del odio, desafiando el  
dolor, la injuria y los escollos, rodeado de  
los cobardes prisioneros del Destino.

Majestuoso en la fuerza de su poder  
silencioso, sereno permanece, no cambia  
ni se inmuta; paciente y firme en las  
oscuras horas de sufrimiento, el tiempo se  
inclina ante Él, que desprecia la muerte y el  
destino.

Los pavorosos relámpagos de la ira lo  
rodean, y los profundos truenos del  
infierno juegan con su cabeza. Sin  
embargo, él no se arredra, sabe que no  
pueden castigar a quien permanece donde  
la tierra y el tiempo y el espacio han  
escapado.

Protegido por el eterno amor, ¿qué puede temer? Armado de la inmutable Verdad, ¿qué puede saber de ganar y perder? Como conoce la eternidad, no se mueve mientras las sombras vienen y van.

Llamen inmortal, llamen Verdad y Luz y esplendor de profética majestad a aquel que se mantiene así entre los poderes de la noche, vestido con la gloria de la divinidad.

## 4

### **La manifestación del amor desinteresado**

---

Se dice que Miguel Ángel veía en cada tosco bloque de piedra algo bello a la espera de que la mano maestra le diera vida. De la misma manera, dentro de cada uno de nosotros reposa la Imagen Divina que espera la mano maestra de la Fe y el cincel de la Paciencia para poder manifestarse. Y esa Imagen Divina se revela y llega a manifestarse como el Amor incorruptible y desinteresado.

El espíritu del Amor Divino, cuya inmaculada y sagrada esencia es indestructible y eterna, se halla escondido en lo más profundo de cada corazón humano y, a menudo, está cubierto de una amalgama de duras capas casi impenetrables. Se trata de la Verdad en el hombre, lo que pertenece al Todopoderoso: lo que es verdadero e inmortal. Todo lo demás se modifica y muere, sólo el espíritu del Amor Divino es permanente e indestructible. Para obtenerlo, debemos practicar con diligencia incesante la más elevada rectitud, vivir en ese Amor y ser conscientes de él por completo. Esto significa que podemos entrar en la inmortalidad, en el aquí y ahora, ser uno con la Verdad, uno con Dios, uno con el Corazón medular de todas las cosas, y que podemos conocer nuestra propia naturaleza divina y eterna.

El ser humano debe trabajar con gran perseverancia y dedicación en su corazón y en su mente para alcanzar este Amor, para comprenderlo y experimentarlo, para renovar siempre su paciencia y mantener firme su fe, ya que habrá mucho que eliminar, mucho que lograr antes de que la Divina Imagen se muestre en toda su gloriosa belleza.

Quien se esfuerce por alcanzar y obtener lo divino, será puesto a prueba al máximo. Entenderlo así es, desde luego, necesario, porque ¿de qué otra forma se podría adquirir esa sublime paciencia, sin la cual no existiría la verdadera sabiduría ni la divinidad? De otra manera, al ir avanzando, te parecería que todo tu trabajo y esfuerzo han sido en vano.

Alguna que otra vez, un rápido suceso lesionará tu imagen y, quizás, cuando pienses que casi has terminado con tu tarea, descubrirás que lo que habías imaginado como una hermosa forma de Amor Divino ha sido destruida desde su raíz y que debes comenzar de nuevo para dejar que tu amarga experiencia pasada te dirija y te

ayude. Pero quien con resolución ha decidido obtener lo Más Elevado no conoce la derrota. Para él, todos los fracasos son aparentes, no reales. Cada resbalón, cada caída, cada regreso al egoísmo constituye una lección aprendida, una experiencia adquirida de la que se extrae un dorado fruto de sabiduría que impulsa a los que son perseverantes hacia el logro de su noble objetivo. Hay que reconocer que:

Con nuestros vicios podemos construir  
una escalera, sólo si vamos a pisar en ella  
cada uno de nuestros actos vergonzosos.

Esto es entrar en el camino que lleva, sin lugar a dudas, hacia lo Divino, y los defectos que son reconocidos son muchos egos muertos sobre los que se sube, como si fueran peldaños, hacia lo más elevado.

Reconoce tus errores, penas y sufrimientos como si fueran voces que te dijeran con claridad dónde se encuentran tus debilidades e imperfecciones, dónde te alejas de lo verdadero y divino y, de esa forma, comenzarás a observarte a ti mismo sin cesar. Cada resbalón y cada punzada de dolor, te mostrarán dónde debes ponerte a trabajar y qué tienes que eliminar de tu corazón para acercarte más a la semejanza con lo Divino, al Amor Perfecto. Mientras avanzas, separándote día a día del egoísmo interior, poco a poco se manifestará en ti el Amor desinteresado. Conforme vayas adquiriendo más paciencia y serenidad, conforme vayan desapareciendo tus petulancias, mal genio y resentimientos, y los deseos y prejuicios más poderosos dejen de dominarte y de esclavizarte, te darás cuenta de que en tu interior está despertando lo divino, sabrás que te acercas al Corazón eterno y que ya no te encuentras lejos de ese Amor desinteresado que encierra la paz y la inmortalidad.

El Amor Divino se diferencia de los amores humanos en algo que es, sin lugar a dudas, importante: *no conoce la parcialidad*. Los amores humanos se aferran a un ideal en particular que excluye a todo lo demás, y, si ese ideal desaparece, el resultado es un profundo y gran sufrimiento en aquel que ama. El Amor Divino incluye a todo el universo y, sin aferrarse a nada en particular, abarca el todo dentro de sí mismo. Quien llega a él purificándose poco a poco deja de sufrir y extiende sus amores humanos hasta que todos los elementos impuros y egoístas se hayan disipado. Como los amores humanos son limitados, confinados y están asociados con el egoísmo, provocan sufrimiento. El sufrimiento no puede provenir de un Amor que es puro y que no busca nada para sí mismo. No obstante, los amores humanos son necesarios porque sirven como peldaños hacia lo Divino, y ningún alma estará preparada para participar del Amor Divino hasta que no haya sido capaz de sentir el más profundo e intenso amor humano. El Amor Divino sólo puede alcanzarse y comprenderse a través de los amores y sufrimientos humanos.

Todos los amores humanos son efímeros, al igual que también lo son las formas a las que se aferran. Pero existe un Amor que es indestructible y que no se aferra a las

apariencias.

Todos los amores humanos se contrarrestan con los odios, pero existe un Amor que no admite lo contrario ni reacción alguna; que es divino, que no está mancillado por el ego y que derrama su fragancia sobre todos por igual.

Los amores humanos son reflejos del Amor Divino y acercan el alma a la realidad, al Amor que no conoce el sufrimiento ni el cambio.

Está bien que una madre se aferre con apasionada ternura al pequeño e indefenso cuerpecito que yace sobre su regazo, y se sienta desconsolada por las oscuras aguas del dolor cuando descubre que su hijo ha muerto. Está bien que sus lágrimas fluyan y que el corazón le duela, porque podrá recordar la sutil naturaleza de las alegrías y el propósito de las emociones, y sólo así podrá acercarse más a la Realidad eterna y perdurable.

Está bien que el amante, hermano, hermana, esposo o esposa sufran una profunda angustia y se sientan envueltos en la tristeza cuando les arrancan la forma visible de sus afectos, para que así puedan aprender a dirigir su amor hacia la invisible Fuente de todo, donde se halla la única satisfacción permanente.

Está bien que el orgulloso, el ambicioso y el egoísta sufran la derrota, la humillación y la desgracia; que pasen por el fuego abrasador de la aflicción. Sólo así el alma caprichosa podrá reflejar el enigma de la vida; únicamente así su corazón podrá suavizarse y purificarse, preparándose para recibir la Verdad.

Si el aguijón de la angustia penetra en el corazón del amor humano, si la soledad, la tristeza y el abandono nublan el alma de la amistad y de la confianza, entonces el corazón se dirige hacia refugio del Amor a lo Eterno y encuentra descanso en su tranquila paz. Quien conquiste este Amor no sufrirá rechazos inconsolables, la angustia y la tristeza no le asediarán, y nunca será abandonado a la oscura hora de la verdad.

Sólo el corazón enmendado por el dolor podrá distinguir la gloria del Amor Divino; y sólo podrá percibir y comprender la imagen de lo celestial cuando elimine los residuos muertos y los mensajes de la ignorancia y el ego.

Nada, excepto el Amor que no busca gratificación o recompensa personal, que no hace distinciones y que no deja penas tras de sí, puede ser llamado divino.

Los hombres, aferrados al ego y a las sombras sin consuelo del mal, suelen creer que el Amor Divino es algo que pertenece a un Dios que está fuera de su alcance; algo que está fuera de ellos mismos y que permanece fuera para siempre. En verdad, el Amor de Dios está más allá del alcance del ego, pero cuando se elimina el ego del corazón y de la mente, el Amor desinteresado, el Amor supremo, el Amor que es de Dios o del Bien se convierte en una realidad interior y permanente.

Esta comprensión interior del Amor sagrado no es otra cosa que el Amor de Cristo, del que tanto se habla y muy poco se comprende. El Amor que no sólo salva el alma del pecado, sino que la eleva por encima del poder de la tentación.

Pero, ¿cómo se puede llegar a esta comprensión sublime? La respuesta que la Verdad siempre ha dado y siempre dará a esta pregunta es: «Vacíate de ti mismo y yo

te colmaré». El Amor Divino no puede conocerse hasta que el ego haya muerto, ya que el ego es la negación del Amor. ¿Cómo puede negarse también aquello que se conoce? Cuando la piedra del ego rueda en el sepulcro del alma, el Cristo inmortal, el Espíritu puro del Amor que fue crucificado, muerto y enterrado, acabará con las cavernas de la ignorancia y surgirá en toda la majestad de Su resurrección.

Puedes creer que mataron al Cristo de Nazaret y que después resucitó. No digo que esa creencia sea un error; pero si te niegas a creer que a ese dulce espíritu del Amor se le crucifica todos los días en la oscura cruz de los deseos egoístas, te digo que estás equivocado y que aún no has podido percibir, ni a lo lejos, el Amor de Cristo.

Quizás te sientas confiado pensando que ya has probado la salvación en el Amor de Cristo. ¿Estás a salvo de tu mal genio, de tu irritabilidad, de tu vanidad, de tus inquinas personales y de los juicios y condenas a los demás? Si no es así, ¿de qué estás salvado y dónde has comprendido el Amor de Cristo que todo lo transforma?

Quien ha comprendido el Amor divino se ha convertido en un nuevo ser y ha dejado de estar influenciado y dominado por los antiguos elementos del ego. Se le reconoce por su paciencia, su pureza, su autocontrol, su profunda caridad de corazón y su inalterable dulzura.

El Amor Divino o desinteresado no es un mero sentimiento o emoción; es un estado de conocimiento que destruye el dominio del mal y la creencia en éste, y eleva el alma a la dichosa comprensión del Bien supremo. Para los que son divinamente sabios, el conocimiento y el Amor son uno e inseparables.

Todo el mundo avanza hacia una completa comprensión de este Amor Divino. La existencia del universo tiene este propósito y, cada vez que se descubre la felicidad, en cada ocasión que el alma intenta alcanzar objetivos, ideas e ideales, se hace un esfuerzo por comprenderlo. Pero, en la actualidad, el mundo no comprende este Amor porque se encuentra aferrado a la sombra efímera y, en su ceguera, ignora la sustancia. Así que la pena y el sufrimiento continúan, y deben hacerlo hasta que el mundo, a través del aprendizaje de sus dolores autoinfligidos, descubra el Amor que es desinteresado y la sabiduría que está llena de paz y de serenidad.

Quienes están dispuestos y preparados para desechar el ego, quienes están listos para entrar con humildad en la comprensión de lo que implica renunciar al ego, pueden alcanzar y manifestar este Amor, esta Sabiduría, esta Paz, este estado tranquilo de la mente y del corazón. No existe ningún poder arbitrario en el universo, y son los hombres quienes forjan las poderosas cadenas del destino que los mantienen atados. Los hombres están encadenados a lo que les provoca sufrimiento, porque así lo desean, porque aman sus cadenas, porque piensan que la oscura prisión de su ego es algo dulce y maravilloso, y temen que si abandonan esa prisión perderán todo lo que es real y que vale la pena poseer.

Sufren por ustedes mismos. Nadie los induce a hacerlo, nadie hace que vivan y

mueran.

El poder interior que forjó tus cadenas y que construyó la oscura y estrecha prisión en la que te encuentras, puede desaparecer en el momento que lo desees y cuando tengas la voluntad de que así sea. Y tu alma lo deseará al descubrir la inutilidad de su prisión, cuando un largo sufrimiento la haya preparado para recibir la Luz y el Amor inagotables.

Del mismo modo que la sombra sigue a la forma, y el humo viene después del fuego, el efecto sigue a la causa y, así, el sufrimiento y la dicha acompañan a los pensamientos y acciones de los hombres. No existe efecto en el mundo que nos rodea que no tenga una causa oculta o revelada, y esa causa obedece a la justicia absoluta. Los seres humanos recogen cosechas de sufrimiento porque, en un pasado cercano o lejano, han sembrado las semillas del mal; y también recogen cosechas de dicha cuando han sembrado las semillas del bien. Si un hombre medita en este hecho y trata de entenderlo, empezará a sembrar sólo las semillas del bien y quemará las malas hierbas que ha cultivado en el jardín de su corazón.

El mundo no comprende el Amor que es desinteresado porque está absorto en la búsqueda de sus propios placeres y se encuentra hacinado dentro de los estrechos límites de los intereses temporales, confundiendo en su ignorancia esos placeres e intereses con cosas reales y perdurables. No puede ver la pura y pacífica belleza de la Verdad porque se halla atrapado en las llamas de los deseos carnales y vive quemándose en la angustia. Como se alimenta de las inmundas cáscaras del error y el autoengaño, permanece fuera de la mansión del Amor que todo lo ve.

Cuando los hombres no tienen este Amor, cuando no lo comprenden, establecen innumerables reformas que no implican ningún tipo de sacrificio interior. Cada uno de ellos imagina que su reforma en particular va a corregir el mundo para siempre, mientras que todos continúan propagando el mal y aceptándolo en su corazón. Únicamente aquello que intenta rectificar el corazón humano puede recibir el nombre de reforma, ya que todo el mal surge de ahí. Hasta que el mundo no deje atrás el egoísmo y la lucha de intereses y no aprenda la lección del Amor Divino, no podrá reconocer la era dorada de la beatitud universal.

Que el rico deje de despreciar al pobre y que el pobre deje de condenar al rico; que el mezquino aprenda a dar y que el lujurioso aprenda a ser puro; que el sedicioso deje de luchar y que el que no tiene caridad empiece a perdonar; que el envidioso se esfuerce por regocijarse con los demás y que los difamadores se avergüencen de su conducta. El día en que los hombres y las mujeres tomen este camino, ¡qué maravilla! La era dorada estará cerca. Por lo tanto, aquel que purifica su propio corazón es el benefactor más grande del mundo.

Sin embargo, aunque el mundo está, y estará durante mucho tiempo, lejos de la era dorada que es la realización del Amor desinteresado, tú, si estás dispuesto, si decides transmutar el prejuicio, el odio y la condena en el tierno y comprensivo Amor, puedes entrar en ella ahora, elevándote por encima de tu yo egoísta.

Donde existe el odio, la hostilidad y la condena, el Amor desinteresado no tiene cabida. Éste sólo reside en el corazón que ha dejado de condenar.

Podrás pensar: «¿Cómo voy a amar al borracho, al hipócrita, al traidor, al asesino? Me siento obligado a condenar y a censurar a seres así». Es verdad que no puedes amar a estos individuos a nivel *emocional*, pero si crees que debes condenarlos y rechazarlos, lo que estás demostrando es que no conoces el Gran Amor que todo lo regula, ya que es posible alcanzar un estado de iluminación interior que te permita percibir el conjunto de causas por las que estos hombres son así, que te permita entrar en tus intensos sufrimientos y conocer la certeza de tu máxima purificación. Si posees este conocimiento, te será imposible seguir teniéndoles aversión o condenarlos, y podrás pensar en ellos con una tranquilidad perfecta y una profunda compasión.

Si amas a las personas y hablas de ellas con admiración hasta que, de alguna manera, te fallan o hacen algo que tú desapuebas y, entonces, empiezas a reprobarlas y a hablar de ellas con desprecio, es que no te riges por el Amor de Dios. Si, en tu corazón, juzgas y condenas a los demás en todo momento, todavía no has encontrado el Amor desinteresado.

Quien conoce este Amor se encuentra en el centro de todo y quien ha comprendido todo su poder no tiene espacio en su corazón para la condena.

Los seres que no conocen este Amor se erigen como jueces y verdugos de su prójimo y olvidan que existe el Juez y Ejecutor Eterno. Cuando los demás no coinciden con sus opiniones, reformas y métodos en particular, los etiquetan como fanáticos, desequilibrados, carentes de juicio, de sinceridad y de honestidad. Sin embargo, cuando los demás se asemejan a sus propios estándares, los consideran admirables. Así son los hombres que están enfocados en el ego. Pero aquellos cuyos corazones están centrados en el supremo Amor no etiquetan ni clasifican a sus congéneres; no buscan que piensen como ellos ni tratan de convencerlos de la superioridad de sus métodos. Este tipo de personas, al conocer la Ley del Amor, viven en ella y mantienen una serena actitud mental y una dulzura de corazón hacia todos los demás. Los corruptos y los virtuosos, los tontos y los sabios, los doctos y los ignorantes, los egoístas y los generosos, todos reciben por igual la bendición de sus apacibles pensamientos.

Sólo podrás alcanzar este conocimiento supremo y este Amor Divino a través del esfuerzo constante en la autodisciplina, ganándote a ti mismo con una victoria tras otra. Únicamente los buenos de corazón pueden ver a Dios, y tú podrás entrar en el Nuevo Nacimiento siempre que tu corazón esté suficientemente purificado. En tu interior, se despertará el Amor que no muere, que no cambia, que no termina en dolor y en sufrimiento, y así podrás estar en paz.

Quien lucha por alcanzar el Amor Divino, siempre está tratando de vencer al espíritu de la condenación, porque donde existe el conocimiento espiritual puro, la condenación no puede existir. El Amor se perfecciona y se manifiesta por completo solamente en el corazón que es incapaz de condenar.

El cristiano condena al ateo; el ateo satiriza al cristiano; el católico y el protestante siempre están enfrentados en una guerra de palabras, y el espíritu de lucha y de odio reinan donde la paz y el amor deberían existir.

«El que odia a su hermano es un asesino», un crucificador del Espíritu divino del Amor. En el momento en que puedas tratar a los hombres de todas las religiones y a los que no tienen religión con el mismo espíritu imparcial, sin ningún tipo de aversión y con perfecta ecuanimidad, tendrás que esforzarte por alcanzar ese Amor que te ofrece la libertad y la salvación en la misma medida que a todas las personas que ya lo poseen.

La comprensión del conocimiento divino, del Amor desinteresado, destruye por completo el espíritu de condena, dispersa todo mal y eleva la conciencia a la altura de la visión pura donde el Amor, la Bondad y la Justicia se consideran como algo universal, supremo, invencible e indestructible.

Educa a tu mente para que permanezca en el pensamiento estable, imparcial y benévolo; acostumbra a tu corazón a la pureza y a la compasión; instruye a tu lengua para que pueda mantenerse en el silencio y en el discurso veraz y limpio. Así entrarás en la ruta de la santidad y de la paz y podrás, a la larga, comprender el Amor inmortal. Si vives sin tratar de cambiar a los demás, podrás convencer; si vives sin discutir, podrás enseñar; si no persigues la ambición, se acercarán a ti las personas sabias, y si no tratas de ganarte la opinión de los demás, podrás conquistar sus corazones. El Amor es todopoderoso e invencible, y sus pensamientos, acciones y palabras siempre permanecerán.

Si ya has comprendido que el Amor es universal, supremo y suficiente; si ya te sientes liberado de las trabas del mal; si ya pudiste desprenderte del malestar en tu interior; si ya sabes que todos los hombres luchan a su manera para comprender la Verdad; y si te sientes satisfecho, sereno y sin dolor, todas estas victorias que has logrado significan la paz y la alegría; significan la inmortalidad y la Divinidad. Y todo se debe a la comprensión del Amor desinteresado.

Desde la playa observé cómo las rocas resistían el embate del imponente mar, y cuando pensé en los incontables ataques que habían soportado durante toda la eternidad me dije: «Para desgastar estos sólidos farallones son inútiles los incesantes esfuerzos de las olas». Pero cuando pensé en cómo las rocas se habían erosionado, y vi la arena y los pedruscos a mis pies (pobres residuos pasivos de pasadas defensas) arrojados y sacudidos donde las aguas se encuentran, observé entonces antiguas señales bajo las olas y

supe que las rocas eran esclavas de las  
aguas. Reparé en la grandiosa tarea que las  
aguas habían hecho con suavidad paciente  
e incesante flujo. Cómo habían puesto a sus  
pies a los orgullosos arrecifes, cómo las  
macizas crestas a sus pies se rindieron,  
cómo las suaves gotas del muro  
adamantino fueron conquistadas, hasta  
que a sus pies cayeron. Entonces supe que  
el duro y resistente pecado debía rendirse  
al fin ante el suave y perenne paso del Amor  
que siempre viene y va, que siempre fluye  
sobre las orgullosas rocas del alma  
humana; que toda resistencia debe  
superarse, y todos los corazones deben al  
fin rendirse ante Él.

## 5

### La entrada al infinito

---

Desde el inicio de los tiempos, el ser humano, a pesar de sus apetitos y deseos carnales, en medio de su aferramiento a las cosas efímeras y terrenales, por intuición siempre ha sido consciente de la limitada, fugaz e ilusoria naturaleza de su existencia material y, en sus momentos de cordura y silencio, ha intentado llegar a comprender lo Infinito y se ha dirigido con emotiva aspiración hacia la apacible realidad del Corazón Eterno.

Aunque en vano imagina que los placeres terrenales son reales y satisfactorios, el dolor y el sufrimiento le recuerdan de manera constante su naturaleza irreal e inservible. Como siempre ha luchado por creer que la completa satisfacción se encuentra en las cosas materiales, es consciente de que hay algo en su interior que se rebela contra esta creencia, lo que, de inmediato, se convierte en una refutación de su mortalidad esencial y una prueba inherente y perdurable de que sólo dentro de lo inmortal, lo eterno y lo infinito puede hallar la satisfacción permanente y la paz perfecta.

Y es aquí donde se encuentran los elementos comunes de la fe; es aquí donde se encuentra la raíz y la fuente de todas las religiones, el alma de la Hermandad y el corazón del Amor. Es aquí donde comprendemos que el hombre es esencial y espiritualmente divino y eterno, y que, inmerso en la mortalidad y agobiado por las zozobras, siempre está tratando de acceder a una toma de conciencia de su propia naturaleza.

El espíritu del hombre es inseparable del Infinito y no puede satisfacerse con nada que no sea el Infinito; la carga de dolor seguirá pesando sobre su corazón y las sombras del sufrimiento continuarán oscureciendo su camino hasta que no detenga sus andanzas en el mundo de las ilusiones y regrese a su hogar en la realidad de lo Eterno.

Así como la gota más pequeña que se retira del océano sigue conservando todas sus propiedades, aquel que con pleno conocimiento está separado de lo Infinito sigue conservando dentro de sí su semejanza. Y al igual que la gota de agua, debe, por ley de su propia naturaleza, encontrar su camino de regreso al océano y perderse en sus

silenciosas profundidades, el hombre debe regresar a su fuente y perderse en el gran océano de lo Infinito por la ley infalible de su naturaleza.

La meta del ser humano es volver a ser uno con el Infinito. Y estar en armonía perfecta con la Ley Eterna es encontrar la Sabiduría, el Amor y la Paz. Pero este divino estado es y siempre será incomprensible a lo que es puramente personal. La personalidad, la separación y el egoísmo tienen el mismo significado y llegan a conformar la antítesis de la sabiduría y la divinidad. Con la absoluta renuncia a la personalidad, se desvanecen la separación y el egoísmo, y el hombre entra en posesión de su divina herencia de inmortalidad y de infinitud.

La mente egoísta y mundana considera que esa renuncia a la personalidad es la más espantosa de las desdichas, la pérdida más irreparable y, sin embargo, es la bendición más sublime e incomparable, la única ganancia real y duradera. La mente que ha estado reprimida por las limitadas leyes del ser y por el destino y la naturaleza de su propia vida, se aferra a las fugaces apariencias, a las cosas que por su naturaleza no son perdurables y, al hacerlo, las pierde entre las destrozadas ruinas de sus propias ilusiones.

Los hombres se aferran a la carne y la complacen, como si ésta fuera a durar para siempre y, aunque tratan de olvidar su inevitable y cercana decadencia, el temor a la muerte y a la pérdida de todo a lo que se han aferrado nubla sus horas más felices y la escalofriante sombra de su propio egoísmo los persigue como un implacable espectro.

La divinidad interior de los seres humanos se va debilitando con la acumulación de comodidades y lujos temporales, lo que provoca que se hundan en las profundidades de lo material y en la vida efímera de los sentidos. Al no haber desarrollado suficientemente el intelecto, las teorías acerca de la inmortalidad de la carne se llegan a considerar verdades infalibles. Cuando, de una u otra manera, el alma del ser humano se encuentra nublada por el egoísmo, pierde el poder de distinguir las diferencias que existen en el ámbito espiritual y confunde lo temporal con lo eterno, lo efímero con lo permanente, la mortalidad con la inmortalidad y el error con la Verdad. Es así como el mundo ha llegado a colmarse de teorías y especulaciones que no tienen fundamento en la experiencia humana. Cada cuerpo carnal contiene en sí mismo, desde el momento de su nacimiento, los elementos de su propia destrucción y, debido a la inalterable ley de su propia naturaleza, debe morir.

Lo que es transitorio en el universo nunca podrá volverse permanente; lo permanente nunca podrá desaparecer; lo que es mortal nunca podrá ser inmortal; lo inmortal nunca podrá morir; lo temporal no podrá ser eterno ni lo eterno, temporal. La apariencia no podrá hacerse realidad, ni la realidad podrá perderse en la apariencia; el error nunca podrá ser Verdad, ni la Verdad podrá convertirse en error. El hombre no puede inmortalizar la carne pero, al vencerla, al renunciar a todos sus instintos, puede entrar en el territorio de la inmortalidad. «Sólo Dios es inmortal», y el hombre únicamente puede entrar en la inmortalidad si comprende el estado de conciencia de Dios.

Toda la naturaleza, en su multitud de formas de vida, es cambiante, temporal e imperdurable. Sólo el Principio de revelación de la naturaleza perdura. La naturaleza es inmensa y está marcada por la separación. El Principio de revelación es Uno y está marcado por la unidad. Al vencer a los sentidos y al egoísmo interior, lo cual significa vencer a la naturaleza, el hombre emerge de la crisálida de lo personal e ilusorio y remonta el vuelo hacia la gloriosa luz de lo impersonal, el territorio de la Verdad, de donde provienen todas las formas perecederas.

Por lo tanto, los seres humanos deben practicar la autonegación, conquistar sus instintos animales, negarse a ser esclavizados por el lujo y el placer, practicar la virtud y cultivar todos los días virtudes más elevadas, hasta que, al fin, avancen hacia lo Divino y empiecen a practicar y a comprender la humildad, el perdón, la benevolencia, la compasión y el amor, cuya práctica y comprensión constituyen la Divinidad.

«La buena voluntad trae consigo el discernimiento», y sólo aquel que ha conquistado su personalidad y que no tiene más que una actitud mental de buena voluntad hacia todas las criaturas, posee discernimiento divino y es capaz de distinguir lo verdadero de lo falso. Por lo tanto, el ser humano que está lleno de bondad es una persona sabia, es un ser divino, un vidente iluminado y conocedor de lo Eterno. Dondequiera que halles nobleza inquebrantable, paciencia constante, sublime humildad, gentileza en el lenguaje, autocontrol, generosidad y una profunda y profusa simpatía, encontrarás también una gran sabiduría. Trata de conseguir la compañía de una persona así, porque ella ya ha comprendido lo Divino, vive con lo Eterno y se ha convertido en un solo ser con el Infinito. No creas en aquel que es impaciente, en el que tiene predisposición a la ira, en el jactancioso, en el que se aferra al placer y se niega a renunciar a su bienestar egoísta y en quien no practica la buena voluntad y la gran compasión, porque esa persona no posee sabiduría, todos sus conocimientos son vanos y sus palabras y obras desaparecerán porque están basadas en aquello que acaba muriendo.

Elige el camino de abandonar tu ego, de vencer al mundo, de rechazar lo personal; ésta es la única senda por la que podrás entrar en el corazón de lo Infinito.

El mundo, el cuerpo y la personalidad son espejismos en el desierto del tiempo; sueños transitorios en la oscura noche de la quimera espiritual. Aquellos que han cruzado el desierto, aquellos que están despiertos en el ámbito espiritual son los únicos que han comprendido la Realidad Universal, donde todas las apariencias se disipan y los sueños y las ilusiones se destruyen.

Existe una Gran Ley que exige obediencia incondicional, un principio unificador que es la base de toda diversidad, una Verdad eterna donde todos los problemas de la tierra se desvanecen como sombras. Comprender esta Ley, esta Unidad y esta Verdad significa entrar en el Infinito y convertirse en uno con lo Eterno.

Si centramos nuestra vida en la Gran Ley del Amor, entraremos en la armonía, en la quietud y en la paz. Si nos abstenemos de toda participación en el mal y en la discordia, si evitamos toda debilidad y omisión de aquello que es bueno y

retornamos a la inquebrantable obediencia y a la sublime calma interior, entraremos en la esencia más íntima de las cosas, alcanzaremos una experiencia viva y consciente del principio eterno e infinito que permanece como un misterio oculto para el intelecto meramente perceptivo. Hasta que no hayamos comprendido este principio, el alma no podrá estar en paz, y quien lo comprenda es a decir verdad un sabio; no con la sabiduría del erudito, sino con la simplicidad de un corazón intachable y de una divina madurez.

Llegar a la comprensión de lo Infinito y lo Eterno es elevarse por encima del tiempo, del mundo y del cuerpo, el cual lleva consigo el reino de la oscuridad, para establecerse en la inmortalidad, el Cielo y el Espíritu, que integran el Imperio de la Luz.

Entrar en lo Infinito no es una mera teoría o un sentimiento. Es una experiencia vital que es el resultado de la práctica constante de la purificación interior. Cuando ya no se cree, ni de una manera remota, que el cuerpo es el ser real, cuando todos los apetitos y deseos han sido sometidos y purificados con gran rigurosidad, cuando las emociones son tranquilas y serenas, cuando termina la indecisión del intelecto y se logra el equilibrio perfecto, la conciencia se hace una con el Infinito. Y, al alcanzar ese estado, se asegura una sabiduría inocente y una profunda paz.

Los seres humanos se cansan y envejecen con los oscuros problemas de la vida y, a la postre, mueren y dejan esos problemas sin resolver porque están demasiado absortos en sus limitaciones y no pueden encontrar la salida de la oscuridad en la que se halla la personalidad. Como lo que buscan es salvar su vida personal, renuncian a la sublime Vida impersonal en la Verdad y, como se aferran a lo efímero, se niegan el conocimiento de lo Eterno.

Con la renuncia al ego se vencen todas las dificultades y no existe error en el universo que el fuego del sacrificio interior no haga arder como paja. Cualquier problema, por grande que sea, se desvanecerá como una sombra bajo la penetrante luz de la autoabnegación. Los problemas existen sólo en nuestras autocreadas ilusiones y desaparecen cada vez que se renuncia al ego. El ego y el error tienen el mismo significado. El error pertenece a la oscuridad de una complejidad insondable, pero la simplicidad eterna es la gloria de la Verdad.

El amor al ego deja a los seres humanos fuera de la Verdad y, en la búsqueda de su propia felicidad personal, pierden la dicha más profunda, más pura y duradera. Carlyle dice:

En el hombre existe algo más elevado que el amor a la felicidad. El hombre puede vivir sin la felicidad y, en su lugar, buscar la santidad.

... No ames los placeres, ama a Dios. Él es la eterna afirmación, donde se resuelven todas las contradicciones; el lugar donde

todo aquel que camina y trabaja se  
encuentra bien.

El hombre que ha renunciado al ego, que ha renunciado a esa personalidad que tanto aman algunos y a la que tantos se aferran con fiera tenacidad, ha dejado tras de sí toda perplejidad y ha entrado en una simplicidad tan profunda que el mundo, inmerso en una gran red de errores, considera una tontería. Sin embargo, ese hombre ha obtenido la sabiduría más elevada y se encuentra descansando en el Infinito. Él «logra lo que se propone sin esforzarse», y todos los problemas se desvanecen ante él, ya que ha entrado en la región de la realidad y maneja, no efectos cambiantes, sino los principios inmutables de las cosas. Está iluminado con una sabiduría que es tan superior al raciocinio como la razón lo es a la animalidad. Al haber renunciado a sus deseos carnales, a sus errores, opiniones y prejuicios, ha entrado en posesión del conocimiento de Dios, ha logrado que desaparezca el deseo egoísta del cielo y, junto con él, el temor ignorante del infierno. Y al haber incluso rechazado el amor por la vida misma, ha ganado la dicha suprema y la Vida Eterna, la Vida que une la vida con la muerte, y ha llegado a conocer su propia inmortalidad. Como ha renunciado a todo sin reservas, lo ha logrado todo y descansa en paz en el regazo de lo Infinito.

Sólo quien se ha liberado del ego y se siente feliz al saber que la vida y la muerte representan lo mismo, puede entrar en lo Infinito. Sólo quien ha dejado de confiar en su efímero ego y ha aprendido a confiar en mayor medida en la Gran Ley, en el Bien Supremo, está preparado para participar de la dicha eterna.

Para alguien así, ya no existe el arrepentimiento, la decepción ni el remordimiento, porque los sufrimientos no pueden existir donde todo el egoísmo ha desaparecido. Él sabe que cualquier cosa que le sucede es por su propio bien y está contento de dejar de ser el sirviente del ego y convertirse en el sirviente de lo Supremo. Ya no le afectan los cambios en la tierra; cada vez que escucha hablar de conflictos y de rumores de guerras, su paz no se altera. Y si los hombres tienen una actitud cínica, iracunda y pendenciera, él les otorga toda su compasión y su amor. Aunque las apariencias puedan negarlo, él sabe que el mundo progresa y que, si estalla una terrible tormenta, no tiene de qué preocuparse porque sabe que pronto desaparecerá.

Con sus risas y su llanto, con su vida y sus  
cuidados, con sus locuras y labores,  
tejiendo a la vista y sin ser advertido, del  
principio al fin, pasando por todas las  
virtudes y todos los pecados, enrollado en  
el gran carrete del Progreso de Dios, corre  
el hilo dorado de la luz.

El hombre sabio, que mira con los ojos de la Verdad y la indulgencia, sabe que si las tempestades de la discordia atacan al mundo, el propio mundo logrará vencerlas y que, de los escombros de los corazones rotos que estas tempestades dejen detrás, se erigirá el Templo inmortal de la Sabiduría.

La sola presencia de esta clase de individuo resulta una bendición, ya que es del todo paciente, compasivo en extremo, profundo, sereno y puro. Cuando él habla, los demás reflexionan profundamente sobre sus palabras y, debido a ellas, alcanzan mayores logros. Así es quien ha entrado en lo Infinito, quien, con el poder del máximo sacrificio, ha resuelto el sagrado misterio de la vida.

Cuestionando la Vida, el Destino y la Verdad, busqué la oscura y laberíntica Esfinge, que me habló de algo extraño y maravilloso: «El enigma sólo está en los ojos cegados, y sólo Dios puede ver la Forma de Dios». Busqué resolver este oculto misterio en vano, por parajes de ceguera y de dolor, pero, cuando encontré el Camino de la Paz y el Amor, el enigma cesó y recobré la vista: vi entonces a Dios hasta con los ojos de Dios.

## 6

### **Santos, sabios y salvadores: la ley de servicio**

---

El espíritu del Amor que se manifiesta como una vida plena y perfecta es la coronación del ser y el supremo propósito del conocimiento en esta tierra.

La Verdad de un hombre es directamente proporcional a su amor; la Verdad se aparta de aquel que no está regido por el Amor. El intolerante y el acusador, aunque profesen la religión más elevada, sólo poseen una parte limitada de la Verdad, mientras que aquel que ejercita la paciencia y escucha con calma y con objetividad a todas las partes con el fin de que todos lleguen a resolver los problemas de una manera imparcial y respetuosa, posee la Verdad en mayor medida. Ésta es la prueba final de la sabiduría: ¿cómo vive un ser humano? ¿Qué espíritu manifiesta? ¿Cómo actúa cuando está bajo censura o se enfrenta a la tentación? Muchos hombres que alardean de poseer la Verdad a menudo están dominados por la pena, la decepción y la pasión; se derrumban ante la primera prueba que se les presenta, por pequeña que ésta sea. La Verdad es inmutable, y siempre que el hombre adopte la postura de la Verdad, su virtud será inquebrantable y se elevará por encima de sus pasiones, emociones e inconstante personalidad.

Los seres humanos formulan dogmas efímeros a los que llaman Verdad. La Verdad no puede formularse; es inefable y está más allá del alcance del intelecto. Sólo se puede experimentar a través de la práctica; sólo se puede manifestar por medio de un corazón incorruptible y una vida perfecta.

En medio de este pandemónium de credos, doctrinas y partidos, ¿quién, entonces, posee la Verdad? Aquel que la vive. Aquel que la practica. Quien, habiéndose elevado por encima del pandemónium y dominándose a sí mismo, ya no se ocupa de la Verdad, sino que se sienta aparte, tranquilo, quieto, en paz y dueño de sí mismo, liberado de toda lucha, de todo prejuicio y de toda reprobación, y ofrece a todos el desinteresado y alegre amor de la divinidad que está en su interior.

Quien es paciente, amable, sereno e indulgente bajo cualquier circunstancia, manifiesta la Verdad. La Verdad nunca será probada con argumentos llenos de palabrería y con tratados eruditos, porque si los hombres no perciben la Verdad en la paciencia infinita, en el perdón permanente y en la compasión hacia todo, no existen

palabras que puedan probársela.

Cuando una persona apasionada se encuentra sola o rodeada de calma, le resulta fácil hallar la tranquilidad y la paciencia. De la misma manera, a alguien que es poco caritativo le resulta fácil ser amable y bueno si es tratado con bondad. Pero aquel que conserva su paciencia y su tranquilidad en cualquier situación, aquel que permanece apacible hasta en las circunstancias más difíciles, él y nadie más que él, posee la immaculada Verdad. Y esta manifestación ocurre así porque las virtudes más nobles pertenecen a lo Divino y sólo puede manifestarlas quien ha alcanzado la más elevada sabiduría, quien ha renunciado a su naturaleza apasionada y egoísta, quien ha comprendido la inmutable y suprema Ley y ha buscado estar en armonía con ésta.

Por lo tanto, los hombres deben abandonar sus vanos y apasionados argumentos acerca de la Verdad y pensar, decir y hacer lo que conlleva armonía, paz, amor y buena voluntad. Deben practicar las virtudes del corazón y buscar, con humildad y diligencia, la Verdad que libera al alma del error, del pecado y de todas las plagas que asolan el corazón humano y que oscurecen, como una noche interminable, el camino de las almas errantes en la tierra.

Existe una gran Ley que todo lo abarca y que es el origen y la causa del universo: la Ley del Amor. Se le han dado muchos nombres en diferentes países y en diferentes épocas, pero, detrás de todas esas denominaciones, el ojo de la Verdad sólo puede descubrir la misma ley inalterable. Los nombres y las religiones desaparecen, pero la Ley del Amor permanece. Al adquirir el conocimiento de esta Ley, al entrar en armonía con ella, nos volvemos inmortales, invencibles e indestructibles.

Los hombres regresan, una y otra vez, a la vida, al sufrimiento y a la muerte debido al esfuerzo que hace el alma por llegar a comprender esta Ley. Si el alma llega a entenderla, el sufrimiento termina, la personalidad se dispersa y la vida carnal y la muerte se destruyen, porque la conciencia se hace una con lo Eterno.

La Ley es impersonal en su totalidad y su más elevada y manifiesta expresión es el Servicio. Cuando el corazón purificado ha comprendido la Verdad, es llamado a realizar el último, el más grande y el más sagrado sacrificio: el sacrificio del bien merecido gozo de la Verdad. Es en virtud de este sacrificio que el alma divinamente emancipada viene a convivir entre los hombres, cubierta con un cuerpo de carne, contenta de vivir entre los más pequeños y humildes y de ser considerada la servidora de toda la humanidad. Esa sublime humildad que han manifestado los salvadores del mundo es el sello del Representante Divino, y aquel que haya eliminado la personalidad para convertirse en la manifestación viviente y visible del impersonal, eterno e ilimitado Espíritu del Amor merece recibir la gloriosa adoración de la posteridad. Sólo al individuo que ha logrado someterse a sí mismo con esa divina humildad que no sólo significa la extinción del ego, sino también llenarse de todo el espíritu del amor desinteresado, se le exalta más allá de toda medida y se le ofrece el dominio espiritual de los corazones de la humanidad.

Todos los grandes maestros espirituales han rechazado lujos personales, comodidades y recompensas; han renunciado al poder temporal y han vivido y

enseñado la ilimitada e impersonal Verdad. Compara sus vidas y sus enseñanzas y encontrarás la misma simplicidad, el mismo autosacrificio, la misma humildad, amor y paz en su vida y en las palabras que han predicado. Todos ellos enseñaron los mismos Principios eternos, la comprensión de lo que destruye todo el mal. Estos maestros espirituales que han sido adorados y aclamados como salvadores de la humanidad, fueron manifestaciones de la Gran Ley impersonal y, por ello, se liberaron de toda pasión y prejuicio. Y, como no tenían opiniones ni preceptos especiales de doctrina que predicar o defender, nunca buscaron el proselitismo ni convertir a nadie. Al vivir en la más elevada Bondad, en la suprema Perfección, su único objetivo era ennoblecer a la humanidad, manifestando esa Bondad en pensamiento, palabra y obra. Se hallan entre el hombre personal y Dios, el impersonal, y, como modelos ejemplares, ayudan a la salvación de la humanidad que se ha esclavizado a sí misma.

Los seres que se encuentran inmersos en el ego y que no pueden comprender la Bondad impersonal niegan la divinidad de todos los salvadores, excepto los suyos propios, inculcando el odio personal y la controversia doctrinal. Y mientras defienden con pasión sus particulares puntos de vista, califican a los demás de ateos o infieles. En lo que a sus vidas se refiere, rechazan la bella actitud desinteresada y la sagrada grandeza de las vidas y enseñanzas de sus propios Maestros. La Verdad no puede limitarse; nunca podrá ser la prerrogativa especial de ningún hombre, ideología o nación, y, cada vez que la personalidad hace su entrada, la Verdad desaparece.

Ésta es la gloria que comparten por igual el santo, el sabio y el salvador. Ellos han comprendido la más profunda humildad, el desinterés más sublime. Como han renunciado a todo, incluso a su propia personalidad, todas sus obras son santas y duraderas, ya que no tienen la corrupción que entraña el ego. Ellos dan y, sin embargo, jamás piensan en recibir; trabajan sin lamentarse del pasado y sin anticipar el futuro y nunca buscan recompensa alguna.

El agricultor que ha cultivado, que ha preparado su tierra y que ha colocado la semilla sabe que ha hecho todo lo que podía hacer y que, a partir de ese momento, debe confiar en los elementos y esperar con paciencia a que, con el tiempo, se produzca la cosecha. Sabe también que ningún tipo de expectativa de su parte podrá modificar el resultado. Aun así, aquel que ha comprendido que la Verdad siembra, sin esperar nada a cambio, las semillas de la bondad, de la pureza, del amor y de la paz, sabe que existe una Gran Ley que todo lo regula, que produce su cosecha a su debido tiempo y que es, al mismo tiempo, la fuente de la preservación y de la destrucción.

Los seres humanos que no comprenden la divina simplicidad de un corazón sin egoísmo, consideran que su salvador particular es la manifestación de un milagro especial, algo completamente ajeno a la naturaleza de las cosas, inalcanzable para la humanidad a causa de su excelencia ética. Esta actitud de falta de fe (porque eso es lo que realmente es) en la divina perfectibilidad del hombre paraliza todo esfuerzo y

ata las almas de los hombres al pecado y al sufrimiento con fuertes cuerdas. Jesús «creció en sabiduría» y fue «perfeccionado por el sufrimiento». Así lo consiguió Jesús; así lo alcanzó Buda; y todos los santos lo han logrado con una continua perseverancia en el autosacrificio. Una vez que reconozcas esta gran verdad, una vez que comprendas que, con esfuerzo vigilante y una tenacidad llena de esperanza, puedes elevarte por encima de tu naturaleza inferior, se abrirán ante ti grandes y gloriosos horizontes y logros. Buda juró que no cejaría en sus esfuerzos hasta llegar a este estado de perfección y, al final, consiguió su propósito.

Tú también puedes alcanzar lo que santos, sabios y salvadores han logrado si recorres el mismo camino que ellos recorrieron y delimitaron: la ruta del autosacrificio y del servicio abnegado.

La Verdad es muy simple y nos dice: «Renuncia al ego», «Ven a Mí» (lejos de todo lo que se corrompe) y «Yo te daré descanso». La gran cantidad de comentarios que han provocado estas frases no puede lograr que un corazón que busca con toda rectitud la Honestidad deje de escucharlas. No hace falta el aprendizaje; la verdad puede conocerse a pesar de la ausencia de éste. Aunque el hombre egoísta, en su desorientación, la vista con muchos disfraces, la bella simplicidad y clara transparencia de la Verdad permanecerá inalterable y resplandeciente para que el corazón generoso penetre y participe de su brillante resplandor. No se llega a la Verdad mediante complejas teorías, ni tampoco con la creación de filosofías especulativas, sino con el deseo de tejer la red de pureza interior y con el anhelo de construir el Templo de una vida incorruptible.

El que recorre este sagrado camino empieza por refrenar sus pasiones. Al hacerlo, practica la virtud y ésta es el comienzo de la gracia. A su vez, la gracia es el comienzo de la santidad. El hombre que es mundano en todos los aspectos satisface todos sus deseos y únicamente lo restringe la ley del lugar donde vive. El virtuoso domina sus pasiones; el santo ataca al enemigo de la Verdad en la fortaleza que se encuentra dentro de su corazón y reprime todos los pensamientos impuros y egoístas porque se ha liberado de la pasión. El hombre santo es aquel para quien la bondad y la pureza son algo tan natural como el perfume y el color lo son para una flor. Es un ser divinamente sabio. Solamente él conoce la Verdad en toda su plenitud y ha conseguido una paz y un descanso perdurables. Para el santo, el mal ha terminado: ha desaparecido en la luz universal de Todo lo Bueno. La santidad es la insignia de la sabiduría. Dijo Krishna al Príncipe Arjuna:

«La humildad, la veracidad y la no violencia, la tolerancia, la sencillez y la veneración a los sabios, la pureza, la constancia, el autocontrol, renunciar al goce de los sentidos, el autosacrificio, la percepción de la certeza de lo negativo en el nacimiento, la muerte, la vejez, la

enfermedad, el sufrimiento y el pecado. Un corazón siempre tranquilo en lo bueno y lo malo de la fortuna...

... Decididos esfuerzos para alcanzar la mayor percepción del alma, y la gracia necesaria para comprender los beneficios de lo que se trata de conquistar. ¡Ésa es la verdadera sabiduría, Príncipe! ¡Todo lo demás es ignorancia!».

Quien pelea, día y noche, contra su propio egoísmo y se esfuerza por sustituirlo por el amor que todo lo abarca, es un santo, ya sea que viva en una cabaña o rodeado de poder y de riquezas. Es un santo, tanto si predica como si permanece en la oscuridad.

Para todas aquellas personas mundanas que comiencen a tener aspiraciones más elevadas, un santo tan bondadoso como San Francisco de Asís o un santo victorioso como San Antonio pueden convertirse en una inspiración gloriosa. Para el santo, la imagen de un sabio resulta igual de cautivadora tanto si lo observa sereno y virtuoso, después de haber vencido el sufrimiento y el pecado, como después de haber dejado atrás los arrepentimientos y remordimientos, alguien a quien la tentación ya no podrá alcanzar. Y hasta el sabio se siente inspirado por la imagen, aún más gloriosa, del salvador que manifiesta con afán su conocimiento en generosas labores y que engrandece su divinidad al sumergirse en el palpitante, afligido y suplicante corazón de la humanidad.

Éste es el verdadero servicio: olvidarse de uno mismo y dedicarse al amor a los demás, perderse para trabajar a favor de la humanidad. Hombre tonto y vanidoso que piensas que muchas palabras podrán salvarte, hombre que, encadenado al error, hablas a gritos de ti mismo, de tu trabajo y de tus muchos sacrificios para manifestar tu propia importancia, te digo lo siguiente: ¡aunque tu fama llene el mundo entero, toda tu labor se convertirá en polvo y a ti se te reconocerá por debajo de lo más ínfimo en el Reino de la Verdad!

Sólo la labor que es impersonal puede subsistir. Los afanes del ego son efímeros e inútiles. Las tareas que se llevan a cabo sin egoísmo y con un alegre sacrificio, sin importar lo humildes que sean, representan un verdadero servicio y un trabajo perdurable. Las tareas que se llevan a cabo por amor al ego, por muy brillantes y exitosas que sean, representan la ignorancia de la Ley de Servicio y, en consecuencia, el trabajo se extingue.

El mundo debe aprender una divina y gran lección: la lección de la generosidad absoluta. Los santos, sabios y salvadores de todos los tiempos son aquellos que se han dedicado a esta tarea, la han aprendido y la han vivido. Todas las sagradas escrituras que existen en el mundo enseñan esta lección, y todos los grandes maestros la reiteran. Sin embargo, ésta resulta demasiado simple para un mundo que, al

desdeñarla, camina a trompicones por los complejos caminos del egoísmo.

Un corazón puro es el propósito de toda religión y el inicio de la divinidad. Buscar esta honestidad es tomar el Camino de la Verdad y de la Paz, y aquel que toma este Camino pronto percibirá esa inmortalidad que es independiente del nacimiento y de la muerte y comprenderá que, en la Divina economía del universo, el esfuerzo más humilde no se pierde.

La divinidad de un Krishna, un Gautama o un Jesús es la gloria coronada de la autoabnegación, el fin del peregrinaje del alma dentro de la mortalidad y la materia. El mundo no terminará su largo viaje hasta que todas las almas sean como éstas y hayan entrado en la dichosa realización de su propia divinidad.

Una gran gloria corona las cimas de  
esperanzas ganadas en ardua lucha; un  
honor brillante circunda la cabeza que ha  
realizado misiones colosales; las merecidas  
riquezas vienen para el que lucha por  
doradas ganancias y la fama glorifica el  
nombre del que trabaja con sabiduría. Pero  
mayor gloria espera a quien, en la lucha  
incruenta contra el ego y el mal, adopta, en  
el amor, la vida de sacrificio; y mayor  
honor ciñe la frente del que, entre el  
desdén de los ciegos idólatras del ego,  
acepta la corona de espinas. Y más pura y  
más justa es la riqueza que recibe el que  
lucha por recorrer los caminos del amor y  
la verdad, endulzando las vidas de los  
demás; y el que sirve bien a la humanidad,  
cambiando la fama efímera por la Luz  
eterna, la Alegría y la Paz, y se envuelve en la  
llama celestial.

## La manifestación de la paz perfecta

---

En el universo exterior existe confusión, cambio y malestar permanente; en el corazón de todas las cosas existe la serenidad imperturbable: es en este profundo silencio donde mora lo Eterno.

El ser humano participa de esta dualidad y dentro de él se encuentra tanto el cambio y la inquietud de la superficie como la profunda y arraigada morada eterna de la Paz.

Así como en el océano existen silenciosas profundidades que ni la más fiera tormenta puede alcanzar, en el corazón del hombre también existen tranquilos y sagrados abismos que las tormentas del pecado y el sufrimiento no pueden perturbar. La paz significa alcanzar ese silencio y vivir consciente dentro de él.

La discordia reina en el mundo exterior, pero la armonía perfecta domina en el corazón del universo. El alma humana, desgarrada por la pasión hostil y el dolor, busca a ciegas la armonía de ese estado en el que no existe el pecado. La paz es lograr ese estado y vivir en él con sabiduría.

El odio trunca vidas humanas, fomenta la persecución y enfrenta a naciones en guerras atroces. Sin embargo, aunque no entienden el porqué, los hombres conservan de algún modo la fe en el prodigio de un Amor Perfecto. Alcanzar este Amor y vivir en él a conciencia significa tener paz.

Es en esta paz interior, en este silencio, en esa armonía, en este Amor, donde se encuentra el Reino de los Cielos, que es tan difícil de alcanzar porque son pocos los que están dispuestos a renunciar a sí mismos y a convertirse en niños pequeños.

La puerta del cielo es muy estrecha y diminuta, los hombres necios no pueden percibirla cuando están cegados por las vanas ilusiones del mundo. Incluso los astutos que distinguen el camino y tratan de entrar, encuentran el acceso bloqueado y difícil de franquear. Sus gigantescos

cerrojos son el orgullo y la pasión, la  
avaricia y la lujuria.

Los seres humanos imploran la paz en un lugar donde no la hay; en un lugar donde, por el contrario, sólo hay discordia, inquietud y lucha. Sólo en la Sabiduría, inseparable de la renuncia a uno mismo, puede haber una paz real y duradera.

La paz que se obtiene de la ayuda social, de la satisfacción pasajera o de la victoria mundana es transitoria por naturaleza y se consume en el fuego del juicio. Sólo la Paz del Cielo soporta todo juicio, y sólo el corazón generoso puede conocer la Paz de los Cielos.

La Santidad en sí misma es paz eterna. El autocontrol nos conduce a ella, y la siempre creciente Luz de la Sabiduría guía al peregrino en su camino. A la entrada de la ruta de la virtud, empezamos a participar en cierta medida de esta Luz, pero llegamos a comprenderla al máximo cuando aniquilamos a nuestro ego, logrando así la culminación de una vida incorruptible.

Esto es la paz:

Conquistar el amor y el deseo por la vida,  
arrancar del corazón su desmedida pasión  
para aplacar la lucha interna.

Lector, si llegas a percibir la Luz que nunca se altera, la Alegría que nunca termina y la tranquilidad que es imperturbable; si dejas atrás para siempre tus pecados, tus sufrimientos, tus preocupaciones y tus incertidumbres; si participas de esta salvación, de esta Vida supremamente gloriosa, podrás conquistarte a ti mismo. Haz que cada pensamiento, cada impulso, cada deseo viva en obediencia perfecta al poder divino que reside en tu interior. Sólo existe este camino hacia la paz y, si te niegas a recorrerlo, todas tus oraciones y tu estricto apego a los rituales serán inútiles e infructuosos y ni los dioses ni los ángeles podrán ayudarte. Sólo al que ha vencido se ofrece la piedra blanca de la vida regenerada sobre la que está escrito el Nuevo e Inefable Nombre.

Durante un tiempo, abandona las cosas externas, los placeres de los sentidos, los argumentos del intelecto, el ruido y las emociones del mundo y retráete en la cámara más recóndita de tu corazón. Ahí, liberado de la intromisión sacrílega de todos los deseos egoístas, encontrarás un profundo silencio, una santa calma y un dichoso sosiego. Si descansas por un momento en ese sagrado lugar y te dedicas a la meditación, el ojo infalible de la Verdad se abrirá dentro de ti y podrás ver las cosas tal y como son. Este lugar sagrado que se encuentra en tu interior es tu verdadero y eterno yo, es lo divino que llevas dentro; y sólo si te has identificado con él, podrá decirse de ti que estás «vestido y en tu juicio». Es la morada de la paz, el templo de la sabiduría, el aposento de la inmortalidad. Lejos de este lugar de descanso interior,

de este Monte de Visión, no puede existir la paz verdadera ni el conocimiento de lo Divino. Si puedes permanecer ahí durante un minuto, una hora o un día, es posible que te quedes para siempre. Eres dueño de todos tus pecados, sufrimientos, temores y titubeos; eres el único que puede elegir entre aferrarse o renunciar a ellos. Tanto si te aferras al descontento como si alcanzas la paz inalterable, será tu decisión. Nadie más puede renunciar a tus pecados; debes hacerlo tú mismo. Lo único que puede hacer el mejor de los maestros es recorrer el Camino de la Verdad y señalártelo. Deberás transitarlo solo. Puedes obtener la libertad y la paz con tu propio esfuerzo si renuncias a todo lo que encarcela al alma y destruye la paz.

Los ángeles de la paz y la alegría divinas siempre están cerca. Si no puedes verlos, escucharlos y convivir con ellos es porque los rehuyes y prefieres la compañía de los espíritus del mal que habitan en tu interior. Eres lo que deseas ser, lo que anhelas ser y lo que prefieres ser. Puedes empezar a purificarte a ti mismo y, al hacerlo, llegar a la paz, o negarte a la purificación y permanecer en el sufrimiento.

Ahora bien, aléjate y huye de las preocupaciones y del paroxismo de la vida, del fuego abrasador del ego, para poder entrar en el lugar de descanso interior donde las corrientes refrescantes de la paz te tranquilizarán, te renovarán y te restaurarán.

Abandona las tormentas del pecado y de la angustia. No debes preocuparte ni dejarte sacudir por la tempestad. ¡Es tuyo el Reino de los Cielos!

Renuncia al egoísmo, despójate del ego y ¡la Paz de Dios será tuya!

Somete al animal que llevas dentro; derrota toda sublevación del egoísmo, toda voz discordante; transforma los prosaicos metales de tu naturaleza egoísta en el oro puro del Amor y alcanzarás la Vida de Perfecta Paz. Una vez que hayas sometido, derrotado y transformado, podrás, viviendo en la carne, cruzar las oscuras aguas de la mortalidad y llegar a ese Puerto donde nunca golpean las tormentas del dolor, y donde el pecado, el sufrimiento y la duda no pueden atracar. El día en que te encuentres despierto, compasivo, santo y dueño de ti mismo en ese Puerto, y te sientas lleno de una alegría indestructible, te darás cuenta de que:

El Espíritu nunca dejará de ser, nunca  
nació, no hubo tiempo en que no existiera;  
el fin y el principio son sólo quimeras.  
Perdura eternamente sin haber nacido, sin  
haber muerto, siendo inalterable; la  
muerte jamás lo ha tocado, aunque parece  
estar extinta la casa en la que habita.

Entonces, conocerás el significado del pecado, del dolor y del sufrimiento, y también sabrás que tu propósito es la Sabiduría. Conocerás la causa y el desenlace de la existencia.

Al comprender esta doctrina, podrás entrar en todo lo demás, ya que en esto

consiste la dicha de la inmortalidad, la inmutable alegría, el conocimiento impoluto, la diáfana Sabiduría y el Amor eterno. En ningún otro lugar, excepto aquí, se halla la manifestación de la Paz Perfecta.

Tú, que has querido enseñar a los hombres la Verdad, ¿has atravesado el desierto de la duda? ¿Te ha purificado el fuego del dolor? ¿Acaso la Verdad ha expulsado a los demonios de la opinión de tu humano corazón? ¿Es tu alma tan justa que ningún falso pensamiento puede albergar?

Tú, que has querido enseñar a los hombres el Amor, ¿has atravesado el recinto de la desesperación? ¿Has sollozado en la oscura noche del dolor? ¿Se siente movido tu humano corazón (liberado ahora de su pena y desazón) a la compasiva mansedumbre, cuando percibe la injusticia, el odio y la opresión?

Tú, que has querido enseñar a los hombres la Paz, ¿has cruzado el ancho mar de la disputa? ¿Has encontrado en las playas del Silencio liberación para todo el irracional descontento de la vida? ¿Ha desaparecido toda lucha de tu humano corazón, quedando sólo Verdad, Amor y Paz?



James Allen (28 de noviembre de 1864 a 1912) fue un escritor filosófico británico conocido por sus libros de inspiración y poesía, considerado como un pionero del movimiento de autoayuda. Su trabajo más conocido, *Como un hombre piensa*, ha sido impreso en masa desde su publicación en 1902. Ha sido una fuente de inspiración a los autores de motivación y autoayuda.

Nacido en Leicester, Inglaterra, en una familia de clase obrera, Allen era el mayor de dos hermanos. Su madre no sabía leer ni escribir, mientras que su padre, William, era un tejedor de fábrica. En 1879, tras una caída en el comercio textil de la región central de Inglaterra, el padre de Allen viajó solo a Estados Unidos para encontrar trabajo y establecer un nuevo hogar para la familia. A los dos días de haber llegado, su padre fue declarado muerto en el Hospital de Nueva York, presuntamente por un caso de robo y asesinato. A los quince años, con la familia enfrentando ahora un desastre económico, se vio obligado a abandonar la escuela y encontrar trabajo.

Durante gran parte de la década de 1890, trabajó como secretario y oficinista en varias industrias británicas. En 1893, se trasladó a Londres donde conoció a Lily Louisa Oram, con quien luego se casó en 1895. En 1898, Allen encontró una ocupación en la que pudo mostrar sus intereses espirituales y sociales, como escritor para la revista *The Herald of the Golden Age* (El Heraldo de la Edad de Oro). En este momento, Allen entró en un período creativo en el que se publicó su primero de muchos libros, *De la pobreza al poder; o la realización de la prosperidad y la paz* (1901). En 1902, comenzó a publicar su propia revista, *Light of Reason*, más adelante retitulado *The Epoch*.

En 1902, publicó su tercer y más famoso libro *Como un hombre piensa*. Basado libremente en el proverbio bíblico: «Como un hombre piensa en su corazón, así es él», la pequeña obra llegó a ser leída en todo el mundo y trajo Allen póstuma fama como uno de los pioneros del pensamiento moderno de autoayuda.

El pequeño público que le granjeó el libro le permitió dejar su trabajo de oficinista y dedicarse a su carrera de escritor y editor. En 1903, la familia de Allen se retiró a la ciudad de Ilfracombe donde pasó el resto de su vida. Continuando con la publicación de *The Epoch*, él produjo más de un libro por año hasta su muerte en 1912. Allí escribió durante nueve años un total de 19 obras.